

ALFAGUARA

Inés Fernández
Moreno
La profesora de español



Los primeros meses en Benalmar, Luis y ella comparten un departamento con Alicia y Walter. Es luminoso y está frente al mar, pero los muebles son feos, de pino barato y de falso estilo provenzal, muebles transitorios para gente de vacaciones. Las paredes están pintadas de un amarillo hiriente y cubiertas de cuadros de todos los tamaños, grandes, medianos y minúsculos, como para aprovechar todas las superficies. A los pocos días de instalarse, deciden descolgarlos. Llenan dos valijas con acuarelas y óleos de cisnes y de barcas pesqueras, de flores y de frutos, de mares embravecidos y de plácidas puestas de sol. Ocultan los más grandes detrás del sofá y del armario. Después se paran los cuatro frente a la pared principal que ha quedado vacía y miran la forma arbitraria que dibujan los clavos.

—Parece una ballena —dice Alicia.

—Arrancar los clavos provocaría un desastre —dice Luis.

—Un manual de autoayuda —dice Walter— diría que no hay que oponer resistencia, sino ser plástico, adaptarse a lo dado. —Como ilustración, mueve los brazos y baila frente a la pared burlonamente.

Primero se ríen, pero después deciden seguir esa idea, dibujar una ballena y ponerla allí para llenar el hueco.

Unos días más tarde Alicia trae de la calle un cartón de embalaje, Walter dibuja un animal enorme y sonriente, con dientes de tiburón, escamas de pez y crestas de gallo en el lomo. Después lo recorta y les dice de qué colores pintar cada franja de escamas.

Todos los días, en momentos perdidos, cada uno de los cuatro pinta algunas escamas de la ballena. Isabel está encantada. Podría pasarse la vida pintando escamas, una celeste, otra naranja, otra verde. Día a día se perfecciona, aprende a tomar las curvas con habilidad, achatando el pincel contra el cartón, de manera que la pintura cubra con exactitud cada semicírculo del dibujo. Cuando terminemos de pintarla, piensa, empiezo a buscar trabajo. Se toma ese tiempo para mitigar el recuerdo de Buenos Aires. Para aventurarse en la ciudad

nueva, dejarse consolar por el mar que ahora tiene tan cerca, que la sorprende en las esquinas, detrás de los árboles, asomándose a cualquier ventana. Su aparición, su rumor, su vastedad, le provocan cada vez el mismo vértigo.

De los dos cuartos del departamento, ella y Luis ocupan el más pequeño. Se chocan en las esquinas, aprietan su ropa en el armario único, guardan las valijas y cajas de zapatos debajo de la cama, comparten ese espacio exiguo en silencio: casi todo lo que tienen para decirse es doloroso.

Duerme mal. Se despierta sobresaltada y confusa, con la sensación de estar de vacaciones seguida de un golpe de conciencia, como un mazazo, que la deja el resto del día atontada, con las reacciones lentas, la voluntad entorpecida.

Conseguir cosas nimias como un adaptador o un sacacorchos se transforma en un objetivo arduo y cotidiano. Isabel recuerda todo lo que dejó en Buenos Aires, lo trabajoso que fue deshacerse de cosas que ahora, muy pronto, vuelve a necesitar. Vendió dos impresoras y ahora no tiene ninguna. Su ordenador portátil está inutilizado. No tiene mesita de luz, ni silla para apilar la ropa, deja el libro sobre los zapatos cuando se va a dormir y la ropa extendida a los pies de la cama.

Con Alicia caminan por el barrio, hacen las compras, se dan ánimos en el momento de pagar las cuentas: un euro, dos o diez, cada cifra, por pequeña que sea, multiplicada por tres pesos con setenta, las deja sin aliento. No multipliquemos más, dicen un día. Olvidémonos de los pesos. Y los rebautizan como australes, un nombre menos pesado, con su lejano soplo de esperanza y de poesía.

Mientras comparten el trabajo de la casa, miran televisión.

—El que descubra el acertijo —dice la presentadora— se llevará un ordenador.

—Justo lo que necesitamos —dice Alicia.

—Y el acertijo es: “Cuanto más grande es, menos se ve”.

— Algo de la naturaleza — dice Alicia —, como el cielo.

— O la lluvia.

Para responder hay que llamar a un número que ponen en pantalla.

La presentadora empieza a recibir respuestas.

— ¿Un túnel? No, Juanjo. ¿Un tren? No, qué va. ¿El humo? Hmmm, tibio, pero no, Carmela, no es el humo.

— ¡Venga! — exhorta la presentadora—. Os voy a agregar un premio para animaros: ¡un televisor de 30 pulgadas con DVD! “Cuanto más grande es, menos se ve”, ¿qué es?

— Lo bien que nos vendría — dice Alicia. — ¿Será un globo?

— No creo.

— ¿El pan?

— ¿Qué tiene que ver el pan?

— Crece, por la levadura.

— Sí, pero se ve.

Arrecian los llamados y las respuestas en pantalla: la autovía, un árbol con muchas ramas, un pozo, una pared.

— Por dios, ¡pensar, pensar! Crece y no se ve — dice la presentadora un poco impaciente—. Os voy a dar un premio más: ¡un lavaplatos! El que me llama y me da la respuesta correcta se lleva ahora mismo el lavaplatos, el ordenador, el televisor con DVD y el horno a microondas.

La cámara muestra los premios, se detiene en cada uno de ellos con un destello de luz y sonido.

— Debe ser algo más abstracto — dice Isabel —, algo así como la belleza, la sabiduría. — Salta en el sillón, iluminada: — ¡La humildad! Cuanto más crece, menos se ve, ya que es humilde.

— Puede ser — dice Alicia.

Y de pronto, casi convencida:

—Sí, la humildad.

Como no tienen teléfono, Alicia sale corriendo al teléfono público de la esquina, mientras ella queda frente a la pantalla controlando la situación.

Siguen transmitiendo respuestas cada vez más absurdas. Ella espera escuchar la voz de Alicia de un momento al otro. Pero el llamado de Alicia nunca llega. Llega en cambio Alicia, desalentada. Desde el teléfono público de la esquina no puede comunicarse con ese número.

Igual, vaya a saber si es la humildad, es un poco rebuscado.

Entretanto la presentadora se va irritando con el público porque nadie resuelve el acertijo y a ella le quedan muy pocos minutos. Va a tener que cerrar el programa, amenaza, dejando todos esos premios allí, desiertos, una montaña de premios, porque a esas alturas para aguijonear el ingenio de la gente, ha sumado un discman y una palmtop.

—A ver —dice—, les voy a dar una ayuda, es algo que sucede todos los días.

—Ves —dice Alicia—, no es la humildad. —¿Qué sucede todos los días?

—¿El paso del tiempo? No, Paco. ¿El sol? Hum... tibio. Las olas no, Juan.

—Ya sé —dice Alicia con la firmeza de una revelación—: La oscuridad.

—¡Siii! —grita ella—, sos un genio, ¡la oscuridad crece y cuanto más crece, menos se ve!

Alicia sale otra vez a la calle en busca de un teléfono.

Esta vez la espera es desesperada. El programa está por terminar. La respuesta que tienen es sin duda correcta y se van a perder el

ordenador, el televisor con el DVD, el lavaplatos, la playstation, la palmtop, el discman y el horno a microondas.

Alicia vuelve desencajada. No pudo comunicarse.

Les cuesta resignarse. Nadie se lleva los premios y ellas tenían la respuesta. Están inconsolables, el acertijo se les ha escapado de las manos de una manera miserable.

Al día siguiente, cuando viene el butanero a cambiar la bombona de gas, Alicia le dice melancólica:

—Cuando tengamos teléfono y podamos jugar al acertijo, nos vamos a ganar una cocina eléctrica.

—Chorradas —dice el butanero—, no vayáis a hablar a esos números, los 803. Lo que quieren es que gastéis en teléfono. Te machacan. Todos lo saben, salvo los niños.

Hay en la emigración una abolición del pasado. El pasado se vuelve incierto, ilusorio, ya que nadie lo menciona, lo confirma, lo celebra. Pero hay también, en cierta forma, una abolición del presente, de lo que ha sido hasta ayer lo propio y cotidiano. Nos enfrentamos, solos, a un carozo íntimo y desnudo. (¿Eso “somos” nosotros?) Deja de haber testigos, cuentas que rendir ante nadie, se puede empezar a ser cualquier cosa, cualquier otro. Hay en ese reiniciarse una desintegración y una pesadumbre pero también una vibración de curiosidad que en algo se parece a la alegría.

Con la misma candidez con que han participado del programa del acertijo, como si las adversidades por las que han pasado no hubieran dejado huella, o tal vez por eso mismo, porque la huella es demasiado profunda y necesitan regenerar algunas ilusiones, con esa candidez de adolescentes, imaginan y buscan los trabajos más dispares: corredora del Círculo de Lectores, telemarketer, vendedora de platería y artesanías o de pascualina y empanadas, redactora en agencias de publicidad o en revistas, organizadora de bar o centro cultural, clases de tango, de teatro, de español, traducciones, paseadora de ancianos, de perros...

La mayoría de las posibilidades fracasan en pocos días, a veces en minutos.

—Hay que tener los papeles —dice Alicia—. O dinero para invertir.

—O treinta años —remata Isabel.

—Vos y yo podemos pasar por cuarenta tranquilamente —dice Alicia.

Después la mira, meneando la cabeza, entrecerrando los ojos, como quien afina la puntería.

—Cuarenta y cuatro... cuarenta y seis... Pero ellas tienen más de cincuenta, poco dinero y un pasaporte válido en Europa sólo por tres meses. Pasado ese tiempo, según les ha explicado la abogada, no pueden salir de España porque no podrían regresar.

En cada encuentro con otros argentinos, el tema de los papeles ocupa un lugar central, tienen discusiones agotadoras acerca de su situación, de lo que hay que hacer y de lo que no hay que hacer. Isabel trae una fe de bautismo de su abuela española, un papel amarillento y ajado que podría servir para acelerar sus trámites. Hay que escribir al Registro Civil de Barcelona y pedir una reconstrucción de la partida de nacimiento.

—¿Una reconstrucción? —repite Alicia con una sonrisa escéptica.

—Puede llevar mucho tiempo, pero no es imposible —dijo la abogada.

Lo cierto es que muy pronto dejará de ser una turista, será una "irregular". La palabra se va expandiendo dentro de ella, produciéndole efectos inesperados, como una enfermedad. Se sobresalta cuando se siente observada. Mira con aprensión a las cajeras del supermercado, al empleado de la ferretería, a Antonia, la dueña de la verdulería que le explica con paciencia el nombre de las frutas y las verduras. Las vecinas rotundas que riegan sus plantas, los niños que juegan en la vereda, los ancianos con su bastón, los hombres de mirada

gentil. Todos ellos pertenecen naturalmente a su mundo. A pesar de su sencillez, de su gentileza, están investidos de un poder especial. Cualquiera podría denunciarla a Extranjería.

Ya bien entrado el verano, la llaman de Mundus, un instituto de idiomas donde ha dejado antecedentes, interesados sobre todo por el punto de su currículum en que dice tener “movilidad propia”. Las clases son para dos niñas iraníes que viven en San Esteban, a treinta kilómetros del centro de Benalmar.

La idea de aventurarse por las carreteras nacionales y las autovías de España la llena de espanto, pero es su primera oportunidad de trabajo, no le piden papeles y, además, por el desplazamiento, pagan mejor: en lugar de los siete euros con cuarenta céntimos habituales, le darán el doble por hora más un suplemento de gasolina por kilometraje durante un mes. Acepta de inmediato.

Va en el auto verde manzana de Luis —un Daewoo Matiz que parece un juguete a cuerda—, aferrada al volante con una determinación casi suicida. En los últimos años se ha vuelto una conductora temerosa, de manera que para dar aquellas clases tiene que poner en juego toda su tenacidad, vencer la resistencia de animal acorralado que le despierta cada viaje, desoír las profecías que le sopla la voz del miedo. Pero también le sucede que encerrada en el autito verde, con un objetivo claro en el día, la invade una blanda complacencia, un sentimiento de intimidad que desemboca en pensamientos oscuros acerca de esta emigración tardía. Inevitablemente llora, las lágrimas le nublan los ojos y le congestionan la nariz, la obligan a buscar pañuelos de papel descuidando el volante. Como conserva su sentido práctico, sabe medirse, consolarse unos kilómetros antes de llegar al desvío que debe tomar para llegar a Los Pinares, a la altura del Hotel Kempinski.

Con los días, ese llanto se transforma en rutina. Apenas sale de Benalmar y toma la carretera a Cádiz, la congoja se presenta puntual y se desprenden las primeras lágrimas. A la altura de San Pedro ya se ha establecido un flujo constante que empieza a amainar unos pocos

kilómetros antes del Kempinski.

Al principio se entrega con delicia a los pensamientos más lastimeros: ¿por qué había tenido que irse del país? ¿Por qué ella sí y sus amigos no? ¿Qué había hecho mal? ¿No había ido acaso al Colegio Nacional de Buenos Aires? ¿No había sido una buena estudiante, con más de siete de promedio? ¿Una trabajadora responsable y cumplidora después? ¿Había sido holgazana? ¿No había sido previsora? ¿Hubiera sido posible, o útil, ser previsora? ¿Iba dejar a su madre morir sola a los ochenta años? ¿Ella, su única hija? ¿Por qué la vida la ponía en una alternativa tan desnaturalizada a sus años?

Recuerda con crueldad el detalle de las últimas despedidas, cómo había dejado a su perro —a quien ya nadie podría querer—, cómo se había despedido de su hijo, de Antonia, de sus amigos, del canillita, de sus compañeros de oficina. Había descubierto, en cada despedida, los sentimientos entrañables, antes invisibles, que forman la trama poderosa que sostiene todos los instantes de la vida, sobre todo, los menos heroicos.

Repasa entonces, una y otra vez, este conjunto de tristezas, pero pronto la cosa se vuelve más automática, como un reflejo condicionado que naciera de la propia ruta, un llanto como un accidente más del paisaje. Incluso lo asocia con ciertas señales de la carretera. Cuando dice “Atención control de Gálibo”, aunque no sabe qué significa la palabra gálibo, la congoja empieza a ceder y con un suspiro, da sus últimas lágrimas. Tal vez las palabras gálibo y lágrima tuvieran alguna vinculación secreta.

Un viernes diecinueve de agosto, aparece en la radio don Rafael y las cosas mejoran. El día anterior ha sido el cumpleaños de su madre. “Cumpló ochenta y dos”, le dijo por teléfono con un hilo de voz, “tengo pánico de sólo pensar en esa cifra.” ¿Y la serenidad de la vejez? Una patraña. Ella siente que camina —dice— por el pasillo angosto y tétrico que precede a la silla eléctrica. Isabel había enmudecido. ¿Qué podría haberle dicho? Tenía razón. Cualquier crueldad era posible. Fue su madre quien se encargó de cruzar el Rubicón. “Me compré cuatro

dientes nuevos”, dijo y se rió. En la miseria del país, las transacciones comerciales se han vuelto tan flexibles como para vender los dientes de una prótesis por unidad. “Hacerme la completa sale una enormidad y me pregunto si vale la pena invertir tanto en un cadáver.”

Además de recordar las palabras de su madre, piensa que, aunque escriba y hable por teléfono día por medio a los que quiere, ya no es testigo de sus vidas. Las llamadas, las cartas y los mensajes son un esqueleto de lo que fue, cadáveres. Entre lágrimas, enciende la radio. Intenta recordar los rasgos precisos de su hijo, de algunos de sus amigos, cuando se le impone la voz de un hombre mayor, una voz calma y lenta como una casa familiar: *Hace pocos días hemos recibido del África veinte panales de avispones verdes para alimentar a nuestros batracios.*

Se suena la nariz y se mira en el espejo retrovisor. Tiene los ojos como dos ranuras, ojos batracios.

Estos avispones más una población estable de cucarachas de la especie periplaneta americana son la base de su alimentación. Pero debemos mantenerlos aislados porque estos avispones verdes atacan a las cucarachas mediante un proceso refinado y completo en vistas a su reproducción.

Intrigada, sube el volumen.

Primero pican con su aguijón a la cucaracha en el tercio inferior del abdomen, con lo que la adormecen y consiguen arrastrarla hasta su nido. Allí ponen sus huevos sobre el mismo abdomen de la cucaracha, eligiendo la zona más fina del tegumento o caparacha.

Ya con los ojos totalmente secos y la boca entreabierta, se deja envolver por las palabras del director del Zoo.

...el huevo, al crecer conseguirá romper el tegumento y penetrar al interior del abdomen. Con los contenidos orgánicos que encuentra allí se alimentará y seguirá creciendo. Al alcanzar la madurez, la cáscara restante de la cucaracha se abre en pétalos, como una flor, para dejar nacer al pequeño avispon, deudor biológico de la periplaneta americana.

Un camión pasa rugiendo a su derecha y ella cambia de carril,

con el corazón en la boca. Como el mismo veneno del avispon, las palabras de don Rafael han conseguido adormecer sus sentimientos. Tan embelesada va que casi se pasa de la entrada de Los Pinares. Mientras remonta la cuesta pasando de cuarta a tercera y de tercera a segunda, se imagina en toma cenital, desde una altura cada vez mayor, su autito verde avanzando como un insecto laborioso, el huevo de acero que la encierra y del que tal vez podría nacer algo nuevo.

Desde entonces deja de llorar en el camino y trata de no perderse las emisiones de la R5, donde todos los días el director del Zoo de Santillana del Mar le recuerda el verdadero lugar que ocupa en el mundo, lo mísero de sus preocupaciones, la vasta dimensión del universo.

Las niñas iraníes, de ocho y diez años, tienen una gentileza a la antigua, son casi angelicales. Nazir, la madre, la fuente donde ellas beben su dulzura, es una mujer de unos treinta y cinco años, de piel muy blanca y ojos muy oscuros, "bella como una hurí", piensa Isabel. Aisladas en un país totalmente ajeno y en esa alejada urbanización, se iluminan cada vez que la ven llegar. Como si fuera un barco que viniera a rescatarlas de un naufragio. ¡Ella!

Las tres la esperan cada mañana en la puerta, la toman de las manos cuando llega y le dan dos besos cada una, seis en total. Después se sientan a la mesa del comedor y Nazir desaparece con discreción en la cocina, aunque Isabel le ha hecho entender por gestos que puede quedarse en la clase si quiere.

No saben ni una palabra de español, ni de inglés, así que las clases son cómicas, llenas de gestos y de teatralidad. Isabel recorre la casa con las niñas, va señalando cosas y dándoles nombres, después las dibujan, escriben cada palabra, letra por letra, juegan a las adivinanzas, repiten las palabras nuevas, las cantan. No pueden pronunciar la letra "t", se muerden la lengua en el intento.

La casa es un dúplex de pisos de mármol y salón espacioso. Lujosa, pero desolada, sin historia ni huellas personales. Sentada en su

silla recta, junto a la mesa desnuda, Isabel mira los armarios gemelos que están a los lados de la chimenea, el sofá y su sillón haciendo juego, un ejército de patas contra el piso de mármol brillante, y se siente indefensa. Ni un retrato, ni un jarrón con flores, ni un cenicero, ni perro, ni gato. Nada más que lo funcional, con ese estilo pretencioso, tan común en Benalmar. Como único adorno en la pared, un cuadro mediano con un paisaje. Cuando se acerca a mirarlo resulta ser la foto comercial de la urbanización, la que debe venir junto con los muebles en todas las casas que la promotora entrega.

Cada vez que terminan las dos horas de clase, Nazir entra al salón con una bandeja donde trae fruta, nescafé con leche y masitas de Teherán. Ella ha intentado explicarle que está apurada, que tiene que volver rápido a su casa, que mejor sería tomar ese café en la mitad de la clase, como un recreo. Nazir parece estar de acuerdo —sonríe y afirma “sí, sí” con la cabeza—, sin embargo, al día siguiente, aparece otra vez con la bandeja cuando ella está por irse. Isabel termina por aceptar ese régimen. Así que toma su café, hace exageradas exclamaciones para demostrarle cuánto le gustan los dulces de Teherán y mantiene con ella conversaciones largas e inconexas.

Nazir aprovecha ese exiguo espacio de tiempo y escribe en una libreta las palabras que aprende. A veces le trae cosas, un tomate, un peine o una carta y le pregunta cómo se dice. Isabel le enseña algunos verbos: “caminar” terminado en “ar” —se levanta y camina alrededor del salón—, “correr”, en “er” —corre con gestos desesperados, como Buster Keaton y, por último, “partir” de la tercera conjugación, en “ir”. Isabel hace una valija imaginaria, saluda, parte. “¿Dddu partir?”, pregunta Nazir. “Io partí de Buenos Aires. Tú partiste de Teherán.” “Partir también es esto”, dice Isabel, y con un cuchillo parte una manzana en dos. Después enmudece. Acaba de entender el significado de partir, dividir, separar. Así ha quedado ella, partida en dos. Y Nazir. *¿Ahora quién nos va a curar el corazón partío?*

Otro día Isabel le pregunta por sus muebles, sus cosas personales, se levanta del sofá donde están hablando y va tocando las

paredes, los muebles, la ropa, los libros. También Nazir se levanta del sillón y dibuja en la sala, en el aire, lo que debían ser sus muebles, sus cuadros, sus adornos, incluso lo que parece un instrumento musical — “sangor”, dice, “dddodo” en “Dddeherrrán”, dice—. Después se vuelve a sentar en el sillón, desanimada.

Para consolarla, Isabel le cuenta del día que fue al supermercado Coto en bicicleta y a la vuelta se cayó con la bici y una mochilla con las compras en una cuneta llena de agua podrida. Cansada de hacer gestos y de explicar cada palabra, se lo contó todo de un tirón. ¿Por qué iba a Coto? ¿Y por qué en bicicleta? A Coto, porque se había transformado en una jubilada, es decir en una persona que valora la diferencia de centavos entre un sachet de leche y una botella de plástico al extremo de caminar veinte cuadras para ahorrarse la diferencia. En bicicleta, porque habían conseguido vender el auto viejo de la familia, una semana antes de que terminara de derrumbarse. Dentro de todo, ese fue un golpe de suerte. El comprador era de los que dejaban un cartelito lastimero en el parabrisas del auto: *Compro su auto. No importa estado. Patentes pagas o impagas*. Todo le daba igual. Era difícil imaginar de qué manera lo que era para ellos una fuente de gastos constantes, de malhumor y desesperación (cada día se rompía algo nuevo) podía transformarse en un buen negocio para alguien. El personaje oscuro les pagó con dólares contantes y sonantes. Un milagro para aquel momento de devastación.

Nazir la mira muy seria. “Prrrofessora”, le dice, “prrrofesssora”, y dibuja en su libreta una bicicleta en el agua.

“Hoy nescafé no”, le dice una mañana y le trae café a la turca. Parece divertida, le hace gestos para que se lo tome rápido. Ella obedece. Cuando termina, Nazir pone boca abajo el pocillo, espera un instante y lo vuelve a poner boca arriba. Chorrillo corto es viaje corto, chorrillo largo es viaje largo. Se lo hace entender con gesticulaciones, señalándole las huellas que ha dejado la borra sobre las paredes del pocillo y moviendo después los brazos por el aire como si fueran las alas de un avión. El viaje corto, de inmediato aterrizaje, vrrrum...

fshhhhhh... va acompañado de un gesto de desencanto, en tanto el viaje largo, correspondiente a una chorreadura que llega casi hasta la base del pocillo, va acompañado de un planeo largo y sereno efectuado con los ojos cerrados y los rasgos distendidos, entregados anticipadamente al placer que les espera, como quien se dispone a recibir un beso. Viaje largo, para Nazir, es ir a Irán y para ella, volver a la Argentina. Viaje corto es aquí nomás, a Madrid, a Benalmar o a Lepe, da igual. Ve, además, dólares o euros en las gotitas separadas que han quedado suspendidas fuera del pocillo. Después, mirando hacia el interior del pocillo, ve algo sorprendente, una nueva relación, cartas van, cartas vienen, gesticula Nazir, amor no, pero amor sí, dice tocándose el pecho...

Lo bueno del lenguaje que comparten es su falta de precisión, fragmentos sin una sintaxis rigurosa, el significado queda liberado, a disposición de los deseos y angustias de cada una.

Cuando se acaba el repertorio de gestos y palabras y ya no saben de qué manera estar juntas, Isabel y Nazir ven el videoclip de una cantante turca que está de moda en Oriente. Las imágenes son primitivas, de colores violentos, y el argumento muy pobre: la cantante recibe una carta de su amado al que añora, recuerda escenas del amor que han vivido allí, en aquel aposento, después se lo ve a él en un tren. Ella lo despide. La imagen vuelve a los aposentos de ella. Panea sobre el lecho desierto pero que guarda recuerdos. Lágrimas caen por el rostro de ella, se lleva la carta al corazón, después la besa. Con la mirada puesta en la lejanía se sienta a una mesa y escribe su respuesta.

Pero hay algo profundo en aquel momento, una comunión entre las dos mujeres que se dejan absorber por la pantalla mientras toman nescafé con leche y comen masitas.

Durante el mes en que dura esta rutina, el escenario que la rodea se aplana brutalmente. Le parece vivir dentro de un dibujo, como la ballena de colores que han colgado en la pared. Una carretera rodeada de urbanizaciones anónimas, un autito yendo y viniendo y una flecha negra que señala la silueta oscura que va dentro: ella, acorazada en la

armadura verde del Daewoo. En la ciudad, apenas si existe el pequeño cuarto donde tiene que caminar como un equilibrista, las compras cotidianas —un día cocina ella, otro Alicia—, el esfuerzo por conseguir adaptadores para su ordenador o su secador de pelo, el movimiento cíclico por restablecer el funcionamiento de algunos objetos.

Por fin llega el último día de clases. Las niñas van a empezar la escuela, las van a sumergir de lleno en el idioma español. Así de tiernas deberán luchar con sus tes, sus jotas y sus zetas férreas, con la frágil defensa de lo que ella, la profesora de español, les ha podido enseñar en un mes: saludar, decir cómo se llaman, contar hasta cien, nombrar los animales o las partes del cuerpo. Lo que mejor saben es cantar *Los agachaditos*. Aunque Isabel ignora qué son los agachaditos y menos aún por qué no saben bailar, las tres cantan a viva voz y celebran el final —*que si tú no me quieres, otro amante tendré yo*— con un exaltado coro de risas y aplausos.

Cantan por última vez su canción, se sacan fotos y se intercambian dibujos. Nazir le toca la cara, “hermana, io”, dice y corre a traerle una foto donde se la ve junto a otra mujer de piel oscura y rasgos orientales. “Prrofessora y Arva, Arva y Prrofessora.” Ella, Isabel, le recuerda a su hermana que está en Teherán. Ella es su hermana en el exilio y también va a perderla. Dos surcos negros de rimel corren por las mejillas de Nazir. Cada despedida reaviva todas las despedidas. Saben, las dos, que pese a los abrazos y las promesas probablemente aquella sea la última vez que se vean.

El desprendimiento de las iraníes la deja debilitada, la saca del dibujo plano y la devuelve a una ciudad desconocida.

En esos mismos días Luis se va a Portugal a dirigir la construcción de un hotel, y Alicia y Walter viajan a Barcelona. Se queda sola con una tarea que le parece titánica: buscar más trabajo y un departamento donde mudarse. Pero no lo hace. Se recluye en el departamento amarillo, limpia obsesivamente, está atenta a las menudencias.

Día a día los dedos se le ponen acartonados y las uñas se le agrietan, según dicen es el agua que contiene mucha cal. Se le cae el pelo como nunca, un poco de estrés, le ha dicho la médica del ambulatorio tironeándole de algunos mechones para demostrarle con qué reservas de fuerza cuenta todavía. Sin embargo, ella encuentra pelos oscuros a toda hora: en el suelo, en los almohadones, en los vasos y en los platos, en el frasco de mermelada, entre los libros, flotando en la jarra de agua, enrollados en las patas de la mesa o aplastados contra la pantalla del televisor. Ha desarrollado un tic, la presión justa entre el pulgar y el índice para recogerlos (a veces los confunde con los renglones de una hoja, con la rajadura de un lavabo, con el filo de una sombra, con los dibujos del mármol).

Ha tenido un sueño repugnante al respecto, su pelo tapizando las paredes del cuarto. Un cuero cabelludo y ella, como un feto, creciendo y respirando dentro de ese recipiente semiorgánico. La pelusa de Benalmar también la obsesiona. Es ligera pero persistente, ¿de dónde viene?, ¿qué es?, ¿a dónde va? Para eliminarla una vecina le recomienda la mopa. ¡Ese nombre! Ese objeto de movilidad asombrosa que, según el empleado del bazar, “llega a rincones insospechados”. Usarla produce un gusto, una gratitud, la mopa responde con ingenio a la implacable obsesión de las amas de casa, no dejar rastros del trabajo sucio de la vida, ella le dedica al menos una hora por día, sabe que es otra de las formas de la misma tarea: separar y redistribuir materiales, volúmenes de pelusa, de tierra —construcciones o macetas—, de alimentos —comercio internacional o heladera doméstica—, de papeles, de recuerdos, de personas, de huesos... Selección, traslado y redistribución, así en lo grande como en lo minúsculo, todos peones de la misma tarea, cada uno pone su granito de arena en vistas a la repetición de los ciclos, empuja las agujas del tiempo, da cuerda concienzudamente a la muerte.

Un día la llama Montelli, un argentino oportunista que está desde hace muchos años en Benalmar y al que han conocido a través de otros argentinos. Sabe que ella ha trabajado en publicidad y le pide

que lo ayude a hacer dos folletos. Uno para él y otro para el hotel de un amigo. Este pequeño impulso la pone en marcha nuevamente.

Montelli dirige una galería donde colecciona y vende a precios exorbitantes pinturas, esculturas y objetos de arte. Lo más importante es el tamaño: leones con su bola de piedra bajo la pata, columnas y ánforas, óleos oscuros de marcos desmesurados, la parte esencial, se diría, de cada cuadro. Es necesario dar vida a mansiones enormes. A paredes, vestíbulos y pasillos inútiles: mujeres semidesnudas y ángeles y efebos sosteniendo lámparas o antorchas, y una gran variedad de bronce, desde un toro agonizando hasta la típica manola con su bailaor flamenco. El reino animal ofrece una rica veta expresiva. Aquí los caballos y las panteras son los que más salen, dice Montelli con ojo de carnicero.

El folleto del hotel es muy fácil y lo termina en una tarde. El catálogo es más complicado. Hay que escribir un pequeño texto descriptivovalorativo de toda la colección. Tiene que ser “impactante”, dice Montelli. Isabel usa todos los adjetivos admirativos que conoce: suntuoso, señorial, exclusivo, elegante, notable, valioso, regio, inestimable, precioso, imponente, majestuoso, soberbio, vistoso, deleitable, distinguido, admirable, original. Lucha para no repetirse y el diccionario le da sinónimos imposibles: “preclaro”, “insigne” o “pomposo”. Debe recurrir a giros que a ella la avergüenzan y a Montelli lo dejan extasiado: “del gusto más elevado”, “de trazo dúctil y expresivo”, “obra trascendente”, “dotada de una belleza monumental” y así. En los pocos días en que va a la galería a trabajar conoce a dos de sus artistas: el que dibuja caballos y el que pinta felinos. Hay una afinidad sorprendente entre los personajes y los objetos de su arte. El artista equino es alto, flexible, de pelo fuerte y lustroso, tiene un tic elegante —estira cada tanto los labios hacia atrás como si lo tironearan de las riendas—, su andar es brioso, su masculinidad excesiva. El artista de los felinos es un homosexual maduro, tiene ojos verdes rasgados y la cara de tinte anaranjado, llena de lunares, camina de manera sinuosa y siempre resopla un poco. “Hoy me siento fatal”,

dice. Un tigre viejo.

Una mañana Montelli la invita a desayunar en el bar de enfrente.

—¿Cincuenta y cinco años tenés, flaquita? No parece —le dice, mirándole con descaro las piernas—. Es una edad —dice, y se queda en suspenso, no encuentra el adjetivo justo— “jugada” para emigrar. Pero no creas que son los únicos. Hay muchos como ustedes.

Algunos han llegado con sus hijos. Otros, empujados por sus hijos, como Norberto y Patsy. Están Bianca y Edgardo en Málaga. Amanda y Celina en Torremolinos. Elías y Martha en Fuengirola. Y muchos otros que él no conoce pero que han dejado o perdido todo allá.

La edad aquí no es como en la Argentina. Se perdona más. Sin ir más lejos, ninguna chica de veinte podría escribir este catálogo como vos —le dice.

Una tarde se queda trabajando hasta que cierran la galería. Los animales más grandes, exhibidos afuera, pernoctan en la vereda. Aunque ella no se imagina que alguien pueda robarlos, Montelli toma recaudos: pasa cadenas y candados entre las patas de un cocodrilo con las fauces abiertas, por el cogote de un perro de caza y de una chancha que amamanta a sus chanchitos. Y allí quedan los animales mientras ellos se alejan, doblemente encadenados.

Además del corto trayecto hasta la galería, Isabel se impone, como quien toma una medicina, algunos recorridos por Benalmar. La ciudad tiene que empezar a existir, existir para ella. Entonces tiene que construirla, un bloque sobre otro, un café, alguna tienda, un olor, un color, aunque sea una grieta en la muralla que pueda recordar después.

Hace largas caminatas por la costa. Allí, salvo el pequeño barrio de los pescadores que ha quedado como un retazo del pasado, Benalmar muestra su cara más engañosa y banal: edificaciones estándar para el turismo, pajareras que, a medida que se aleja del centro hacia San Esteban, se vuelven más lujosas, con profusión de

mármoles, veredas amplias de mosaicos ondulados y portalones faraónicos. Pero subiendo hacia la montaña, Isabel descubre que Benalmar vuelve a ser un pueblo, con sus plazas y sus viejos, su trama árabe de callecitas estrechas, sus restos de murallas fenicias y su fuente de agua fresca. Reaparece el candor de la aldea, ajena a los apetitos del turismo, con tiendas pequeñas, artesanales, como las de su infancia. Hay dos hermanas marroquíes que arreglan ropa, pegan cierres, levantan ruedos; una ferretería donde un hombre de espalda agobiada le muestra con paciencia todos los adaptadores que tiene, a su lado un chico discapacitado, con idéntica paciencia, pasa tornillos de un frasco al otro; hay bazares casi tan polvorientos como en los barrios olvidados de Buenos Aires; un estanco que compra y vende libros usados atendido por un anciano malhumorado —“me caju en dié”, dice a cada momento—, un local de “todo por cien” donde se pierde —tiene pasillos y galerías interminables—; después de media hora de recorrerlo Isabel queda como anestesiada, empiezan a parecerle lindos los manteles de poliéster, los almohadones con ositos, las flores de seda, las baratijas chinas.

Así descubre una mañana una inmobiliaria barrial que se llama, como era de esperar, “Casa”. Los terrenos valiosos de Benalmar, le confirma Gómez, el dueño, eran los que se podían cultivar, no los costeros, las tierras cercanas a la playa eran despreciables, herencia para segundones, refugio de pescadores.

A través de Gómez conoce a Manuel, un inversionista dueño de varios edificios en Benalmar. Manuel la mira a los ojos. Como todos los hombres que hacen dinero, él ha vivido siempre en la desconfianza. Pero alguna vez, dice, hay que confiar en la gente. Él decide confiar en ella, alquilarle un departamento aunque no tenga papeles ni pueda pagar el año completo ni tres meses por adelantado.

El departamento que le ofrecen es un pequeño estudio sin muebles al que se muda pocos días después. Está en un noveno piso, en un edificio nuevo y blanco frente a la entrada de Benalmar, a pocas cuadras del mar. Luis la ayudará a pagarlo y lo compartirá con ella

cada vez que venga de Portugal.

En el conjunto hay tres bloques con tres portales idénticos, el de ella lleva la letra D: “D” de Dinamarca, dice el dueño de la inmobiliaria. ¿Por qué esa elección? Ella hubiera dicho “D” de dedo. Es probable que desde la perspectiva europea “Dinamarca” sea más fácil de recordar, más específico que “dedo”, aunque “dedo” tiene la ventaja de llevar dos des. Isabel le dedica largas elucubraciones a estas nimiedades, pero en la práctica confunde los portales. Una mañana se queda diez minutos forcejeando con la llave de entrada sin poder abrir. La saca de la cerradura y la mira: es minúscula, no tiene proporción con aquel pesado portal de hierro, sin embargo es la llave de abajo, está segura. Cuando por fin, gracias a un vecino, consigue entrar, tiene una sensación de extrañeza: todo parece ligeramente desplazado, o fuera de escala, como en las pesadillas. Avanza insegura hacia los ascensores. Las puertas están demasiado cerca, el sector de los buzones suele estar sobre la derecha, no sobre la izquierda, y la escalera que lleva al subsuelo se ha desvanecido. Se mira en el espejo y ve una cara afilada, como de gallo. Es ella, está un poco demacrada y ha entrado en el portal equivocado, el que lleva la letra “C” de “Canadá” y no la “D” de “Dinamarca”. Desde entonces, cada vez que llega a su piso y mete la llave en la cerradura, lo hace con miedo. Al entrar al pequeño vestíbulo, tiene un instante de vacilación, no hay muebles que le sirvan de referencia. Recién al asomarse a la cocina y ver su cafetera Volturmo y el gajo de potus que ha metido en un frasco con agua, se tranquiliza.

Las paredes son blancas, el piso es frío, de una piedra de color caramelo y nombre novelesco —travertino—, pero lo mejor es el balcón terraza desde donde, si se asoma lo suficiente, corriendo incluso un cierto riesgo, consigue ver el mar.

(Ustedes son emigrantes tres estrellas, le había dicho Montelli, echando mano de su diccionario existencial básico.)

En la división de bienes que han hecho con Alicia y Walter le tocan cuatro individuales rayados, dos almohadones amarillos, algunas toallas y la ballena, para que le traiga suerte. Decide colgarla

en la entrada para no sufrir más desasosiego cuando abre la puerta. Su loca sonrisa le anunciará, cada vez, que no se ha equivocado, que aunque sea transitorio y fragmentario, aquél es su territorio. También cuelga en otra pared un panel de corcho con la idea de llenarlo de fotos. Pero no puede hacerlo, todavía no. Mira con temor la caja con recuerdos que ha traído de Buenos Aires, una caja de Pandora, y se limita a levantar la tapa de vez en cuando, a mirar la primera foto de la pila: Mati en un concierto. Después vuelve a cerrarla. Por previsión, también le da una llave a Pilar, su vecina. Una gran idea porque, unos quince días después de mudarse, ya no confunde los portales, pero se queda encerrada en el balcón.

Es un jueves a la mañana. El otoño se anuncia con unas ráfagas de viento que golpean los cristales y sacuden con violencia la ropa colgada afuera. Sale precipitadamente a descolgarla y cierra tras ella. Cuando quiere volver a entrar, descubre que la puerta no puede abrirse desde afuera. Se ha quedado encerrada ¿Encerrada afuera? Incrédula frente a la puerta, palpa el marco como si fuera a descubrir algún truco capaz de revertir el mecanismo: abrir lo que antes se cerró. Pero no hay secreto. El marco es liso, la realidad inexpugnable. El pánico le afloja las rodillas. ¿Y ahora qué hace? Esperar a que Pilar, su vecina, salga a regar las plantas. O a barrer. Todas las mañanas lo hace. Se tranquiliza un poco y se sienta en el piso a esperar. Cada tanto, mira la puerta con odio. Imagina una voz en falsete invitándola a reflexionar sobre las diferencias entre argentinos y españoles. Son sutiles pero abismales. ¿A quién se le ocurre una puerta de balcón terraza que sólo se abre desde adentro? A los gallegos se les ocurre. ¿Cuál es la lógica? Si el balcón está en un noveno piso y da al pulmón de la manzana, ¿de quién se protegen?, ¿del hombre araña?, ¿de los ilegales como ella? “Ilegales, no”, había dicho la abogada levantando un dedo, “irregulares”. Qué afortunada. Podría ser una magrebí ahogándose a metros de la costa. Pero es apenas una irregular encerrada en un balcón. No debería quejarse.

Es curioso, pero ella no recuerda haber cerrado con

determinación, apenas si debe haber iniciado el gesto de cerrar. ¿Quién podía esperar una puerta corrediza, que en menos de una décima de segundo la encerrara en su propia casa? Lo de “la propia casa” era una manera de decir, trampas del lenguaje. Su propia casa nunca le habría hecho eso. Pero era previsible que le sucediera algo así. Hace meses que viene luchando contra los pomos de las puertas, canillas, llaves y mecanismos en general: empujar en lugar de tirar, girar la llave a la derecha en lugar de a la izquierda, levantar en lugar de presionar, cosas que ya había aprendido y en las que ya no era necesario pensar, automatismos.

El tiempo va pasando con lentitud sideral. Se para y se sienta. Camina desde la puerta corrediza hasta la baranda del balcón. Se asoma hacia afuera, pero no mucho, para no dejarse atrapar por el vértigo. Golpea inútilmente el vidrio, como si alguien pudiera abrirle, salta, da unos grititos ridículos de indignación, se agarra la cabeza.

La desesperación va y viene, como las ráfagas de viento.

Intenta no caer en el ejercicio masoquista del “si no hubiera hecho esto, si no hubiera hecho aquello”. No poder torcer la realidad es, en efecto, uno de los mayores dolores de la existencia. Ella salió a proteger su ropa y también el sillón de mimbre que acababa de traer de un contenedor. Debería dejar de mirar la basura, dice Luis. Pero gracias a eso tiene un tablón con dos caballetes como mesa, una mesita de luz que pintó de azul y dos sillones de mimbre. Una de cal y otra de arena. Tal vez la puerta, con buena intención, les quiere advertir que no deberían alquilar ese departamento. Que es un poco caro para ellos, para lo incierto de su situación. Lo que los animó a correr el riesgo fue, precisamente, ese balcón. Un balcón terraza, esa pasión argentina: ¿cómo descender, si no, de la llanura a la estrechez del metro cuadrado? Los animó la visión lejana pero prometedora del mar. La decisión de aferrarse con uñas y dientes a una forma de vivir. Emigrantes tres estrellas, como dice Montelli.

(¿Acaso ellos, y tantos como ellos, no se habían lanzado con avidez sobre los bienes más terrenales del mundo, desde el horno a

microondas hasta el paquete turístico a Brasil? Sin mundo mejor a la vista y, sobre todo, después de haber salvado el pellejo, ¿qué impedía entregarse a esa convicción —de raíces indestructibles— de que había un orden y una dirección unívocos. Convicción casi corporal, cimentada en la propia naturaleza. Si la noche le sigue al día, el bienestar debería seguir al esfuerzo, “coronarlo”, y así derrotar la adversidad, tener casa con jardín, mandar a los hijos a buenos colegios, comer sano, hacer deportes, evitar por todos los medios morir. ¿Cómo resignarse a abandonar también esos sueños, a bajar de golpe varios peldaños en la escala, a que el cuerpo se cayera del alma como en las pesadillas, aceptar ser más pobres, más rotos, más desdichados? Así habían llegado desde los escombros de la Argentina hasta esa terraza andaluza con sus dos irreductibles zetas. El lugar ideal para comer en las noches de verano y para encerrarse en las tardecitas de frío.)

¿Y romper el vidrio como en las películas de acción, tomar envión y darle con el hombro? ¿Con su hombrito? Se destrozaría la clavícula.

Imposible semejante violencia.

Patadas en la pared, tampoco. Lo civilizado es esperar tranquila hasta que Pilar aparezca. Tiene que aparecer. Además fue su culpa, los errores se pagan. Porque si lo piensa bien, “ella” se encerró. Lo vio. Fue viendo cómo se quedaba encerrada, desde ese lugar del cerebro donde uno asiste a todas sus desgracias. Unas décimas o centésimas de segundo antes del hecho consumado uno contempla la propia torpeza, las infinitas trampas de la mente en complicidad con el cuerpo: caídas, pérdidas, errores, malentendidos, la cosa va desde tirar una cucharita a la basura al vaciar un plato, hasta incorporarse a la autopista distraída sin ver el camión enorme que de forma irrefrenable te aplasta en un segundo. Estuvo encerrada en un balcón ocho horas, dirá su epitafio.

Mira, como un absurdo Robinson, los pocos objetos que la rodean: dos sillones de mimbre con sus almohadones, su helecho testigo (en él ha depositado una cierta confianza: si vive, se ha dicho,

tal vez ella también pueda hacerlo en esta ciudad), una reposera (tumbona) rota, una sombrilla cerrada con el parante oxidado, un poco de ropa, una lata con un resto de pintura bordó. Podría pintarse la cara de bordó, acostarse boca abajo sobre la reposera y sumergir la cabeza en el helecho, tirar pintura por la ventana, clavarse el parante oxidado en el pecho. Pero hace lo más razonable, se sienta en el sillón de mimbre y dobla la ropa que descolgó. Con papeles o sin papeles, en cualquier lugar del mundo, una mujer lava y tiende su ropa de la misma manera.

Y ahora qué. Mira alrededor. Enfrente, y bastante alejados, hay dos edificios recién construidos, por lo tanto deshabitados. Entre ambos edificios se abre un enorme espacio destinado a dos piscinas. Se ven dos fosas gigantescas de formas caprichosas. (La palabra fosa le produce un escalofrío. Allí van a enterrar agua.) Lo más notorio es el efecto del viento, el contraste entre las plantas y los toldos agitándose contra las moles blancas de los edificios. Algunos geranios de tallos altos se mecen apenas. Los helechos, en cambio, y las cenefas de los toldos se mueven con más gracia, ondulan, establecen un sistema de señales, una clave que le envía mensajes. Boluda, dicen, bo-lu-da. O, mejor dicho, gi-li-po-llas, ya que ondulan en español, una sílaba más para atormentarla.

Se sienta contra los barrotes del balcón, de espaldas al vacío. Se refriega los codos. Los codos duelen, quién lo diría. Cruel venganza de esta olvidada parte del cuerpo. “A partir de cierta edad no hay que levantar cosas pesadas”, le había dicho el del ambulatorio. A partir de cierta edad no se debería emigrar, piensa ella. Mira hacia el balcón vecino, en cualquier momento Pilar aparece. No es tan dramático, un accidente estúpido, no ve por qué esas ganas de llorar. Si hay un momento de poner a prueba su vida interior, es ése. No necesita invocarla demasiado, al instante su vida interior le recuerda un cuento de Buzzatti en que un perro queda encerrado en una casa de verano cuando todos regresan a la ciudad. El lector, también atrapado, debe compartir cada instante de esperanza y desesperanza del animal.

Acompañarlo a lo largo de los días en una lentísima y matizada agonía hasta que se resigna y se tira a morir enrollado en un rincón. Pobre perro. También él necesitaría papeles aquí, un permiso especial si fuera demasiado grande. El perro europeo debe ser pequeño y de ladrido discreto. No como el que ella ha dejado en Buenos Aires. ¿Otra vez lágrimas? No. Se levanta y camina con energía a lo largo del balcón. Su aventura es ridícula. ¿Cuánto más puede durar? ¿Una hora más? ¿Cuál sería el límite entre lo ridículo y lo dramático? El viento se vuelve más penetrante, la pincha a través de los huecos de su pulóver —jersey— verde. Saca ropa de las pilas que ha ordenado y se la mete debajo. Sonríe. Ahora parece embarazada, piensa. Parirás en un balcón, dice en voz alta.

Los oídos le zumban un poco. Cuando alguien está alerta, esperando una puerta que se abre, empieza a oír mucho más.

¿Y si grita? Una vergüenza empezar a los gritos. Una mujer grande, hacer tamaña estupidez. Una sudaca, ignorante. Y sin papeles. En mi país no hacen puertas de balcones herméticas por fuera. De mi caserón de Villa Urquiza se puede entrar y salir cuantas veces se quiera al jardín, sin caer en ninguna trampa. Una casa fiel incapaz de atacar a sus dueños. Sabe cómo le pasé el plumero alto antes de irme, meticulosa, por todos los techos y todos los ángulos. Moldura por moldura. No crea. No era por las telas de araña. Eran caricias, una despedida.

Cierra los ojos y se imagina en su casa. Se sienta en el sofá que había sido de cuero verde, que después tapizó con loneta blanca, que después cubrió con una funda azul, que después —cuando cedieron los resortes— cubrió con una gruesa manta violeta. De allí era la primera secuencia de fotos de Mati bebé. Allí había dormido siestas, leído libros, hecho el amor con Luis, tomado vinos y mantenido conversaciones con amigos. También allí había llegado a un acuerdo con Jean, su inquilino salvador.

Vuelve a oír un ruido en la puerta vecina. ¿La estarán engañando una vez más sus oídos? No. Esta vez no se equivoca. Es Pilar que entra

a su balcón cantando. Abre la boca para llamarla. Cuesta sacar la voz a la intemperie, exponerla. ¡Pilar!, exclama al fin. Como el graznido de las gaviotas su voz destemplada le lastima algo adentro. Pilar, estoy aquí, encerrada afuera. Por favor, ven a abrirme.

Pilar aparece a los pocos minutos y abre la puerta corrediza —de una manera tan fácil, tan simple—. Isabel entra al salón y se contiene para no darle una patada fenomenal a la puerta, destrozar los cristales a martillazos.

—Pilar, ¿aquí se dice pagar derecho de piso?

—Sí, hija, tú ya lo has pagado. Venga, vamos que te preparo un té caliente.

—Tuviste suerte con el departamento nuevo —dice Alicia—. ¡Conseguirlo sin papeles!

—Sí, está muy bien. Pero me cuesta perdonarle lo que me hizo.

—¿Cuanto tiempo duró la penitencia?

—Una hora y veinte minutos. Ahora tomé mis recaudos. Trabé el mecanismo de la puerta con un tornillo. Para mayor seguridad, lo pegué con la gotita.

—Lo que se llama tecnología de punta. —Alicia, malicia.

Ahora que no viven juntas, se encuentran con frecuencia en el bar La Estrellita, sobre el Paseo Marítimo. Aunque remuevan sus penas o sus desengaños, todo adquiere allí cierta levedad. La melancolía retrocede ante la presencia del mar, el talante despreocupado de los veraneantes, las cervezas, las tapas. Así que suspiran, pero también se ríen de lo que les pasa, inventan nombres humorísticos para sus nuevas experiencias: los bañistas ruidosos de la piscina son los “miramira”, Puerto Banús es “Puerto Lanús”, Mercadona es “Maradona”. Se vengán de los constantes malos entendidos en los que caen una y otra vez.

—¿Qué pasó con Mundus?

Tienen pocos estudiantes y se los dan a los profesores contratados. Pero hice unos folletos para Montelli.

—Un tipo asqueroso.

—Sí, pero puede tener más trabajo para mí.

También comparten, Alicia y ella, el merodeo por los contenedores de la basura. Se necesitan una a la otra para transportar puertas, sofás, sillas, colchones, muebles y objetos desechados por la riqueza del Primer Mundo. Empezó siendo una necesidad, pero se ha vuelto una especie de adicción. Conocen todos los del barrio y muchos del centro. Hacen teorías sobre su rendimiento: el que está frente al hotel El Mayoral es uno de los más fructíferos, aunque a veces cualquier contenedor de La Pastora, una barriada popular, puede deparar una sorpresa. Se hacen regalos, una a la otra. El carro de la compra de Isabel, por ejemplo, es un regalo de contenedor que le ha hecho Alicia. Está un poco estropeado, de acuerdo, pero firme, y además, en poco tiempo, Alicia le traerá uno mejor (carros de compra y valijas aparecen con mucha frecuencia cerca de su casa). Isabel, a su vez, le ha regalado un taburete de pana verde con flecos al que sólo le falta una pata.

—¿Sabés qué encontré en El Mayoral?

—Qué —dice ella conteniendo la ligera envidia que siempre le produce la suerte de Alicia.

—Una reposera de madera de teca en perfecto estado.

Ella se consuela pensando en su nuevo sofá. Unos días atrás había encontrado —fue testigo del acto mismo de deshacerse de ellos— un colchón de una plaza nuevo, tres módulos rectangulares de gomapluma azul y una silla de ruedas. La mujer que los tiraba tenía aspecto de enfermera alemana. Isabel se quedó haciendo guardia junto al contenedor y llamó por el móvil a Alicia para que la ayudara con el transporte.

—Qué lástima —había dicho Alicia mirando el conjunto.

— ¿Qué lástima qué?

— La silla de ruedas, ¿qué podríamos hacer con ella?

Se llevaron el colchón y los módulos de gomapluma, pero prometieron no comentar este último encuentro. La silla de ruedas contaminaba todo el lote de sospecha. Alguien había muerto, qué duda cabía. Pero el muerto casi no ha usado el colchón que, en adelante, será el sofá del pequeño estudio de Isabel.

— ¿Qué pasa con Luis? ¿No va a venir?

— Poco.

— ¿Se acabó?

Isabel hace un gesto ambiguo.

— ¿Nada para reciclar? —insiste Alicia—. ¿Como la silla de ruedas?

Como ella no contesta, Alicia sigue especulando.

— Entonces. ¿por qué no volvés a Buenos Aires? Sola, podrías arreglártelas.

— Primero tenemos que juntar diez mil euros. Para la operación de mi vieja. Y para el piano de Mati.

— Parece un argumento de Sandrini.

— Además no es tan fácil volver, después de haber hecho las cosas que hicimos.

— Sí —dice Alicia—. Las cosas que hicimos. —Y sonrío, se diría, divertida. — ¿Hicimos o deshicimos?

Pese a su espíritu zumbón y a veces un poco cruel, Alicia tiene un optimismo natural y persistente que la ayuda a adaptarse a su nueva vida.

— Las plantas de mi terraza —dice, entrecerrando los ojos—, trasladé más de treinta al jardín de mis amigos panaderos. Me pasé diez días trasplantando. Anoté todo en una libreta, pensando en la

vuelta. “Un potus gigante”, “una azalea rosa”, “un jazmín del país”. Algunos, como no sabía los nombres botánicos, figuran con los sobrenombres de entrecasa: “tomates enanos”, “el apestado”, el “medio sauce” y así.

—Yo trasplanté libros o más bien los sembré — dice ella.

Había conservado libros de todo el secundario y de todos los años de universidad. Algunos imposibles de ubicar, ¿quién querría, por ejemplo, Fray Gerundio de Campazas? Seguramente el Instituto de Literatura Iberoamericana, pensó en su momento. Pero no, el Instituto no aceptaba donaciones (el edificio se cae de viejo, los libros se pudren en sótanos llenos de pulgas y humedades, dijeron). La indignó ese desapego. Recordaba lo difícil que había sido en su momento conseguir semejantes mamotretos. Así que decidió hacer justicia por su propia cuenta. Llevaba estos ejemplares anacrónicos de a dos o de a tres y los dejaba al descuido sobre una mesa, o sobre una silla. Después se iba apurada, mirando hacia atrás como un delincuente, esperando el chistido o el dedo acusador. Una vez con el Fray Gerundio sobre la mesa —se ilusionaba—, no tendrían más que aceptarlo como un hecho consumado. También dejó libros en asientos de plaza, de subterráneo, o de cine con la esperanza de que el hecho de encontrarlos, aunque fuera una vieja *Gramática Latina*, unas *Instrucciones sobre Higiene en los Institutos Públicos* o un manual acerca de *Cómo construir con adobe en La Pampa* les daría un valor singular, una apariencia de talismán que los salvaría de la destrucción.

Al principio le daba vergüenza ser descubierta, pero después adoptó cierta desenvoltura, se felicitaba por descubrir nuevas alternativas: oficinas, estanterías de supermercado, mostradores de bancos, buzones, escalinatas. Una sola vez, un hombre la corrió para devolverle las *Catilinarias* que había dejado en el colectivo sesenta. Había establecido, además, un sistema de compensaciones que le parecía bastante justo: abandonar, cada tanto, libros que consideraba valiosos pero que tenía repetidos: un *Rayuela*, una *Casa verde*, algún Onetti.

—Tendrías que haberlos tirado —dice Alicia—. Hay que vencer el prejuicio con los libros. Sobre todo si son malos. En Montevideo mi viejo los usaba para prender la chimenea y, aun así, protestaba. Los libros malos, decía, no sirven ni para hacer fuego.

—Verdad. Pero yo no podía.

—¿Y aquí cuáles trajiste? Sólo me acuerdo de tus diccionarios.

—Muy pocos: la *Gramática* de Gil y Gaya, los *Diarios* de Cheever, uno de Darwin, unos cuentos de Nabokov, un viejo *Robinson Crusoe* que leía cuando era chica... *Y tal vez vosotros, lectores, sabréis algún día cuán dulce es volver a la patria, después de larga ausencia.*

Alicia la mira intrigada con sus ojos dramáticos.

—Así termina Robinson, con esas palabras: *Cuán dulce es volver a la patria, después de larga ausencia.*

—Qué pena no poder amar así a la patria —dice Alicia—. Aunque soy mitad uruguaya —agrega después, con voz neutral y sin mirarla.

Isabel se despide de Alicia y va bordeando el Paseo Marítimo. Ve pasar, como siempre, legiones de “guiris” —alemanes, ingleses, holandeses—, algunos en pareja, inclusive de la mano, buenos compañeros, con su irremediable carga de aburrimiento, pero saludables, con buenas jubilaciones para tomar sol, cervezas y pescado fresco hasta que la enfermera de turno arroje en un contenedor sus colchones, sus sillas de ruedas, sus televisores.

Cada tanto abre con indiferencia su buzón de la planta baja. Nunca encuentra más que publicidad (supermercados, idiomas, depilación definitiva y, con más perseverancia que cualquier otra oferta, servicios odontológicos de todo tipo), pero esa mañana hay una carta de sus alumnas iraníes.

Es una foto de las dos chicas en la nueva escuela, con sus uniformes impecables. Tienen una sonrisa a medias, entre esperanzada y temerosa, una sonrisa de emigrantes, piensa Isabel. En el dorso han

escrito con letras mayúsculas y enormes: "Te echamos". Y después, en letra muy pequeña y apretada, como para hacerla entrar en el espacio exiguo que les ha quedado: "de menos". Es la primera foto que Isabel pincha en su panel de corcho: ya puede exhibir un pasado en Benalmar.

Además de la foto, la familia iraní ha dejado las mejores referencias de ella en Mundus. Así se lo comenta Martine, la directora, cuando Isabel le habla por teléfono para saber si tienen más trabajo para ella.

El invierno es una mala época, dice Martine, habrá que esperar unos meses hasta que los alumnos, como las golondrinas, vuelvan en busca de calor. Como consuelo, le ofrece sustituirlo a Juancho por un día en el Don Manuel, uno de los hoteles donde Mundus da cursos.

El día está lluvioso y el autobús que va hasta el Don Manuel, a unos veinte kilómetros del centro, tarda en llegar. En la cola todos protestan, siempre sucede lo mismo, los autobuses no respetan sus horarios y con el mal tiempo es peor. Isabel no quiere llegar tarde, ni perder la clase, treinta euros es mucho dinero para ella. Cuando se detiene el minibús de la Residencia Geriátrica Guadalete para recoger a un anciano, se acerca al chofer y le pide por favor que la acerque ya que el hotel le queda de paso.

Sube y se sienta en uno de los pocos asientos libres que han quedado. Nunca ha estado rodeada de tantos ancianos. ¿Cuántos habrá? ¿Cuarenta, cincuenta? Todos llevan una bolsita donde está bordado su nombre y el de la residencia, tendrán allí sus remedios, sus pañales, como chicos que van al colegio. Algunos dormitan, otros tienen la mirada ausente, pero otros la miran, y no dejan de hacerlo durante todo el trayecto. ¿Cómo la miran? No es con simpatía. Ella les sonríe, cada vez más incómoda. Cuando quince minutos después baja frente al hotel, ve todavía, a través de las ventanillas, los ojos acuosos de algunos ancianos clavados en ella. Ella es joven, no tiene que ir a un geriátrico, aún es dueña de su vida, libre para subir o bajar en cualquier punto del trayecto.

En el hotel tiene un grupo heterogéneo. Una pareja de ingleses de Manchester de más de setenta años. Están allí de casualidad (iban a una clase de bridge pero, ya que están, tomarán la de español que también es una clase tranquila). Él es menudo, de bigotillo gris, está vestido como un cazador, con un chaleco lleno de bolsillos y fuma una pipa. Ella es maciza, tiene shorts blancos y un inesperado sombrero rosa con flores en la cabeza que no se quitará durante toda la clase. La saludan con una cortesía excesiva y anacrónica. A los ingleses se suma un alumno italiano de mediana edad que se llama Bruno y su hija Rafaella. Rafaella es adolescente, está un poco intimidada por la presencia y la simpatía del padre. Como él es médico oculista, hablan de gafas. Y de materiales. “Las gafas son de cristal.” “La mesa es de madera.” “Las llaves son de metal.” “La camiseta es de algodón.” Ella explica que es necesario conservar la preposición “de” en cada respuesta. La misma con que se formula la pregunta:

—¿De qué es la papelera, Bruno?

—De orrro —dice él muy serio.

—¿Y de qué es tu reloj?

—De papeeel.

Hacerles entender el chiste a los ingleses es muy trabajoso. Pero una vez que lo han hecho, están encantados y lo festejan con una risa educada llena de “ous”.

En la biblioteca donde se da la clase hay una pizarra muy pequeña e incómoda. Isabel tiene que ponerse en puntas de pie para escribir en orden la lista de materiales que han visto. Al hacerlo, se le levanta un poco la remera.

Cuando deja de escribir, advierte la mirada de Bruno fija en la línea de piel que ha quedado al descubierto entre la cintura del pantalón y la camiseta. Son apenas unos milímetros. Sin embargo, ella percibe la mirada de curiosidad del hombre, la poderosa atracción de la piel oculta cuando se revela. Eso la pone de buen humor. Tan poco.

Montelli la llama por la noche para decirle que los folletos quedaron muy bien, que puede pasar a buscar su cheque. Le dice, además, que una agencia nueva de Benalmar —Art&Co— busca redactor.

Para entonces ella ya había descartado el trabajo publicitario. Había recorrido al menos ocho agencias de la costa y comprobado que la figura del “redactor” no existía. Lo que pomposamente se llamaba en Buenos Aires “creatividad”, esa invención americana, sólo existía en las ciudades importantes.

El propio Montelli se lo había adelantado cuando hicieron el folleto del hotel. “Vos, flaquita, ponele un poco así de texto”, había hecho un gesto obsceno con el pulgar y el índice —casi todos los gestos de Montelli parecían obscenos, eran sus manos pálidas y regordetas las que contaminaban sus movimientos—, “dos centímetros, lo máximo, después le metemos todo fotos: habitaciones de lujo, campos de golf, restaurantes...” En la región lo que contaba, el verdadero alimento del turismo, eran las imágenes, nadie quería saber demasiado con las palabras, menos que menos con frases inteligentes o provocadoras. Sin embargo, de pronto, aparecía alguien que necesitaba —creía que necesitaba— una redactora. De manera que las conclusiones a las que llega —empujada por su obstinada necesidad de entender— son sólo provisionarias. ¿Por qué no se entregaba de manera más instintiva a las cosas? ¿Acaso había forma de no avanzar siempre a tientas?

Marco tiene poco más de cuarenta años. Es de color terroso, pelo ensortijado muy corto, tiene una cara rapaz, pero con una pátina antigua, como de centurión romano. Siempre está intentando adelgazar, le sobran diez kilos. Viene de Madrid y antes de Bilbao, donde ya ha cerrado —quebrado, probablemente— dos agencias. Lo han estafado sus socios, dice, por eso ha venido al sur y ha montado Art&Co “en solitario”. (Un día les mostrará un álbum con su vudú particular: en casi todas las fotos hay personas tachadas con marcador negro. Son aquellos —dice— a los que preferiría ver muertos.) No le importa que ella no tenga papeles, eso se arregla, su directora de arte,

otra argentina, tampoco los tiene. No sabe por qué, pero él vive rodeado de argentinos, están en su destino. Le cuenta, para ilustrar, una aburrida anécdota sobre unos vecinos argentinos, allá en su infancia madrileña. Con la carpeta que Isabel le muestra es mucho más expeditivo, la hojear a una velocidad sorprendente sin escuchar los comentarios atinados con que ella intenta explicar cada pieza. A él lo que le gusta, dice, es el estilo minimalista. Isabel no tiene del todo claro qué es el minimalismo —y menos en publicidad—, pero asiente; es, como siempre, simpática y dócil, escucha al otro como si fuera interesante lo que dice. Debería tomarla, aunque lo asuste pensar que está frente a una mujer demasiado madura. ¿Qué otro redactor de experiencia podría encontrar en Benalmar? Está condenado a tomarla. Marco cierra de golpe la carpeta y dice que necesita que empiece ya, que le escriba un *dossier* de presentación, algunas cartas, y todos los folletos de la Golden Clinic. Por ahora hay mil euros, pero luego va a haber mucho más, él tiene las mejores relaciones en Benalmar y es el único que puede ofrecer un servicio profesional.

Isabel se levanta temprano para llegar puntual a la agencia. Lo mejor de Art&Co —piensa— es su ubicación sobre el Paseo Marítimo. En cada trayecto, de ida y de vuelta, tendrá la compañía obligada del mar.

A mitad de camino, se acoda sobre la barandilla que da a la Playa de Venus. Le gusta escuchar ese sonido nuevo, la marejada arrastrando en cada retirada las piedras de la orilla, haciendo de ellas “canto rodado”. Enfrente se ven nítidas las sombras del África. ¡El África!

Hoy el universo parece recién acabado, perfecto. El mar y el cielo, diáfanos. Las gaviotas formadas en dos grupos inequívocos, las adultas y las pequeñas. Por momentos se quedan inmóviles y por momentos se entrecruzan según una coreografía repetida durante siglos. Una grúa amarilla describe un surco a lo largo de la playa. A lo lejos, como pájaros sobre una rama, varios barquitos pesqueros. Hombres y naturaleza en todo de acuerdo. Nada malo puede sucederme hoy.

A las nueve y diez abre la puerta de Art&Co. Marco mira el reloj,

“llegas tarde”, le dice. Ella cree que es un chiste y no le hace demasiado caso. Pero no es un chiste.

Se hace amiga de Luciana, la directora de arte, en segundos. Como ya lleva un mes con él, le explica que Marco es un tío desapacible. Hay que tenerle paciencia. Ella medita, cree en otras vidas, tiene una calma interior y una gentileza que le permiten capear los temporales. Isabel tiene que escribir la presentación de la agencia y eso la mantiene al margen de Marco. Pero no puede dejar de escuchar las conversaciones airadas que provienen de su oficina. Habla en italiano: hay dinero o negocios de por medio, las discusiones se parecen mucho una a la otra, empiezan entrecortadas, sibilantes, y van subiendo de tono hasta que terminan bruscamente. Son reyertas familiares, le dice Luciana en voz baja. Según le ha contado Marco, su padre era un fascista que vino a luchar en el bando de Franco, luego se casó con una española y tuvo catorce hijos. Él es el más chico. El síndrome del último orejón del tarro, dice Isabel.

Para disimular frente a la secretaria y el maquetador, lo bautizan Gordon.

Tiene una forma de aparecer, Gordon, de abrir las puertas, de desplazarse, que pone en claro a cada momento quién manda allí. Cuando está de buen humor, les habla de sus conquistas amorosas y de lo putas que son las mujeres. Día por medio aparece con “el Doctor”, su compañero de correrías. Se paran junto a la mesa donde ellas trabajan y hablan de vinos y de inversiones pero, sobre todo, del culo perfecto de Begoña, del dinero que gasta en ropa y también de Marina, de lo cutre que es.

Cuando el Doctor se va, Gordon se ensombrece, da pataditas impacientes en el suelo, pide todo de mala manera.

En la recepción hay una cafetera automática que se carga con sobrecitos. Tiene tres opciones: café pequeño, capuchino o chocolate con leche. Cada vez que se sirven hay que dejar dinero en un vaso de plástico: 40 céntimos el café pequeño, 50 el capuchino, 60 el chocolate.

Gordon sacude cada tanto el vasito. Un día dice: “Aquí hay alguien que no está pagando”.

Diana, la secretaria, vive en San Esteban y muchas mañanas llega tarde, lo que provoca siempre una discusión. Qué caradura esta Diana, joder, llega tarde, hace todo mal, y encima es impertinente, eso me pasa por tomar a una ignorante y a una cateta. ¿Tú crees que se mosquea? ¡Le importa una mierda! ¿Qué os parece?

Un día Diana se le acerca. ¿Sabes qué me ha dicho? Que tú le has dicho que yo te he dicho que esta agencia es una mierda y que por eso me va a echar. Ella le asegura que no ha dicho nada. Cuando Gordon llega, quiere hablar con él para aclarar las cosas. Pero él la ataja y le dice. ¿Sabes qué me ha dicho ésta? (hace un gesto despectivo hacia el exterior). Que tú le has dicho que yo he dicho que ella es una puta. Pero tú no te preocupes, esta va a durar poco. Unos días más, y a tomar por culo.

Se promete a sí misma no ceder a la mirada sombría de Gordon cada vez que llega cinco minutos tarde, sin embargo, no puede impedir caminar apurada cada mañana, estar atenta al reloj cada vez que se demora sobre la barandilla de la Playa de Venus.

Ahora sí. Un poco de ímpetu después de días y días de pereza. A trabajar de mar, a ponerse al fin de esos colores amenazantes, nada de melindres celestes o turquesa, nada de superficie espejada y calma. Así es otra cosa: la máquina de las olas trabajando, una tras otra rompiendo con estruendo sobre la playa.

El verano andaluz es resistente, pero poco a poco va quedando atrás. La luz ya no es tan cegadora, el aire por las noches refresca. Y el mar no es el mismo.

Ella es un testigo celoso de su diversidad. Piensa que debería observarlo hora a hora, como Monet sus catedrales. Pero incluso las horas son períodos demasiado largos de tiempo. El cambio es gradual y constante. ¿Minuto a minuto? ¿Segundo a segundo? ¿Hasta cuándo podría el ojo humano percibirlo, describirlo? ¿Y si el mar la mirara a

ella? ¿Resultaría igual de cambiante? ¿Acaso ella es siempre la misma? ¿Qué decía Parménides? Y fuera de sus miradas, hay que tener en cuenta los trabajos de la noche, las mareas nocturnas. De noche se hace y se deshace. Por la mañana, el noticiero da su versión de lo sucedido, de sus efectos: la mar será llana o rizada, con marejada o marejadilla, será gruesa, muy gruesa, y hasta arbolada o montañosa, con olas de catorce metros.

Pero nada dicen de la ola impaciente, tal vez la preferida de Isabel, la que ya lleva espuma a lo lejos, rompe en cuanto se forma, una espuma precoz que nunca conocerá la orilla.

También dentro de ella, por las noches se suceden las mareas. Encontronazos entre una y otra orilla. Durante su ausencia de Buenos Aires parte de su vida se va deteriorando. Recibe periódicamente malas noticias: la retina de su madre se desgarró bajo el bisturí de un médico, a su prima la asaltan en un taxi, la pata de Godo es triturada a mordiscones en una pelea con otros perros, el palo borracho de su jardín crece salvajemente, destroza pisos y paredes, su amigo Pedro empeora, ya casi no puede caminar... Desde tan lejos, ¿qué puede hacer? ¿Cómo pasar de una a otra orilla? Cuando uno se ha ido muy lejos, a unos catorce mil kilómetros de su casa, la manera más rápida de hacerlo no es el avión. Son los sueños. Al principio son desbocados, inmanejables. Pero de a poco se diría que los va domesticando. Puede abrazar a su hijo, ver a los amigos que extraña. Se mete en su casa, aunque los nuevos inquilinos estén durmiendo. Se toma un cortado en la cafetería de la calle Corrientes que tanto le gustaba. Hasta puede sentir el perfume de los tilos o de la lluvia de Buenos Aires. Ahora ha dado un paso más. Tiene sueños reparadores. Cuando se entera que, del otro lado, su perro se rompió la pata, esa misma noche, de este lado, se la arregla y lo hace correr detrás de una pelota con la agilidad de siempre. Su madre pierde la visión de un ojo y, del lado de acá, ella lo soluciona de inmediato. En su sueño ve perfectamente bien. Salvo que en lugar de azul, como lo tenía antes, el ojo es marrón muy oscuro, de un tamaño desproporcionado respecto a su cara (parece el ojo de

una gacela). Pero ya se irá perfeccionando. En un tiempo más será capaz de unir los dos bordes, el lado de acá y el otro, en una única orilla.

Por la mañana llegan rechazados cinco mil folletos de un cliente. Gordon hace un escándalo, le grita a Diana, da puñetazos en las paredes, rompe varios folletos y tira los pedazos por una ventana, después se va dando un portazo.

Más tarde, aprovechando un momento de calma, ella le comenta que haría falta un jefe de producción, que eso evitaría errores con las imprentas.

—Precisamente —anuncia Gordon—, mañana va a venir una persona que se ocupará de la producción.

A la mañana siguiente entra con una cubana muy joven de jeans apretados y labios pintados de rosa nacarado, es una amiga del Doctor, dice, y se ocupará de la relación con los proveedores. “Chica, toy desesperada”, confiesa la cubana en cuanto se quedan a solas, “figúrate”, y les cuenta que su niño ha quedado en Cuba y ella debe conseguir los papeles y también un trabajo en España para poder recuperar a su hijo e irse a Santo Domingo, donde los espera su novio, su único amor, un deportista célebre que se llama Amanecido. El médico, que es sólo un amigo, le ha prometido un trabajo, pero ella, “caballero”, de publicidad o imprentas no entiende “na de na”, ha trabajado sí, pero como recepcionista de un odontólogo genial, en Zaragoza. Para colmo de males, “chica”, la persona en cuya casa iba a vivir parece que la ha plantado y ahora, ¿dónde pasa ella la noche? No tiene ni un duro, no lleva más que lo puesto (lo que incluye un brillantito incrustado en un diente que Isabel no puede dejar de mirar, tarea seguramente de aquel odontólogo genial de Zaragoza) y dónde va ella, con lo que extraña al niño y lo único que quiere es volverse para Cuba.

En los días siguientes la cubana llega y se va con Gordon, se pasa horas sentada en una silla quejándose porque la han engañado, le han

prometido cosas que no han cumplido. Que la tía es una loca y una mentirosa, dice Gordon, que vaya follón en que lo ha metido este doctor, y que ahora la cubana se la toma con él, lo amenaza con un juicio por incumplimiento de contrato.

Un lunes la cubana no viene: si vuelve a aparecer por aquí, les ordena Gordon, no le abrís la puerta. Por la tarde la tormenta vuelve a estallar. Otros miles de folletos son rechazados por la promotora Highlife.

Poco después descubren que el supuesto error no es de la imprenta. Es de Gordon, que ha presupuestado folletos con papel ilustración de doscientos gramos y los ha mandado a hacer en papel opaco de setenta. Se queda con la diferencia.

¿Pero qué hace ahí, en medio del campo, acucillada sobre la hierba? Hace pis, se contesta, mientras siente fluir el líquido hacia la tierra, el viento tibio que se le cuele entre las piernas, los pinchazos de los cardos, si es que esos penachos ásperos que le raspan los muslos son cardos. Un grupo de gitanas la acompaña, todas en la misma postura, con las faldas recogidas. “¡Ea!”, grita una de ellas, “a las cuatro de la mañana, bajo la luna nueva, todos los culos del mundo son iguales.” Desde otro lugar de la oscuridad se oye una respuesta: “Pero el mío es más guapo que el tuyo, maja”. Todas festejan la ocurrencia. Ella está tan borracha que se tiraría allí mismo a dormir, sin subirse siquiera las bragas. “Vamos, mujé”, la llaman cuando ven que se tambalea. Tienen que ir otra vez hacia los remolques donde sigue la fiesta. Ahora recuerda: está en una romería con Luis, Walter y Alicia. Los han invitado unos amigos de unos amigos jerezanos a celebrar la luna llena. *Ay, luna lunita luna*, cantan y palmean desde un grupo. *Queremos marcha, queremos marcha*, responden desde otro. “¿Quieres seguir a caballo?”, le ofrece un jinete. Porque la mitad de los invitados —unos treinta más dos familias de gitanos— van montados a caballo y la otra mitad en dos remolques tirados por tractores. A ella, subirse a un caballo le parece como subirse al Aconcagua y declina la invitación. Y así, en caravana, traqueteando en un remolque polvoriento, van

atravesando el campo ondulado cultivado de olivos y remolachas. Debe hacer muchas horas que empezó aquello. Recuerda un jardín adornado con guirnaldas, mesas redondas con manteles hasta el piso, candelabros y copas de cava. Ahora, en cambio, van a campo traviesa, ya no toman en copas, toman en vasos de plástico jerez fino y oloroso, whisky y licor de orujo. Se detienen varias veces. Cada vez, dicen que es un “rengue”. ¿Un qué? pregunta ella a sus vecinos, un “rengue”, le repiten, “rengue” como “renga”, pero con “e” al final. En cada “rengue” se bajan por detrás del remolque, hay que dar un salto enorme hasta el suelo, pero siempre hay algún hombre que la toma de la cintura y la ayuda, después surgen de las sombras tres o cuatro peones que reparten jamón serrano, queso manchego, butifarra, morcilla casera, pollo frito, chicharrones, tortilla...

“Come, come guapa”, le dice un gitano, “así puedes beber”. En un aparte, la dueña de la finca le da jamón en la boca a uno de los mozos: “Donde yo la paso bien”, dice, “quiero que también mi gente la pase bien”. Cuando terminan de comer, bailan sevillanas y bulerías. Desde la gitanilla más joven hasta la invitada más vieja y gorda, despliegan la misma sensualidad y la misma convicción. Bailan todos menos ella, menos Luis y otros extranjeros como ellos. Comentan en cambio que la zamba y el gato, el pericón y la chacarera deben provenir de allí. El hueco argentino inculcado desde la escuela primaria —próceres y danzas folklóricas de cartón—, dice Isabel, y sacude la cabeza ante lo inevitable. Los otros la miran sin entender. Me pregunto qué es lo que nos ha pasado, aclara, para triturar esa pasión andaluza y dar a luz una versión tan menguada, tan bobalicona como el “gato”.

También está el malambo, defiende Luis. Pero los que bailan son los otros, dice ella, mientras ellos, los argentinos, es decir los porteños, hacen comentarios sociológicos, no saben ni siquiera la letra completa de un tango. Yo sé *Uno* dice Walter. Sí, solamente *Uno*.

Habrán pasado dos horas más cuando anuncian “el último rengue” y el cielo empieza a clarear. Esta vez están alrededor de un

fogón. Todos los gitanos, sentados en sillas de mimbre, palmean hasta que se levanta uno de ellos, "El Mono", gordo, desdentado, con la camisa arrugada fuera del pantalón. Se para en medio del círculo y se concentra, tiene los brazos en alto, las manos blandamente cerradas, la barbilla contra el pecho. La luz del fogón le pone brillos cambiantes en la cara. Es largo ese momento, como si "El Mono" esperara una señal interior antes de romperlo. Y cuando lo hace, es casi imperceptible. Su cante y su baile están hechos de gestos mínimos, bruscos e inesperados. Le parece entender, a ella, en su bruma alcohólica, que ésa es la clave, el silencio y la quietud apenas entrecortados por la voz y el movimiento. Hay una inminencia de desborde nunca consumado. Apenas se entreabre el caudal de la emoción algo agudísimo se clava en el pecho, te deja en carne viva. De un golpe, a Isabel se le ha ido toda la borrachera.

A las nueve de la mañana, de vuelta en la finca, comen huevos flamencos y pan con sobrasada. Cuando Luis y ella empiezan a despedirse, los gitanos vuelven a servirse alcohol y otra vez se disponen a cantar. No se vayan, dice alguien, ahora empieza lo mejor.

Pero lo mejor empieza esa noche, en realidad esa mañana, cuando ella y Luis se meten entre las sábanas y hacen el amor de la forma milagrosa en que lo hacían muchos años atrás. Se abrazan y se besan, se muerden, se embisten y gimen y se ríen a carcajadas de toda esa agitación, de la torpeza de esos cuerpos desnudos y maduros cuando chocan y componen una especie nueva, un animal de cuatro patas y cuatro brazos, para quien la cama resulta un mueble demasiado geométrico y humano, una cueva poco apta para el cuadrópodo anhelante que han formado. Ya no hay más cabecera ni pies ni lados, sólo la fuerza centrípeta que los atrae y los disuelve en su centro hasta que de a poco el deseo se aquieta, se deshace de ellos, los deja inermes y felices. Con quién me casé, dice él riendo. Después se quedan en silencio, tendidos, y están por dormirse pero el recuerdo todavía vivo de lo que acaba de unirlos los despierta y vuelve a empujarlos uno contra el otro. Hace falta una fiesta gitana, litros de

alcohol, un campo remoto bajo la luna llena para remover el lodo, la brea, las piedras, los desechos que los separan, acumulados a lo largo de años de desidia, y que los han dejado solos y alejados de aquella napa profunda donde se enamoraron, se quisieron y tal vez todavía se quieren.

El lunes Isabel vuelve a Art&Co. Tiene un dolor de cabeza ingobernable y debe afrontar una larga reunión con la Golden Clinic, el único cliente que parece aceptar los chanchullos de Gordon. Los conozco muy bien, dice él, con un tono que de forma evidente se refiere al dinero.

La que viene a la agencia es la mujer del director, el inventor de la Golden Mask, una fórmula rejuvenecedora prodigiosa que te deja en carne viva y luego, al parecer, regenera una piel suave y rosada, sin arrugas. Se llama Candela y es una rubia madura rehecha desde las orejas hasta los pies. Un catálogo viviente de lo que el equipo de la Golden puede hacer con los cuerpos en pro de la juventud y la belleza. Cada vez que Candela se va, Gordon salta de la silla. La muy zorra, dice, me va a hacer perder la cabeza y, de inmediato, con su técnica “busca-testigos” les asesta una mirada alternada a Luciana y a ella, ¿habéis visto cómo me enseña los pechos? ¿Si pasa algo, tú quién crees que tiene la culpa? Mientras él no pierda la cabeza, ellas tendrán trabajo. Folletos de cirugía estética, de Golden Mask, de Flebología, de Lasoterapia y Ozonoterapia.

Se quedan boquiabiertas con las fotos que les ha dado la clínica. Acné, psoriasis, vitiligo, hipertrichosis (mujeres con una cantidad inusual de pelos en la cara), senos flácidos, orejas apantalladas, muslos o vientres enormes para liposucción. Pero la mayor pesadilla es la circulatoria. Los estropicios que hace la “váriz” — así se llama en España — son una herejía — ¿cuerpos hechos y deshechos a imagen y semejanza de qué o de quién? —. A veces Luciana y ella confunden las fotos del “antes” con las del “después”, la intervención da seres igualmente monstruosos.

Pero las reparaciones de la Golden no van sólo por fuera. Hay

tratamientos como la quelación: sueroterapia limpiadora de toxinas y metales pesados —plomo o aluminio y otros— donde se recambia la sangre, la extraen primero —¿dejándote por unos instantes absolutamente seco?, se preguntan ellas—, le quitan sus componentes tóxicos, le agregan iones, la oxigenan y la vuelven a poner en el cuerpo del paciente que vuelve así a la vida, ionizado, lleno de energía y juventud.

Ellas oscilan entre la fe y el escepticismo. Benalmar, donde viven tantos jubilados con dinero, es terreno propicio para las promesas de todo tipo. Desde la felicidad del pie hasta la del espíritu. En el centro se ven dos o tres carteles por cuadra: anti-aging, podología, masajes —plantares, faciales, corporales—, blanqueamiento dental, cura por los astros y recuperación de otras vidas —doctor Kirindongo—, trastornos sexuales, kinesiología, fisioterapia, reflexología, yoga, meditación, budismo...

Un jueves Diana llega tarde otra vez. Se produce el round final entre jefe y secretaria. Ella lo llama “capullo” e “hijoputa” varias veces y él “puta”, “reputa” y “me cago en tus muertos”. Después del portazo final, Luciana y ella tiemblan, pero Gordon sale tras Diana, hecho una fiera, clamando por su abogado.

Las cosas se precipitan: Diana me ha denunciado, les dice Gordon, por malos tratos y por contratar a extranjeros sin papeles. En adelante tendrán que trabajar encerradas con llave en la oficina del fondo. Llegan los primeros folletos de la Golden —encargados a una imprenta nueva— y son un desastre. Están mal cortados y las fotos del “antes” y el “después” se ven borrosas. Gordon las llama a su oficina. Con una cortesía inusual les pide que desaparezcan hasta que pase la inspección. Les paga la mitad del sueldo y les dice que es sólo cuestión de días, que dentro de muy poco las llamará. Nunca lo hace. Han sido tachadas con un marcador negro.

Por último, un detalle: Gordon es profesor de Protocolo. Un día de buen humor, les había regalado su libro dedicado: clases acerca de cómo saludar, cómo sentarse a la mesa, cómo tratar a cada cuál según

su rango, qué decir en distintas ocasiones. Lo tiraría a la basura, si no fuera que quiere recordar, tener un testimonio sobre la existencia de Marco-Gordon.

Luis vuelve a Portugal y ella empieza otra vez a repartir antecedentes. Luciana consigue trabajo enseguida en un estudio de diseño. Le ofrecen la mitad de un sueldo normal y un horario de sereno, de once de la noche a seis de la mañana, porque no tiene papeles.

También ella va encontrar algo, se lo repite cada mañana. Tiene que confiar en la prosperidad de España, algo tiene que suceder. Y sucede. Un mediodía entra a su departamento con la bolsa de las compras y corre hacia el teléfono que está sonando. Es Ramón Calero, de la agencia Storm de Málaga. Le habla porque está liado. Ahora mismo tiene sobre la mesa cinco campañas para presentar en quince días. Un atasco. ¿Ella lo podrá ayudar? La más importante es la del plátano canario, ¿conoce ella los plátanos canarios? Son los más tiernos, no tienen colesterol y son un producto ciento por ciento español. La segunda es para Desatoros Sevillanos, una empresa que tanto desatora una piletta doméstica como una cañería industrial. Hay una tercera para el Ayuntamiento (un nuevo servicio de cuidados para ancianos) y otras dos para un Centro Comercial en Gaucín. Además hay que escribir la revista de la Inmobiliaria Galop (García&López). Sin darle respiro, le recita uno a uno el *brief* de cada cliente. Una catarata de información. Isabel debería sospechar. Sin embargo, aferrada a su bolsa de la compra y con el abrigo puesto hace un esfuerzo descomunal para recordarlo todo.

Mira, lo mejor será, dice Ramón (usa el futuro imperfecto), que vengas ahora mismo. Isabel tiene un instante de lucidez. Por más que necesite tanto trabajar, está en Benalmar, son las seis de la tarde y tiene una hora de viaje hasta Málaga, ¿no sería mejor dejarlo para el día siguiente?

Ramón acepta. Te espero a las nueve, dice, y corta.

Ella deja al fin la bolsa y se saca el abrigo. Está contenta, más aún, está orgullosa. Mientras guarda la fruta en la heladera piensa que hay algo que hace bien, algún dinamismo que propicia su suerte. Sin embargo, el novio de Antonia la verdulera le encajó otra vez dos duraznos podridos.

Para trabajar en Storm, tiene que hacer sesenta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. El último autobús de regreso sale de Málaga a las seis y media. Ramón acepta a regañadientes que ella se vaya todos los días a las seis. A cambio de esa concesión, le pagará un poco menos. En cuanto a los papeles, si llegan los inspectores, han acordado que se encerrará en el baño.

Isabel trabaja con el abrigo puesto, hecho preanunciado desde el primer llamado telefónico (hay que estar alerta a las primeras señales, todo arte adivinatorio consiste simplemente en eso). Es un invierno muy frío en la costa y allí no hay ni un caloventor. No lo compran, dicen, porque se están por mudar. ¿A dónde?, le ha preguntado Isabel a la secretaria. ¿Conoces “a tomar por culo”? dice ella, pues muy cerca de ahí. Belén, que así se llama, es asturiana. Viniendo de aquellas comarcas, nunca siente frío y está siempre de buen humor. Con ella comparte Isabel algunas perplejidades.

—Belén, ¿puedo decir coño?

—Es un poco fuerte, cariño. Mejor di joder! —Belén, ¿qué son las abarcas?

—Pues unos zuecos de madera que se llevaban en el campo.

—¿Y las quimas?

—Hija, ¿de dónde sacas tú esas palabras?

—De mi abuelo que era de Bárcena.

—Eso será en Cantabria —dice Belén—. En Asturias no hay quimas.

Un día Belén se queda con el auricular en la mano. “El cliente me ha llamado cojonuda”, dice azorada, “es la primera vez que alguien me

llama cojonuda.”

Isabel le dice que no se preocupe, que eso significa “macanuda”, al menos significaba eso en su patria, antes de la época de los australes.

Pero el frío es sólo uno de los signos de lo que constituye la esencia de aquel lugar: la incomodidad. Las bombitas faltan, los ordenadores están con virus, el fax se atasca, la impresora mancha las hojas. En el baño no hay tapa en el inodoro y el depósito de agua no funciona, están esperando al fontanero, entretanto han instalado un balde que se llena con las goteras de la ducha contigua, de manera que hay que mear acucillado, evitando la salpicadura del agua fría. En los pasillos chocan porque acaban de incorporar a tres personas y el sitio es pequeño, nadie sabe dónde ponerse ni qué se espera de ellos, nadie habla claro, las conversaciones son sinuosas, la culpa flota en el ambiente como un gas venenoso. Ella lo sabe, cada agencia no es más que el espejo del alma de su dueño. Y el alma de Ramón es torva — nunca mejor aplicado este adjetivo—. Lleva siempre alguna punta de la camisa afuera y se abre el cinturón para acomodarse los pantalones y el calzón delante de todos, tiene la piel de ese color que suele llamarse malsano, unas ojeras oscuras le bordean los ojos saltones y se come las uñas hasta un límite que estremece. Resuella sin cesar porque es tanta la velocidad que le imprime a cada frase que no le alcanza la bocanada media de aire que utiliza un ser normal al hablar. Para demostrarle vaya a saber qué a quién, ha transformado esa velocidad en el valor número uno de su agencia. De manera que todos corren. Corren para atender el teléfono, corren para entregar papeles, corren hacia sus oficinas o hacia la sala de reuniones. Confunden eficiencia con velocidad. Ramón vive encerrado en su oficina, con poca luz y peor humor. Lo único que lo ablanda, lo endulza, lo hechiza, son sus propias ideas. Entonces sale de su cueva y los convoca a una reunión. El comercial que se le ocurrió lo hace “partir de risa”. Entonces sí se detiene arrobado, acaricia cada detalle de su ocurrencia y sonrío, se sonrío —no ya cuasi reflejo sino auténtico pronominal ya que se dirige a sus oscuros interiores—. A su audiencia le toca la infrecuente visión

de sus dientes manchados de tabaco y después el aplauso. No falla nunca, siempre hay un personaje o dos que lo festejan sin vergüenza. En particular Odilia, una cruzada fenomenal de estúpida, melosa y chupamedias. Una “pelota”, como se dice aquí, le explica en voz baja Belén. De todas maneras, Isabel disfruta del desafío de cada trabajo. Se le ha ocurrido una idea que le parece divertida para Desatoros Sevillanos: crear un superhéroe de las destapaciones, un hombrecito de muchos brazos, terminados en sopapas. Cuando se lo cuenta, Ramón se la queda mirando. Esa idea no tiene ni pies ni cabeza, dice al fin. Ella se defiende. Es imposible hablar de destapaciones seriamente. Semejante maniobra es por naturaleza una asquerosidad. ¿Qué mejor que el humor? Ramón gruñe, no está de acuerdo y además, ¿qué es una sopapa? Ella hace un dibujo. Ah, un chupón, dice Ramón. Es que tú hablas tan mal, agrega. Mejor ocúpate de la revista.

Ya no tiene el mar como consuelo. Pero tiene, cada mañana, los nombres de las calles malagueñas y la cafetería de los Morenos.

Llega muy temprano a la estación de autobuses de Málaga y va al baño a peinarse y maquillarse. Comparte esos pocos minutos con mujeres que bajan de los pueblos cercanos, con ecuatorianas y marroquíes que se desplazan por la costa para trabajar. Se espían, con sus caras cansadas, a través del espejo. Una mirada veloz y apagada de reconocimiento.

Tiene después veinte minutos de caminata, trata de tomar siempre itinerarios diferentes.

Voy por el Pasillo del Matadero. Tomo la Calle Convalecientes.

Paso por Cerrojo y Fuentecilla. Desemboco en Constancia.

Voy obediente por Hilera. Subo por Linaje. Tomo la fragante Panaderos.

Cruzo por el Puente de la Misericordia, o por el Puente de la Esperanza.

Espero que tantos nombres cristianos, virtuosos, me contagien, que su bondad me toque.

En Storm la regañan. Pone “reclamo” en lugar de “reclamación”,

“completar” el cupón en lugar de “rellenarlo”, “invitarlo” en lugar de “invitarle”, “se le hará agua la boca”, en lugar de “se le hará la boca agua”, además usa demasiados puntos, cuando debería optar por las comas. Ramón corrige línea por línea todas las notas que escribe para la revista de Galop. Cada tanto, vuelve a darle una oportunidad “creativa”. Si ella lo sorprende con una buena idea, entonces, para neutralizarla, la somete a una suerte de *punching ball*: la ametralla a obstáculos, ella los va sorteando, devuelve cada golpe y, cuando parece victoriosa, Ramón define la pelea con una cabezada decisiva: “Lo que tú digas, pero no me gusta”.

Un día está en el baño, con los pantalones bajos, intentando que no la salpique la gota que repica en el balde, cuando la puerta se abre de golpe y aparece Ramón. Perdona, dice, y cierra de inmediato.

La cafetería de los Morenos está justo frente a la oficina. Ella la ha elegido para tomar un café antes de entrar, porque a las nueve menos cuarto de la mañana es la que está más concurrida. Los tres Morenos — Miguel, Pepe y Juan— están detrás del mostrador pendientes de los parroquianos. No se pierden ni un detalle. Al segundo día, Pepe ya no le pregunta qué quiere. Afirma, usando apenas por cortesía un tono de pregunta: “¿Le pongo un sombra?”. Ella se abandona a su cuidado. Apoyaría la cabeza sobre el mostrador, como un chico sobre la mesa familiar de la cocina. Dame sombra, Pepe. Dame calor. ¿Leche caliente, o mitad fría y mitad caliente? Todos los caprichos, todos los gustos son concedidos, la nube o el sombra, el descafeinado o el corto con una caña al lado, el de máquina o el de sobre, el mitad o el mitad doble, “dos mitá dobles” —oye una mañana—, y se pregunta por el resultado de esa enrevesada matemática malagueña. Hasta los ha visto, a los Morenos, pasar el café con leche muy caliente de un vaso a otro para entibiarlo, como lo haría una madre o una abuela. Isabel suspira y mira hacia los estantes más altos, le gusta ver las botellas de colores, una junto a la otra igual que los platitos, la loza o el vidrio cuerpo a cuerpo, tintineando, como los parroquianos en el calor del contacto.

Me sumo cada mañana a su grey, he aprendido la maniobra de pedir

desde la segunda fila hasta encontrar un hueco junto al mostrador, entonces formo parte de los privilegiados, siento circular como mi propia sangre los comentarios amigables, cotidianos, el alivio de ese momento en que los fantasmas de la noche han quedado atrás, el sol apunta, calienta de a poco, como el café al cuerpo, la vida vuelve a parecer grata, gracias Miguel, gracias Pepe, gracias Juan. Cómo haría cada día, si no fuera por ese golpe amistoso y optimista, para entrar en la oficina desolada de Storm.

El trabajo para la revista de Galop —lleno de mala fe y de discusiones con el cliente, con los diseñadores, con la imprenta— finalmente se acaba. Las restantes campañas se pinchan como globos. Ella espera un desenlace inmediato. Pero recién el día 6 de diciembre Ramón se asoma a la minúscula oficina que ocupa transitoriamente y le anuncia que Belén tiene su sueldo y que ése es su último día.

Cuando le pregunta por el pago de los últimos seis días, Ramón también se ofende, ella ha estado bastante “relajadita” la última semana, dice, cómo se atreve a reclamar más. Isabel le aclara que es una cuestión de formas, en su país, al menos antes de quebrar, solían pagar hasta el último día trabajado. ¿Me llamas informal?, dice Ramón. Sin papeles y con la perspectiva de presentarse a otras agencias de aquella ciudad, decide no insistir.

Belén le paga y le da un abrazo fuerte. Este tío, dice. Un sorete, completa Isabel. Belén la mira inquisitiva, pero en seguida comprende: un mojón quieres decir, una mierda.

Cuando se va, con el sobre del dinero en el bolsillo, en lugar de mandarlo a la revoleada y negra concha de su madre, se acerca a la cueva y se despide. Él le tiende una mano blanda, húmeda y redonda, como sin dedos, y ella hace algo asqueroso: se la aprieta.

Unas noches más tarde sueña con Ramón Calero. Ella entra sin querer a un cuarto donde él se está vistiendo, más precisamente se está bajando los pantalones: va por debajo de la rodilla, está en el instante crucial en que, semiagachado, es necesario afrontar el riesgo de levantar un pie sin enredarse, ni tambalearse ni caerse. “¿Cómo?”,

increpa él, “¿ahora eres mi ayuda de cámara?” (usa una expresión así, antigua o cortesana).

Disculpa, le dice ella, servil, llamándole de “tú”. Un instante después, ya del otro lado de la puerta, se anima a replicar, pero, una vez más, la réplica no es todo lo dura que debería, nada de la putamadrequeteremilpariogordodemierda, dice algo así como “tú tienes muy mal carácter, no tienes buen trato con la gente”, una reconvencción tibia, de manera que este sueño, lejos de ser reparador, se suma a los trofeos del miedo, a la lista amarga de las oportunidades perdidas.

Otra vez está sin trabajo. Alterna momentos de pánico con otros de gozosa indiferencia en que se despierta tarde, toma sol, le escribe mails a Mati, trata de localizar a su amiga Estela, a quien no ve desde hace veinte años, lee sentada en un banco del Paseo Marítimo, deja rodar las horas con mansedumbre.

Esa mañana, sin saber bien si es martes o miércoles, espera a Alicia en La Estrellita, mira las gaviotas en la playa, escribe en su libreta de apuntes.

Una bandada de gaviotas se tiende sobre la orilla, como una sábana al sol. ¿Qué miran? Se diría que el horizonte. O nada. Indiferentes como vacas. Como el mismo mar que esta mañana amaneció dormido, apenas si levanta una ceja de vez en cuando. A lo lejos, un barquito pesquero avanza rodeado por una nube de gaviotas. Recortadas contra el cielo, bajo un haz oblicuo de luz, parecen un cortejo de ángeles. Sin embargo, ¿qué las mueve? La misma gula carroñera que a una nube de moscas.

Alicia llega con una campera nueva. Es de cuero tostado, tiene vetas más claras y otras más oscuras. Es una elección extraña que tal vez tenga que ver con su nuevo trabajo.

Desde hace más de un mes es asistente de Urda, una decoradora esotérica que tiene mucho éxito entre los alemanes. Urda consulta la carta astral de la casa. No la de los dueños sino la de la casa misma, que, según le ha aclarado Alicia, tiene su nacimiento y sus propias

coordenadas en el universo. A esos datos les suma un poco de feng shui y su propia intuición. Visita tres o cuatro veces la casa, se queda en silencio frente a las paredes, las palpa con los ojos cerrados, murmura, establece con ellas algún acuerdo íntimo y, por fin, según lo que le hayan revelado, se lanza a pintarlas con las manos. Ondas de color, purpurinas, estucos, incrustaciones metálicas, telas, conchillas de mar... Los resultados son monstruosos, pero los clientes están encantados y Urda gana muchísimo dinero. Alicia se encarga de conseguir los materiales y también pone las manos en la tarea, por lo que, desde hace un tiempo, tiene los dedos y, en particular las uñas, de colores inesperados.

—¿Te gusta? —pregunta Alicia—. Me costó sesenta australes.

—¿Será cuero?

—Sí, la compré en una rebaja del Corte Inglés.

—No me gusta mucho —dice Isabel.

—A mí tampoco —dice Alicia.

—“Creo” que a mí tampoco —corrige después—. Tampoco me gustaba Evelyn, y sin embargo nos estamos haciendo amigas.

Se quedan en silencio.

—Aquí es distinto.

—Nos están cambiando los gustos, las ideas, la geografía.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —pregunta Alicia.

—No quiero trabajar más en publicidad. Espero volver a Mundus. Así que repaso mi gramática de Gil y Gaya.

—Pronto es tu cumpleaños.

—Tal vez me vaya a Madrid. A ver a Juan, un amigo de la adolescencia, y a Estela, que vive en El Escorial. Todo eso es subjuntivo, la expresión de la duda, la posibilidad.

—Vivimos en subjuntivo.

—Y en condicional.

Esa noche sueña con un mundo deforme. Es por naturaleza desorientada, por eso siempre le gustó tener cerca un planisferio grande. Por ahora sólo tiene un folleto de los vuelos de Iberia pinchado en el corcho. Lo mira con frecuencia pero no logra avanzar demasiado, siempre está, diríamos, parada en el mismo sitio. (No llega a memorizar dónde están Madagascar o Malasia, cuál es la posición exacta de la India.) De pronto ha sucedido algo inusual. La Argentina se ha desplazado hacia el Norte, como si el planisferio hubiera encogido. ¿Desde cuándo la Argentina limita con la península báltica? Observa la península —un cuerpo alargado, una víbora con las fauces abiertas hacia Dinamarca, su pequeña presa—. Qué arbitrarias le parecen esas formas. Qué lejos de la geometría euclidiana. Nada de circunferencias, de rectángulos, rombos o cuadrados. Unas masas estranguladas aquí y allá, dejando pequeños restitos insulares, sin proporción ni diseño. “Accidentes” geográficos que mantienen con los mares relaciones difíciles de discernir. Un golfo, ¿qué es? ¿La porción de mar que se adentra en la tierra o la porción de tierra que avanza sobre el mar? ¿Y el istmo? ¿La fina lonja de tierra extendida como un trampolín sobre el mar o la caprichosa filigrana del mar que la bordea?

Por la mañana le hablan de Mundus para hacer una suplencia de dos días. La alumna es finlandesa, se llama Piia, con dos íes, y trabaja en un banco. ¿Debería creer en premoniciones? Frente al planisferio de la clase, Piia le señala su ciudad, Kotka, cerca de Helsinki. Ella desliza la mano abierta por el mundo y la detiene al llegar al extremo sur, donde está la Argentina. Le señala Buenos Aires. “Buenos Aires”, exclama Piia, “¡tango!” Tango y Maradona, admite Isabel. Al menos cada continente está otra vez en su lugar.

Cuando sale de Mundus y desciende por la calle Sabadell, su móvil hace “biiip” y le muestra en la pantalla un mensaje misterioso: “Tiene todos los desvíos activados”.

Atardece y está bailando tango en un jardín madrileño, sin música. Es una clase teórica, y también práctica. Él le muestra cómo el

hombre debe conducir a la mujer, “manejarla como a un títere”, dice, indicarle, tirando de aquí y de allá si debe avanzar, retroceder, girar, hacer un ocho. No es fácil bailar sobre el pasto, los pies no se deslizan, se clavan en el césped, tampoco es fácil entender esas supuestas señales al cuerpo. Cerrá los ojos, dice él, y dejate llevar. Dios mío, le pide lo más difícil. Cómo abandonarse cuando el abismo se abre ahí nomás, a centímetros de nuestros talones. Se acuerda de Claudia, sobre el trasbordador, viajando a Grecia. Fumaba marihuana, su amiga, acostada en la borda de cara a las estrellas, y le hablaba desde el alma a un hombre desconocido. Después se plegaría al itinerario del hombre desconocido, sin que mediara en ello magia o arrebato alguno. Sin miedo. La ausencia de miedo es algo extraordinario. Ella tiene miedo de lo más nimio, de pisar a su amigo, de no responderle con esa ductilidad que él da por supuesta. Para colmo su mirada ve, más allá, en el salón, al viejo dueño de casa sentado en el sofá. Está con su batín de seda roja, decimonónico, esperando con paciencia la muerte. Es el tío viejo de su amigo y lo sacan del cuarto hasta el salón dos veces por día, máxima travesía a la que puede aspirar. Lo acompaña una mujer lituana que le habla cada tanto. Le dice cosas en su idioma, en lituano. Pero qué más da que lo haga en español o en lituano si él, clausurado, escucha las palabras como una lluvia, sólo vale, tal vez, la tranquilidad de escuchar una voz humana. O todo lo contrario. Tal vez enmudece por el pánico de esas palabras desconocidas anticipándole el lenguaje de la muerte.

Es casi primavera en Madrid y está allí, en ese jardín desconocido, pero con olor a jazmines, hablando con un viejo amigo, describiendo sobre el césped el dibujo torpe de un tango mudo, mientras él cada vez más serio, cada vez más traspirado, transfigurado casi, le explica cómo muchas de las figuras, las más atractivas y sensuales, nacen de un error. Del deseo de salvar ese error.

“Tiene todos los desvíos activados”, recuerda ella.

Además del desastre económico, es también el deseo de otras vidas, la angustia de escapar a la estrechez de una alternativa única, lo

que la ha empujado a España. Y ahora a Madrid, a ese viaje un poco extemporáneo, un poco descabellado, en el que ha gastado más de lo que debía. No se arrepiente. Cada vez que avanza sobre el miedo, se siente viva.

Desearía paradójicamente la rutina de un insecto, su feroz insensibilidad. Pero tampoco está dotada para poblar su rutina de una cierta riqueza, lo que se supone que sería una virtud femenina. Disfrutar del crecimiento de las plantas, de la decoración del nido, de las verduras frescas en la heladera, del orden de sus armarios. No son esos recursos suficientes para sostenerla. Ni aventurera cabal ni dócil mujer de hogar. Déficit a uno y otro lado de la balanza, como para estar siempre vacilando, siempre insatisfecha.

Cumple cincuenta y seis años y está sola frente a la Cibeles, en el Paseo de Recoletos y Alcalá, con ese sentimiento de pequeñez y exclusión que producen los cruces de grandes avenidas en grandes ciudades. Alcanzar la otra orilla parece casi imposible, sin embargo no lo es, podría, si quisiera, rodear la fuente, tocar el agua y hasta la cabeza de los leones de piedra que tiran del carro. Pero apenas le dedica una mirada al conjunto y sigue avanzando hacia Atocha arrastrando su valija de ruedas un poco destartada: a las dos de la tarde sale el autobús de regreso a Málaga. Le gusta la idea de pasar su cumpleaños sobre la carretera, no esperar quieta la imposición de los años sino correr también ella sobre una vía, oponerle una resistencia, sacarle ilusoriamente alguna ventaja al tiempo. Cuando llega a la fuente de Neptuno, suena su teléfono móvil y escucha, muy próxima, la voz de su hijo: "Feliz cumpleaños, mamá". Aunque la conversación es breve, la voz joven de Mati queda vibrando dentro de ella, la impulsa como un soplo benéfico por los jardines del Prado. Se detiene por fin frente a la estación de Atocha y, mientras espera en el cruce peatonal, su móvil vuelve a sonar. Es Alicia que la quiere saludar, decirle además que esa mañana ha llegado para ella una carta del Registro Civil de Barcelona. Isabel le pide que la abra. Es una fotocopia de lo que parece ser una antigua partida de nacimiento. La

reconstrucción. Dos páginas de una escritura borrosa, llena de fórmulas legales y de sellos, incomprensible al principio, como si perteneciera a otro idioma, pero que de a poco Alicia consigue descifrar.

Isabel escucha los fragmentos entre las ráfagas del tráfico que los semáforos dejan pasar de forma intermitente: *...en la ciudad de Barcelona... a diecisiete de agosto... el juez municipal del distrito... Comparece ante mí... natural de Lérida... Con objeto de que se inscriba... el alumbramiento de una niña... en el número cincuenta y seis de la calle Rambla de Cataluña... el compareciente en el día... del mes actual de 1888... y que lleva los nombres de María Francisca Asunción Consuelo...*

Termina, dice Alicia, con cuatro firmas, juez, secretario y testigos, estampadas con pluma y tinta negra como las que Isabel ya vio en la fe de bautismo casi destruida que trajo de Buenos Aires, aquellos trazos finos y torneados, rematados por volutas oscuras donde parece dormir el peso de los años, de una historia que viene ahora a alcanzarla, en el día de su cumpleaños, bajo el cielo diáfano de Madrid.

En el autobús, mira de reojo a sus compañeros de viaje. Mira sobre todo a los viejos y las viejas, caras sufridas, piel aceituna, narices valientes, pelo hirsuto, cejas espesas; todos ellos tíos, tías, abuelos y abuelas, primos o primas. Se siente henchida de españolidad, cómo podrían negarle los papeles con esos López, Hernández, Morenos y Gutiérrez sembrados en la familia. La “madre patria” es al final de cuentas más que la frase cursi aprendida en los manuales escolares. Isabel respira hondo y se duerme con la cabeza inclinada contra la ventanilla de su asiento.

Como un caballo y su querencia, volver significa para ella volver a casa. Cada viaje, por mínimo o auspicioso que sea, arrastra la decepción.

Sin embargo, a los pocos días de volver de Madrid la llama Martine, la directora de Mundus, para ofrecerle nuevos alumnos. Tendrá clases casi todas las tardes. Sale así de los desvíos. En apenas

dos semanas su vida se organiza, se encamina por la recta tranquilizadora de una rutina. Por las mañanas limpia la casa, después se pone las zapatillas, el “chándal” y sale a caminar por la playa. A componer, como tantas mañanas, una breve impresión de ese mar que no termina de querer.

Señoras olas, hoy han amanecido torcidas. En decidida rebeldía con la línea recta de la playa, rompen en diagonal contra la arena. No sé cómo inclinar la cabeza para mirarlas. También las gaviotas, que pasean haciendo esos sobre la orilla, parecen un poco desconcertadas. Pero llevan ustedes razón: olas son olas y playa es playa. Allá ella con su playez, su lisura, su firmeza. ¿Por qué el mar, el cielo y la playa serían una trinidad constante? No lo son.

A las cuatro y media de la tarde remonta la avenida Ochoa hacia la transversal donde se encuentra Mundus, a sólo cinco minutos de La Alameda. En Benalmar, como sucede en un pueblo, poca gente sabe los nombres de las calles, las referencias son otras, edificios, tiendas, el Correo, la parada de los mateos, viejos emplazamientos como la primera estación de autobuses (y para contabilizar las distancias, el tiempo, contado en minutos que parecen arbitrarios al principio, hasta que van revelando su asombrosa precisión).

A pocos les importa quién fue Don General Menganito o el Arzobispo Don Zutanito. Mucho más verdadero, más relacionado con su historia y sus vidas es que en aquella calle está o estaba la pastelería de Inma, donde el hojaldre y el almíbar alcanzaban su punto de gloria, o la zapatería minúscula de Palomo, que además de arreglar lo imposible, los fines de semana toca el piano en una orquesta de jazz-flamenco. De igual manera muchos nombres no hacen más que repetir la realidad más inmediata, el supermercado se llama “Sol”; la tienda de ropa sobre una calle muy empinada, “La Cuesta”; la plaza bordeada de naranjos, “La Plaza de los Naranjos”.

Isabel llega apenas unos minutos antes para organizar la clase. El instituto está dentro de una galería comercial, en un primer piso, y todas sus ventanas dan a la calle. Por lo tanto es ruidoso y hay que convivir con diálogos callejeros, música a todo volumen y bocinazos.

Pero las aulas son luminosas, con mesas y sillas cómodas, y al fondo hay una salita de profesores para tomar café o leer el diario. (Sólo hay que tolerar un ligero olor a cloaca que los días de mucho calor se vuelve vergonzoso.)

El sistema no es demasiado exigente. La mayoría de los alumnos es gente de paso. Que los alumnos aprendan lo que puedan mientras duren sus vacaciones, parece ser la política general.

“Hola”, dice Martine con voz escurridiza. Tal vez sea eso, esa vocecita, piensa Isabel, la que le da una existencia precaria, la vuelve inabordable, como si nada la tocara ni le pudiera ser exigido (según dice Juancho, uno de los profesores, es su estrategia para pagar con retraso el día del mes que mejor le venga, nada de Primer Mundo en ese punto).

“Ya llegaron las dos alemanas”, le anuncia.

Britt y Julia son de Hamburgo, las dos estudian hostelería y llegan con una puntualidad asombrosa teniendo en cuenta lo azarosos que son los autobuses en Benalmar.

Britt irradia luz. Pero no parece provenir, esa luz, de alguna virtud “espiritual” o psicológica. Britt es la carne más fresca que Isabel ha visto en los últimos tiempos. Su estado natural es el estallido de risa, provocarlo es lo más fácil del mundo.

Tiene la piel dorada, los dientes blancos muy parejos, los ojos celestes que se asoman, planos, con los párpados tensos, como una continuidad de las mejillas. Esa sonrisa y esos ojos trabajando juntos son lo que producen el efecto lumínico. No es bella (cuando madure va a ser una alemana maciza, ya tiene unos kilos de más, una redondez que lo preanuncia), pero despierta un ansia de formar parte, de compartir o al menos de ser tocada por esa vitalidad.

Julia es más lánguida, su estado es de suave ironía, observa y se ríe del mundo calladamente, tiene un poco de cara de caballo, tal vez el óvalo de la cara demasiado alargado, pero eso no llega a afearla.

Britt, sin saber el subjuntivo ni el pasado indefinido — sólo con el presente, el imperfecto y el imperativo—, habla hasta por los codos. No se le notan los tiempos verbales faltantes. Julia habla menos. Se avergüenza más.

Las dos tienen algo que hasta ahora Isabel no había encontrado en sus alumnos: sentido del humor.

—Hoy vamos a trabajar —dice la profesora de español— los verbos de opinión, los gustos, los sentimientos.

Me gusta nadar en la piscina.

No me gusta el brócoli, no me gusta hacer la cama.

Me gusta planchar.

No me gusta acostarme tarde.

Me gusta viajar, me gusta leer, me gusta escuchar música.

—“Me encanta” es cuando te gusta mucho algo —dice la profesora.

—Me encanta el chocolate —dice Isabel, pensando en el dulce de leche—, me encanta viajar. —Cada día entiende menos el placer de viajar.

—¿Hay algo que te encante, Britt?

—Me encanta —dice y mira a Julia como si fuera a tragársela viva— viajar con Julia.

Ya que las dos estudian hostelería y ambas piensan buscar trabajo en un hotel internacional, les propone, en la segunda hora, escribir un aviso de búsqueda de recepcionista. Aprenden las palabras “requisitos”, “condiciones”, “comisiones”, “progreso”, “responsabilidades”. Después actúan la entrevista: Britt será la gerente del hotel, Julia la candidata que viene por el aviso.

—Por qué viene —dice Britt, cortante. —Quiere trabajar —dice Julia con dulzura.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué este hotel? —dice Britt instalando la sospecha.

—Mí, hablaron de hotel mucho bien...

—¿Quién hablar? —ataca Britt.

—Gente —dice Julia, levantando los hombros.

—Diga nombre —insiste Britt.

Un poco alarmada, Isabel sale en defensa de Julia.

—Dile que por discreción prefieres no decirle quién. Ella sabrá apreciar la discreción en una recepcionista.

Julia agradece y repite más o menos sus palabras.

Britt cambia de táctica.

—¿Qué dice gente, pagamos mucho?

—Sí, buen dinero —dice Julia—, más que hoteles otros.

La profesora escribe en la pizarra las palabras “sueldo” y “salario”, pero las dos alemanas ni la miran.

—Sólo eso, ehh, dinerro —dice Britt, apretando las erres como si le apretara la garganta a Julia—. ¿Y tú por qué trabajar?

—Io tengo hijos, dar de comer —dice Julia.

—Aá, hijos, hijos no bien para este trabajo —dice Britt—. Hijos escuela. Hijos fiebre, vacunas.

—¿Puede horario de noche? —sugiere Julia—. De día hijos, de noche trabajar.

—De noche dormida, tú cansada.

—No, no —protesta Julia—, yo dormo siesta.

(“Duermo”, apunta ella como una autómatas, hipnotizada por eso que corre entre ellas y que no sabe qué es.)

—Necesito —dice Julia en tono de ruego. —Ah, ¿y cuándo cuida niños?

—En las vacaciones. ¿Cuánto vacaciones por año?

—No tengo.

—¿Días libres?

—No tengo.

Toda la luz de Britt se ha transformado en una obstinada crueldad.

—Lo siento —dice—, lo siento, usted, señorrita, no conviene en este hotel.

A Julia se le llenan los ojos de lágrimas.

Isabel sale de Mundus y se detiene en el bar de Paco. (Paco, Pepe y Manolo parecen ser una trilogía fundacional en España.) Los asientos y las mesas del bar de Paco son lo más incómodo que ella ha visto hasta entonces. Algún día, cuando tenga más confianza con él, se lo dirá. La mesita es redonda, pero mínima, hace falta talento para ubicar allí una cazuela con una tapa y dos vasos, hay que tener arte después para —con gestos muy medidos— engullirse la tapa y tomarse el vino sin hacer ningún estropicio. Tampoco hay sillas junto a las mesas, sino taburetes sin respaldo. De manera que Isabel ha aprendido que lo mejor, en lo de Paco, es acodarse al mostrador. Me pones un café cortado dice, en voz bastante alta y con una indiferencia orgullosa que tiene su historia.

“¿Puede ser un café cortado?”, había dicho ella en voz baja la primera vez que entró allí. Paco la había mirado un poco perplejo, pero finalmente le sirvió su café. La segunda vez, cuando repitió la pregunta, Paco no se aguantó y le dijo “hombre” (eso se dice levantando los hombros y remontando un poco los brazos por los costados en un breve gesto de indignación), claro que “puede ser”. Luego le señaló la máquina express, los pocillos, los platitos, todos los instrumentos de su poder. Entonces Isabel entendió, su pregunta sonaba absurda casi metafísica. En España iba más el imperativo que el condicional. Ella se rió, y Paco con ella, y desde entonces Paco es su

asesor lingüístico en las constantes dudas que la acometen como profesora de español para extranjeros.

La historia con Alonso empieza un miércoles, su día libre en Mundus, una mañana en que deambula por el departamento un poco perdida. Va de la cocina al salón, sin llevar ni traer nada, con un vago malestar por no tomar ninguna determinación. Se limita a mirar las paredes despojadas de la casa tratando de encontrar allí algún rastro de los sueños que ha tenido la noche anterior, pero sólo tropieza con el reloj caótico que cuelga solitario contra la pared blanca. Detesta a quien ha tenido la idea ingeniosa de regalarle “ese” reloj. La esfera está cubierta por números de distintos tamaños, dispuestos de cualquier manera, como si alguien los hubiera dejado caer caprichosamente desde lo alto. Una sopa de números que obliga a un esfuerzo extra para descubrir cuáles son los que “de verdad” señalan las agujas. Venir a hablarle del caos del tiempo justo a ella.

Si ha descifrado bien el acertijo, son casi las diez. Todavía está en camión, paralizada por el efecto de aquel sueño que se niega a reaparecer. En cuanto está por atrapar una imagen, la punta de una idea, el fragmento se desliza frente a ella, cercano pero inasible, hasta hundirse en ese pozo tenebroso de donde provienen los sueños. Mira las mangas de la bata celeste que alguna vez le regaló Maine en Buenos Aires, tan elegante, los puños están manchados, irremediablemente arrastrados por la pileta de lavar —fregadero—, la juguera o la salsa rosa de los spaghetti. Se los arremanga hasta el codo. Hay ciertas batas pensadas para una diva, o para aspirantes a diva, lo que ella nunca había sido ni sería a esta altura tan avanzada de la vida. ¿Qué hacer?, ¿cortarlos?, ¿meterlos en lavandina? De pronto lo ve. Es Godo ¿Pero de dónde viene su perro jadeando y cubierto de heridas? ¿Se había escapado? ¿Había cruzado a nado el océano? ¿Desde aquel patio remoto de la localidad de Florida donde lo dejó hasta Benalmar? La imagen crece. Godo debe haber atravesado ciudades y campos, debe haberse peleado con cuadrillas de perros vagabundos, viene lleno de heridas, los pelos de la cabeza embadurnados de sangre, pero robusto,

ha sido fiero en la batalla y ha aprendido. Trae una mirada de adultez y de templanza. Ahora, al fin, está de vuelta. Isabel se sienta en una de las dos sillas del comedor, que la acoge con frialdad. Hace falta comprar aunque sea un sillón en aquella casa, pero comprar un mueble le resulta una idea intolerable. Aunque había “aceptado” acompañar a Luis en el intento —más que aceptar, había deseado irse del país, huir de la catástrofe hacia algún lugar donde fuera posible vivir mejor—, todo su instinto se retrae ahora ante la idea atroz de echar una pequeña raíz en Benalmar, a diez mil kilómetros de su verdadera casa, la inimaginable distancia que Godo debe haber recorrido para encontrarla.

El teléfono empieza a sonar.

Se precipita para atenderlo. Siempre es igual: tiene que competir con la eficiencia y la velocidad del contestador que al cuarto ring da por hecho que no hay nadie en la casa e intercepta el llamado. Esa vez le gana.

La llaman de la revista *Sentir Andalucía*. La mano le tiembla un poco en el tubo, pero se sobrepone —le gusta ese verbo, “sobrepone”, y luego su necesaria continuidad, “sobrellevar” — y lanza la voz un poco más estentórea de lo necesario —hay que dejar en claro, desde el primer minuto, que a ella no la asustan fácilmente—. Mientras escucha la voz femenina y andaluza preguntándole si es menganita de tal y anunciando que va a hablarle la jefa de redacción Carmen Nosecuántos, trata de recordar qué ha pasado unos meses atrás con *Sentir Andalucía*. La habían tratado con cortesía, pero habían sido terminantes: el staff estaba completo y no necesitaban colaboradores. Y ahora la llamaba la mismísima Carmen. Tal vez funcionara, al fin y al cabo, la posibilidad de escribir algunas notas por mes para reforzar sus pobres entradas como profesora de español. Tal vez la semilla echada tiempo atrás hubiera despertado inopinadamente y se decidiera ahora a dar algún fruto. Habían pasado al menos unos seis meses desde el primer intento con las revistas, después había abandonado el tema (No había interesado en CR —Carmen

Rodríguez— su idea de escribir reportajes imaginarios a mujeres célebres, ni a *Elle España* las opiniones de una “elle” argentina en Europa, y eso que ella les había mandado un artículo precioso sobre las mercerías madrileñas, llenas de vida, no el último cajón polvoriento del pasado como en Buenos Aires. Las mercerías madrileñas, decía ella, eran regocijantes, estaban vivas, eran atendidas por jóvenes guapos que corrían de un extremo al otro del mostrador interpelando a las clientas que se apretaban y se disputaban la primera fila para ganar su atención, aquello parecía la Bolsa de New York, no una mercería. El tema parecía ñoño pero era profundo, ¿qué significaba esa vitalidad del detalle, de la cinta, la tafeta, el moño, el botón? ¿Qué tesoros de tradición, femineidad y sexo guardaban aquellas mercerías de la calle Pontejos? Nunca lo sabría la improbable lectora, porque la nota le fue devuelta con unos breves comentarios: “interesante”, “plagada de argentinismos”, “no aceptamos colaboraciones”).

En el fárrago de cosas que fueron ocurriendo después, la idea de las revistas había quedado atrás. Sólo las clases de español, con altibajos, eran su medio cierto de sobrevivencia. “Ya la pongo”, oye de pronto. (Pongo/depongo/supongo/repongo/dispongo/compongo, ¡qué fertilidad el verbo poner y qué sonoridad esa primera persona! Cuanto más se adentraba en la enseñanza del español, más admiraba los verbos irregulares.) Y la puso. Carmen, del otro lado de la línea, le da una cita, le explica que tal vez tenga un trabajo para ella, una serie de entrevistas con Alonso Cichero, un argentino que defraudó a Correos de España. Ya le explicará ella con más detalle “de qué va el reportaje”. Cuando corta, da un salto —pequeño— de alegría. (Y, desde ya, tampoco aquello es alegría.)

Enciende la radio y sintoniza la R5. Mientras piensa cuántos euros podría pedir por nota escucha la voz tranquilizadora de don Rafael López Llorente, el director del zoológico de Santillana del Mar. *La tórtola turca se ha vuelto abundantísima*, dice. ¿Cien euros será demasiado? Dependerá de la cantidad de páginas, de la dificultad para conseguir la entrevista. No, no estaba mal, aunque también cincuenta

euros, dadas sus circunstancias, sería mucho dinero, fuera cual fuera el largo y la dificultad de la nota. Don Rafael habla ahora de los estorninos, dice que son “oportunistas”. Qué mundo. Ni los pobres estorninos escapan de los sentimientos de mierda. Isabel sube el volumen. Escucharlo a don Rafael siempre la tranquiliza.

El reloj caótico marca las once y ella sigue en camisón.

El llamado la deja en un estado de alerta. Se pregunta qué otros hilos puede empezar a agitar, anzuelos lanzados contra la roca de la realidad con la expectativa de que alguno prenda, cosa que no es milagrosa, que puede suceder y de hecho sucede como se acaba de demostrar. Nunca deja de asombrarla esa posibilidad de respuesta, esa causalidad que se verifica en España. El automatismo aprendido en la patria era el del fracaso. Cuando en Buenos Aires se llamaba veinte veces a una persona, uno lo hacía con la resignación anticipada de saber que no le iban a contestar. Aquí en cambio hay un tejido permeable a la acción. España es un país próspero, donde las cosas funcionan sin necesidad de hacer esfuerzos descomunales. Da miedo entonces lanzarse, porque los deseos, ciertos deseos, pueden cumplirse.

Son las doce cuando sale de su casa y cruza la avenida hacia el mar.

Esta mañana qué mansedumbre. Hemos reconsiderado nuestras relaciones geométricas con la playa y hemos regresado a la paralela. Desganadamente, eso sí. O tal vez fingiendo ser otra cosa, río, laguna, espejo, es tanta la quietud del agua, tan inofensiva la olita, que es demasiado decir que rompe, apenas si se deshace en espuma blanda.

Es jueves y tiene clase con Marian, de manera que dejará el encuentro con la revista para el viernes.

Marian es flaca, alta, “deslavazada” como dicen aquí. Usa unas minifaldas excesivas, sin embargo no tiene ni un ápice de chica sexy. Es probable que padezca algún tipo de desorden mental, piensa Isabel, frente a su dificultad abisal para hablar español. Aturdida y aferrada al

diccionario como un náufrago, cada frase que consigue hilvanar es el fruto de una lucha denodada. Pero lejos de renunciar, Marian se obstina en aprender español y ha pedido clases exclusivas de conversación. Esta es una de las tareas más arduas que le ha tocado como profesora. Sobre todo porque la obliga a compartir un sufrimiento cuya naturaleza no termina de entender.

La clase casi siempre empieza bien, Marian ya domina los saludos y las fórmulas de cortesía: “Buenos días —o buenas tardes— ¿qué taaal?”. “Bien, ¿y tú?” “Muy bien, gracias.” Lo dramático empieza unos segundos después. Isabel recurre a un libro que sugiere temas de conversación. La última clase han intentado hablar de cocina. Esta vez intentan hablar de ecología.

—Hoy te propongo hablar del medio ambiente.

—¿Propongou? —Cada palabra nueva le produce pavor.

Marian busca desesperada en su diccionario. Isabel puede casi ver la trayectoria tortuosa de las palabras en su cabeza, el sentido atravesando capas oscuras, densas, resistentes, hasta que al fin emerge como una gota de agua sobre una piedra y es tal el alivio de ambas.

—Ou, ou... propongou.

—¿Qué haces tú para cuidar el medio ambiente? —pregunta Isabel.

—¿Kuidar? —repite azorada Marian.

—Sí, cuidar —explica Isabel con dulzura—, poner atención y dedicación al servicio de algo o del alguien.

—¿Alguien? —repite Marian abriendo mucho los ojos.

— Sí, samuan. Por ejemplo, cuidas a un enfermo...

—¿Enfermou?

—O cuidas a tus hijos...

—¿Gijos? Ouuu —dice, y se ilumina, porque esta palabra la conoce—. ¡Gijos! ¡Io no tener gijos! —dice con una sonrisa triunfal.

—“Ijos”, Marian, la hache no se pronuncia —corrige Isabel—. Pero volviendo a la ecología...

—¿Volviendou?

—Sí: ir/volver.

Isabel dibuja en la pizarra una flecha de ida y otra de vuelta. Ir, te alejas. Volver, te acercas. Te vas de tu país y vuelves a tu país (dibuja un barquito yendo y volviendo. Me alejo de ti: me voy (Isabel sale por la puerta y se asoma otra vez y entra), ahora volví.

—Ou, tú volví. Io creiste tu enfermou.

La conversación toma rápidamente un estilo arborescente que le provoca a Isabel un malestar indecible. La confusión de Marian la va enredando como una tela de araña.

Durante los primeros veinte minutos de la clase intenta ser ordenada, aclarar cada punto, pero de a poco se va debilitando, no sabe cómo detener la ola de disparates que crece entre ellas de manera geométrica hasta hacerla trastabillar. “Soy una buena alumna/fui una buena alumna”, se escucha decir y de pronto el “fui” se le rebela, se vuelve un sonido caprichoso, puro silbido en sus oídos, “¿fui” o “fúi”?, ¿“fuiiiii” como el sonido del viento?, ¿como el pitido de una locomotora? ¿“fuy-fuy-fuy” como el canto de algún pájaro tropical? Fui es verbo ser, dice Marian, milagrosamente segura. ¿Verbo ser? Claro, claro, se recupera Isabel, se sobrepone (¡qué verbo, sobreponerse!). Fui joven... fui redactora publicitaria... fui una estúpida. “¿Tú qué fuiste, Marian?” “Io... fui a la plaia”, propone temblorosa Marian. Isabel se hunde en un vértigo. ¿Fui pertenece al verbo ser, o al verbo ir? Fui a la plaia, fui a mi casa, fui al médico. Isabel queda consternada. Pero allí está la evidencia. El pequeño silbido es idéntico para el verbo ser y para el verbo ir. Se indigna: el pretérito indefinido de ser y de ir son idénticos. Serás donde vayas o donde vayas serás. Qué traición. Isabel sale con dolor de cabeza de cada clase con Marian.

¿Que tal la americana?, pregunta con su hilo de voz la directora.

Bien, bien, hace avances, dice ella, mintiendo con descaro, y es muy simpática. Martine se queda en silencio, como esperando algo más. Aunque ni por un segundo a lo largo de las últimas clases ha llegado a rozar algo de su verdadero ser, Isabel piensa que Marian no es más irreal que la mayoría de las personas que ha conocido en Benalmar. En todas está agazapada la misma oquedad, de todas conoce sólo fragmentos dispersos. De manera que se lo dice todo.

A Marian le gusta tejer.

En Benalmar no hace nada, acompaña a su novio, que también hace nada.

Duerme boca arriba.

No sabe cuánto tiempo va a estar aquí ni para qué.

Encuentra muy fría el agua del Mediterráneo, mejor la Florida.

Ella una vez vio delfines.

Su padre trabaja en una compañía de bebidas alcohólicas.

Sabe cocinar un pescado en el horno con rodajas de limón.

No usa lejía ni bolsas de plástico para cuidar el medio ambiente.

Extraña a su amiga Jane.

—Paco, ¿aquí se dice “extrañar”? Cuando tienes ganas de ver a alguien que está lejos —aclara— ¿dices que lo extrañas?

Paco piensa lento, pero lo que dice siempre le sirve.

—Pues yo digo que lo echo de menos, pero creo que en Cádiz dicen extrañar como tú.

—¿Y se dice “me las arreglo”?

—¿Cuando te apañas? Pues sí, yo te entiendo lo más bien.

—¿Seguro, Paco?

Paco hace el gesto de “¡hombre!”.

—Es que dejé escrita en la pizarra la conjugación completa: “yo

me las arreglo, tú te las arreglas, él, ella o usted se las arregla...". Imagínate que pasa la directora y lo ve. Es un disparate, me van a echar.

Paco se queda pensando.

—Mira —dice—, el otro día mi suegro me pide que vaya a lo del vecino y le pida el guarrito. Ozú, vamos a comer cochinitillo, pensé, y fui más que corriendo hasta lo del vecino. Ya preparaba los brazos para coger al animalito, ¿pero sabes qué me dio cuando le pedí el guarrito?

Ella hace que no con la cabeza

—Pues un perforador. Los de Málaga lo llaman "guarrito", por la colita, ¿entiendes?

—O sea un taladro —dice Isabel.

—Así que, guapa, no te preocupes tanto por las palabras. Cada uno habla como se le sale de los cojones.

Isabel se tranquiliza. Después de un momento vuelve a la carga.

—¿Qué sabes tú de carteros? —lo pregunta así a boca de jarro, igual que como se pide el café.

Paco le dice lo que todo el mundo, que reparten cartas. ¿No sabe nada de un cartero que defraudó a Correos? No, guapa. Pero cuando Isabel va saliendo del bar, Paco la chista, acaba de recordar una rareza: un cartero a quien un vecino le mordió la mano para impedir que le entregara una carta.

¿Qué contravención sería esa? ¿Obstaculizar la función pública?

Para llegar a la urbanización Sierra Blanca donde están las oficinas de *Sentir Andalucía*, Isabel tiene que consultar un mapa. Es una de esas urbanizaciones nuevas que se levantan en la parte alta de Benalmar sobre tierras que se van ganando a la montaña. Los árboles del lugar son muy jóvenes, las palmeras están recién trasplantadas, con las hojas atadas como regalos sin abrir, y hay terraplenes de tierra rojiza aquí y allá. Las paredes de color ocre, las carpinterías, los

herrajes, los techos de tejas, la demarcación de los caminos de entrada, las zonas de estacionamiento, todo es pulido y brillante. Parece un *playmobil*, piensa Isabel, un decorado de *The Truman Show*. Una urbanización sin estilo como tantas en Benalmar, que sólo se vuelven atractivas cuando la naturaleza pródiga del sur las envuelve con sus buganvillas, sus enredaderas, sus jazmines...

El portero eléctrico es complejo, hay muchos bloques, muchas plantas, muchos códigos. Isabel se equivoca dos o tres veces hasta que da con las oficinas que busca.

Carmen, en abierto contraste con la frialdad del lugar (es evidente que se acaban de mudar, hay cajas todavía sin abrir, ordenadores en el piso, operarios que van y vienen), es morena, exuberante, movediza.

“El tío no quiere hablar con nadie”, le dice, pero han pensado que tal vez otro argentino, un compatriota con quien se identifique, podría romper su silencio. Por eso la han llamado.

“No se sabe qué hay detrás”, le explica Carmen. Al parecer, había dejado de entregar las cartas. Se encontraron en su casa varias bolsas. Al principio las guardaba allí, pero después no se tomó más el trabajo y las iba echando por cualquier lugar, incluso rompiendo por el camino. Así se enteraron: una vecina encontró en un arbusto fragmentos de una carta para ella, reconoció primero su nombre y después fue recogiendo otros fragmentos que habían quedado adheridos a las ramas, como frutos blancos. Pudo reconstruir la mitad de su carta, fue a protestar a Correos y entonces sospecharon, relacionaron el hecho con otras irregularidades que sucedían en el mismo recorrido, ataron cabos y lo pillaron. La revista quería hacerle una serie de entrevistas, contar una historia atractiva. Además, como estaba de por medio la emigración, un tema siempre candente, les pareció que la historia tendría gancho.

El cartero defraudador estaba ahora a la espera de juicio, detenido en la comisaría de San Esteban, la revista tenía que

interesarlo, había que convencerlo de que hablara, ¿se animaba ella? Tenía bastante tiempo para intentarlo, el total de notas dependería de lo que diera de sí la historia. Ochenta euros por nota. A Isabel le tintinearón los oídos. El tío, le recuerda Carmen antes de irse, se llama Alonso Cichero y tiene unos cincuenta y cinco, cincuenta y seis años.

Es sábado al mediodía y está frente a un montículo de tierra rodeada de ingleses. Son de piel muy blanca, aunque bronceada por el sol persistente de Andalucía, lo que produce casi siempre un efecto de artificio. Tienen la mirada fija en el hoyo que alguien cava y guardan un silencio grave y emocionado. Uno de ellos, Peter o John, sostiene un vaso de whisky lleno hasta el borde. Cada tanto, un poco de líquido le chorrea entre los dedos. Están compartiendo una ceremonia en recuerdo de Edward, quien, al parecer, murió joven de un infarto mientras jugaba al tenis. Al fondo se levantan las colinas de Istán. ¿Es un sueño? No. Ahí están ella y Luis, recién llegado de Portugal, los dos perplejos de encontrarse tan lejos de casa, viendo cómo, en memoria de Edward, se planta un árbol en uno de los terrenos del futuro *Dreams Club*, por ahora sólo unas laderas desnudas rodeando un lago. Hay en torno de ese proyecto inmobiliario una mística ecológica, de la que, según deduce, formaba parte el pobre Edward. Beatriz, una chilena casada con un inglés, flaca y con enormes ojos de asombro (han pasado treinta años y no puede entender todavía el destino que la ha llevado de su pueblo chileno de Frutillar a uno del Midlands), es una de las inversionistas que los ha invitado. Antes de la ceremonia, un poco ebria, ha cantado con Isabel al menos cinco veces el tango *Volver*. Ahora le da un empujoncito para que salga de su estupor y abrace a la viuda de Edward. Cuando lo hace, como en los últimos tiempos le resulta tan fácil llorar, los ojos se le llenan de lágrimas sinceras. Solloza incluso. La viuda la abraza más fuerte y en algún lugar se preguntará de dónde sale esa sudamericana a la que nunca ha visto en su vida, teje sospechas. ¿Habrà sido una amante de su marido? ¿A qué vienen tantas lágrimas? No puede explicarle que está allí sólo para acompañar a Luis, ayudarlo a ganar dinero para sostener a las madres viejas que están en Buenos Aires y a su hijo Mati que estudia piano en los Estados

Unidos. Alguien encaja ahora el arbolito en el hueco abierto. Apisonan la tierra otra vez y el grupito regresa en silencio y cabizbajo hasta la casa. En cuanto pisan el umbral, Peter o John vuelve a llenar su vaso de whisky y Beatriz le pide: “Cantemos otra vez *Volver*”.

El aire está muy frío, pero hay una luminosidad que lastima los ojos. ¿Es invierno otra vez? No, aquello es el fin del verano, el preanuncio de un nuevo otoño. Tiene que aprender de una vez el paso de las estaciones, el ritmo del año que crece y decrece según un calendario opuesto al de la Argentina. Isabel, indecisa, se pone y se quita el saco mientras espera a Alicia sentada en una mesita del Paseo Marítimo.

Hoy se confirman los lugares comunes. El mar “parece” un espejo. Sobre él, todo “parece” dibujado con idéntico candor: la línea del horizonte, el cielo de un celeste puro, las nubes redonditas de cielo patrio, los barcos, los hombres. Es casi insoportable. Ese desborde de luz, esos cabrilleos acuáticos que desmenuzan todo, hombres, gaviotas, orilla, escolleras, paseo, malecón, incluso yo, la que mira, la que entrecierra los ojos para ver, como un eco de la luz, cientos de amebas vibrando en la oscuridad.

— ¿Con qué clase de argentino me iré a encontrar?

— Tal vez un vivillo, uno de esos defraudadores de ínfima escala. Los que abusaron de todos y nos hicieron ganar el nombre de “sudacas”.

— Tal vez sea un excéntrico, un obsesivo con ideas raras sobre el correo. O se esté tomando alguna venganza. Tal vez sea un loco.

Pero, más allá de estas especulaciones, Isabel sabe que debe ir a San Esteban, presentarse en la comisaría, preguntar por él. Otra vez subir al Everest. No, sólo “sobreponerse”. “Dominar los impulsos del ánimo, hacerse superior a las adversidades o a los obstáculos que ofrece cualquier circunstancia.”

A la noche Isabel y Alicia van al cineclub de San Esteban. Ven una película tristísima —*Iris*— que las hace llorar desde el primer minuto hasta el último.

Iris es escritora y tiene Alzheimer, va perdiendo día a día la memoria, las palabras, y con ellas el sentido. A la salida van silenciosas. Toman una calle estrecha, poco iluminada, y pasan frente a un bar de copas. Un hombre sale tras ellas y emite uno de esos sonidos que las mujeres argentinas reconocen de inmediato: un silbido aspirado que está entre la admiración y la llamada animal. Parece, además, que susurra algo.

—¿Qué dijo? —pregunta Alicia.

—Me parece que dijo “chiquita”.

—No —dice Alicia después de pensar un instante—, dijo “guachitas”.

—No puede ser.

—O tal vez “turritas”.

Isabel y Alicia apuran el paso, la cabeza rígida mirando hacia adelante, en actitud de recato. El sonido se repite y detrás se oyen los pasos apurados del hombre. Casi al mismo tiempo un perrito caniche insignificante pasa corriendo delante de ellas y la verdad se devela: el hombre no hacía más que llamar a su perro.

—Estamos como el Quijote —dice Isabel.

—Uno entiende lo que puede. O lo que quiere, un hombre que me acorrale en una calle oscura, que me susurre “guachita... guachita”.

—Peor está el torero en bicicleta —dice Isabel.

¿Alicia no lo conoce? Ella lo vio dos veces paseando en bicicleta por las calles de Benalmar. Tendría unos setenta años y estaba vestido de torero. Eso fue durante los primeros meses. Isabel llegó a pensar que tal vez lo había imaginado. O que sería algún disfrazado de la feria de San Bernabé. Sin embargo, una mañana, el torero en bicicleta había entrado en la cafetería de Paco y se había instalado cerca de ella.

La coleta recoge unos pocos pelos grises. Los alamares, las lentejuelas y los bordados han perdido para siempre su brillo y están

como chamuscados, pero Isabel puede reconocer todos los atributos del traje de luces. Los conoce porque ha escrito para la revista Galop una nota sobre la evolución del torero. Ahí tiene, en versión decadente, pero real, a centímetros de ella, la chaquetilla y el calzón ajustado, el remate de los machos, el corbatín, las medias rosas de seda, el fajín y las hombreras. Sólo le faltan la montera y el capote. Paco le hace un gesto cómplice y le señala los pies del torero. Son muy pequeños y están embutidos en zapatillas negras de baile. Acodado al mostrador, el torero se pone en puntas de pie y da un cuarto de giro al tiempo que pliega una pierna (ese paso se llama “volea”, le explica después Paco), a continuación levanta un brazo con énfasis coreográfico y, como si fuera a dar la puntilla al toro, descarga la mano sobre el mostrador y dice: “Me pones una manzanilla, Paco”. Mientras la toma, Isabel lo ve gesticular, mover los pies y los brazos con impulsos cortantes y breves, amagos de toreo. Amarguras de una gloria que pasó, que tal vez ni siquiera se detuvo para tocarlo. Más tarde se entera de que lo llaman “El Percha” y ha toreado de joven, pero cabritos, en un espectáculo trashumante y paródico.

Isabel y Alicia descienden ahora por la avenida principal de San Esteban. Van ensimismadas en su conversación, ajenas a la animación del sábado a la noche, los grupos que pasan palmeando y cantando o las motos que bajan a toda velocidad hacia el mar.

—Tu torero —dice Alicia— debe ser uno de los pocos personajes marginales de Benalmar.

—No es marginal, es apenas pintoresco, igual que Pepe Cadenas.

—¿A ése también lo conociste en el bar de Paco?

No es que el bar de Paco tenga algo en particular, se defiende Isabel, es que Benalmar es pequeño y todo el mundo coincide en algún momento.

Pepe Cadenas enseña a conducir y tiene cadenas de oro de distinto grosor colgando del cuello y las muñecas. Lo que arrastra debe tener un peso de más de diez kilos. Y seguirá aumentando porque

siempre está con una chica diferente a su lado. Ésa es la clave: cada vez que conquista a una, se cuelga una cadena. Como los cowboys con las muescas de su revólver. Él se felicita de esa manera, se condecora. Cuando encuentre a la mujer de su vida, dice Paco, depositará todo ese oro a sus pies, siguiendo el ejemplo de los sultanes que se hacían pagar su peso en oro.

—¿Y cómo enseña a conducir —pregunta Alicia— con todo ese peso encima?

—Supongo que muy bien. Tal vez ese peso lo haga ser más cauteloso que cualquiera.

—Tenés razón, es un personaje pintoresco.

Ser un marginal es otra cosa.

Se miran, ellas dos, como si consideraran su pertenencia a uno u otro grupo. Los marginales, según le contó también Paco, fueron desalojados de Benalmar por un alcalde, para no herir la sensibilidad de los turistas ricos. Sólo queda la mujer con bigote que pide cigarrillos, un linyera que aparece de tanto en tanto y un grupo de borrachos rusos. Con uno de ellos Isabel ha tenido un encuentro frente a un contenedor. Ambos miraban una misma mesita, un colchón amarillo y una lámpara de pie. Sin hablar español, ni ruso, ni inglés, se pusieron de acuerdo en pocos minutos. Él, Vladimir, un caballero, le señaló la mesita; ella hizo que sí con la cabeza, que le interesaba, no así el colchón de una plaza que yacía a su lado. De manera que ella se llevaría la mesita y él, el colchón. En cuanto a la lámpara de pie, él se la cedía. Ella le dijo que no la necesitaba, se la cedió a su vez. De ninguna manera, insistió él, una lámpara siempre venía bien, sobre todo ésa, de bronce, que parecía en perfecto estado, cosa que confirmó, ajustando el pie y la pantalla para que ella viera. Isabel no pudo negarse. Fue una transacción realizada sin sobresaltos, con perfecto entendimiento y la mejor voluntad.

Es de noche y otra vez está viajando. Lleva una valija enorme, de madera y sin manija, lo que hace muy trabajoso manipularla. Tienen

que subir a un trasbordador, ella y alguien más, no sabe a ciencia cierta quién, ni tampoco —ahora que lo piensa— qué es un trasbordador. Por otra parte, para qué es necesario semejante barco si van a ir al Delta que es ahí nomás, con una lancha sería más que suficiente. Lo cierto es que hay barco, hay marejada, es de noche y la valija de madera pesa muchísimo. Un hilo débil de conciencia le indica que está soñando, se agudiza, se abre paso en la materia brumosa del sueño, no hay valijas de madera —le hace saber— y después le asesta la pregunta: ¿Qué es una caja de madera, sin manija, alargada y de semejante tamaño? Abre los ojos de golpe. Tiene más de cincuenta años. Se va a morir.

Totalmente despierta da vueltas en la cama y trata de retomar el sueño. Pero sabe que deberá cederles algunas horas a los fantasmas. Es la hora cruel de la madrugada en que las amenazas crecen y murmuran. Siente el corazón frío. Se levanta a tomar agua, va al baño, ordena la ropa que ha quedado sobre la silla y al fin vuelve a la cama. Trata de pensar en el cartero. ¿Qué lo llevaría a hacer lo que hizo? Puede imaginar varias hipótesis.

La más simple sería la desidia, tal vez le ha tocado un recorrido arduo, una región empinada de la montaña. Subir y bajar las cuestas arrastrando un saco pesado de cuero, bajo el calor africano del mes de agosto (es entonces cuando ha sucedido el episodio o, al menos, cuando se ha descubierto) podría ser suficiente motivo para abandonar el reparto. Tal vez él ha pensado que nadie se enteraría. Sin embargo, sigue razonando, no es posible dejar todo un edificio sin correspondencia, eso se haría evidente muy rápido. Las cosas tienen que haber pasado de otra forma, haberse tramado de alguna manera más sutil o compleja. ¿Cuáles fueron las cartas faltantes? Carmen le ha explicado que no tienen acceso al sumario, que ella debe averiguarlo todo. ¿Y si fuera, el cartero, un coleccionista exquisito? Porque existiendo internet, ¿quién escribe cartas hoy? Una abuela, una amante, una madre. Algunos marginales o rebeldes. Eso le daría sentido a una colección privada. Y a más todavía: a una intromisión en la vida de otros. Entregar o no entregar cartas podía cambiar el rumbo de una

vida. ¿Pero qué porcentaje de cartas hay en la correspondencia? ¿Cuántas facturas y cartas comerciales? ¿Cuántos impresos publicitarios? Como si contara ovejas, empieza a barajar cifras: ¿veinte por ciento de cartas y postales?, ¿cuarenta por ciento de publicidad?, ¿cuarenta por ciento de facturas y papeles comerciales?

La dificultad y las variables de los porcentajes tienen la virtud de dormirla.

A la mañana siguiente, cuando sale a hacer su caminata, se detiene junto a los buzones de la planta baja. Levanta la tapa de su casillero y confirma la perseverancia de los profesionales de la salud: dos volantes de distintas clínicas contra uno de una inmobiliaria. En ese mismo momento aparece tras ella un cartero con su saca. Parece que se lo han servido especialmente. Buenos días, dice Isabel, y se queda vacilante frente al hombre uniformado, siente un poco de vergüenza, pero la desecha, qué le importa a ella parecer inadecuada, sospechosa, extravagante, si nada de todo lo que le sucede es real. Desde que está en España le parece que asiste a una representación teatral, esa gente no es de verdad, se “hacen” los españoles, de la misma forma en que los argentinos que pululan en Benalmar son parodias de argentinos. También ella interviene en estas representaciones, sale a escena en papeles diferentes. Esta gracia, este sesgo de comicidad que adquieren las cosas, la protege de personajes como Gordon o Ramón Calero, le ha permitido resistir, como quien entra al agua helada con el cuerpo untado de aceite. Su vida, su verdadera vida transcurre en sus recuerdos y en sus sueños. En sus recuerdos va desgranando la partida de Buenos Aires, en los sueños se dedica a reparar los enormes agujeros que han quedado entre un movimiento y el otro.

Disculpe, dice con un poco de brusquedad. ¿Le puedo hacer un par de preguntas? El cartero la mira en silencio. Ella sonrío intentando ser simpática —tal vez no se dice “disculpe” y ha usado otra vez el verbo metafísico “poder”—. Sin embargo sigue adelante, le explica que es periodista, que tiene que escribir una nota sobre un cartero y que

necesita información. Debe haber usado las expresiones correctas porque ve cómo cede la desconfianza inicial del hombre uniformado — tiene unos cincuenta años, pelo gris muy corto y cara bondadosa—. Mientras empieza a seleccionar cartas e introducirlas en sus urnas, el cartero asiente con un gesto, se dispone a escucharla y a contestar.

Isabel se entera de que envían unas cuatrocientas cajas de correspondencia de Málaga a Benalmar. Que hay unos cuarenta carteros en la ciudad y a cada uno de ellos le toca el reparto aproximado de diez cajas. Cada uno reparte por día unas dos mil cartas y unos cuatrocientos impresos. El cartero señala la moto amarilla estacionada sobre la vereda. Los que van en moto —dice— cobran más porque hay un factor de peligrosidad. Pero no a todas partes se puede ir con moto. Hay barrios que por sus características requieren ir a pie.

Isabel le pregunta si conoce el caso del cartero defraudador. Poco y nada. Él ha llegado hace pocos días de Sevilla a cubrir una vacante de manera que, si bien ha oído algo, no conoce los detalles.

Las preguntas de Isabel lo desconcentran un poco y empieza a dudar con algunas cartas (en el edificio hay dos bloques, diez pisos y seis departamentos por piso, más de cien pequeños buzones metálicos, cien bocas a las que hay que alimentar). Tal vez ha sido suficiente y es el momento de retirarse. Sin embargo, las preguntas han desencadenado algún pensamiento, algo han removido, porque el cartero detiene el reparto, menea la cabeza y le dice: “Las cosas ya no son lo mismo que antes”. Antes el cartero era un ser querido, familiar, como lo era el correo mismo. El correo era España. Ahora es una gran empresa, otra más, lo mismo da repartir cartas que altramuces. A Isabel la palabra “altramuces” la deja magnetizada. El cartero, a su vez, se detiene, le ha gustado su reflexión y sigue profundizando. Había un orgullo de ser cartero, ¿comprendes?, uno sentía que estaba cumpliendo con una tarea social, comunitaria, que unía a la gente a través de las distancias. Había emoción, idealismo. Piensa en los pueblitos más alejados, en las aldeas montañosas más perdidas, donde nunca llegaban nada más que la sequía y la miseria. ¿Sabes lo que era

llegar allí con una carta? ¿Y la guerra? Sobre cada palabra escrita en una hoja de papel pesaban la vida y la muerte. Isabel le agradece al cartero y sale a la calle. ¿Qué serán los altramuces? Tiene que preguntarle a Paco. Cruza la doble avenida bordeando el monumento de los barcos semihundidos y baja a la playa. Se sienta en la orilla, saca su libreta y anota: 400 cajas llegan de Málaga con 2.000 cartas y unos 400 impresos por día por cartero. Ver altramuces. ¿Frutos? ¿Semillas? ¿Aves emparentadas con avestruces?

Después mira el mar, las gaviotas, el cielo.

Las gaviotas, blanquísimas pero carniceras, de picos curvos y crueles, no ya gaviotas gráciles anunciadoras de salvación, se dejan flotar sobre el agua, concentradas, empollan el mar. Otro grupo, inmóvil, como una alfombra sobre la arena, aguarda. Algo está por nacer.

Entrar a cualquier comisaría le produce miedo y más aquí, donde todavía no tiene los papeles. Se viste con especial cuidado, intenta incluso ser elegante, pero pese a los tacos altos y el collarcito de perlas que se ha puesto le parece que lleva la palabra “irregular” escrita sobre la frente.

Sin embargo —se lo han explicado muchas veces—, esta policía no tiene nada que ver con la policía de extranjería, son cuerpos diferentes. Parecer, es cierto, parecen amables, pero se sabe que siempre hay un infierno detrás de cualquier comisaría. Isabel se “sobrepone” y gracias a la mediación de la revista se entera de que el cartero ya no está allí, ha pasado del arresto municipal a un arresto carcelario. Al parecer, lo de él no es una falta leve sino una causa más complicada. La hacen llenar un formulario pero le aseguran que es inútil, que el cartero no quiere recibir a nadie. ¿Qué puede hacer? Escríbale, le sugiere uno. Si no se cruza con otro cartero como él, agrega otro con sorna, tal vez le lleguen sus cartas.

Es de tarde. Isabel se sienta en una de las dos sillas de su casa, junto al tablero con caballetes que le hace de mesa. (Hace tiempo que ha guardado en el armario su ordenador portátil, para el que se ha

cansado de buscar el adaptador adecuado. Imagina que se ha inventado un sistema más evolucionado, más liviano, que no necesita electricidad ni cables ni adaptadores: un lápiz y una hoja de papel.)

Mientras muerde el lápiz, piensa en el cartero, en lo que va a escribirle. Se llama Alonso Cichero. Nombre español, apellido italiano, un conjunto que no es armónico, como formado por dos personas diferentes. Se le hace difícil imaginar a su corresponsal. Sin embargo, Alonso parece el nombre de alguien noble y firme, no de un vivillo argentino. Alonso suena a hidalguía, a viejos poetas, le puede escribir a un tal Alonso, piensa. Pero cómo empezar: ¿querido Alonso? Ella, que cada vez quiere a menos gente, no puede usar ese “querido” sin que le suene hipócrita, hiriente. ¿Estimado? Estimado sería el encabezamiento de una carta comercial. Debería decir Alonso a secas, pero eso suena hostil, sería desde el primer momento ponérselo en contra, ni lo estima, ni lo quiere, Alonso es para ella un desconocido. ¿Y algo más amigable, del estilo “hola Alonso”? ¿Ponerse de igual a igual? Le parece escuchar a la publicitaria que ha sido en otro tiempo. No puede detenerse por ese detalle, lo mejor será cortar el nudo gordiano, empezar sin encabezamiento.

Isabel escribe un borrador.

No lo conozco, pero puedo suponer que tenemos bastante en común. Por de pronto el mismo origen. Nuestro país... No, el posesivo aplicado a su país le da repeluz. Mejor: Yo también soy argentina. (Argggentina, otra palabra que arrastra un eco paródico, que parece nacida para ser dicha con timbre patriótico, con voz tonante.)

En segundo lugar, Benalmar, ciudad de la que todavía no sé mucho. Puedo suponer que hemos atravesado por experiencias parecidas, por eso me atrevo a escribirle. Y por necesidad: no voy ocultarle que intento escribir unas notas sobre su caso para una revista andaluza que me lo ha ofrecido...

Ya está, lo peor queda dicho. Necesito ganar más dinero que lo que me dejan mis clases de español. Como argentino, ¿como exiliado económico?, podrá entenderlo. No sé cuántos años hace que usted ha venido de Argentina,

yo hace sólo un año. Tengo, por decirlo así, las heridas frescas.

Sé poco y nada sobre su caso, pero imagino que pueden ser muchos los motivos que lo llevaron a deshacerse de su carga. Yo misma me deshice de cajas y cajas de cartas antes de llegar aquí, cartas de adolescencia y de juventud que pensaba que me acompañarían en la vejez. Un pensamiento ingenuo de bienestar americano: llegada la vejez uno podría retirarse a disfrutar tranquilo de sus ahorros, su casa, sus hijos, sus amigos. En esas horas crepusculares uno podría releer aquellas cartas, mirar con asombro y con ternura a aquella persona joven que fue, sacar conclusiones, amasar eso que llaman la sabiduría de la vejez. Porque entonces se escribían "cartas". Ahora, ¿quién escribe cartas? Personajes anacrónicos. O sea que las cartas se han destruido solas y el trabajo de cartero debe haberse vuelto más insustancial. Antes había cierto romanticismo, llevar y traer palabras entre la gente no es lo mismo que llevar y traer "altramuces", como me dijo un cartero al que interrogué en la puerta de mi casa. ¿Sabe qué son los altramuces? Son unas semillas amargas que se comen con sal y aceite. Yo no lo sabía, como no sé muchas de las palabras que usan aquí los españoles, uno de mis libros de cabecera debería ser el Diccionario de la Real Academia Española...

Isabel da un golpe sobre la mesa que, por efecto de la inestabilidad de los caballetes, le hace volcar media taza de té. ¿Qué está haciendo? Se va por las ramas, qué le importa al tío qué son los altramuces ni cuál es su libro de cabecera. Además es una mentirosa, no tiró todas sus cartas, guardó las que más le importaban en el garaje de su casa. En el hueco que está junto al termotanque donde también han ido a parar fotos de infancia, cuadros y discos. Tacha varias líneas, escribe, vuelve a tachar. Por fin termina:

Disculpe si me he ido un poco por las ramas, pero quiero que me conceda algunas entrevistas. ¿Le parece que podremos hacer algo juntos?

Espero su respuesta y le envío un saludo cordial.

Isabel

Es domingo y está con Luis en el bar de un pueblo, al sur de Granada.

Es un pueblo blanco, muy pequeño, con un nombre que suena un poco brutal: Órgiva.

—De Caballito a Órgiva —dice Luis moviendo la cabeza de un lado al otro, como si redujera con ese gesto todos los descabros de la emigración.

—Pasando por Portugal —puntualiza ella.

El aire es helado, inmóvil. Pero el sol de la mañana cae justo sobre la terraza de aquel bar plantado en una calle empinada y estrecha. Todo el pueblo parece congregarse allí, bajo ese calor, mientras que el bar de enfrente, en sombras, está vacío. Tal vez su buena fortuna sea nocturna.

Isabel mira alrededor. Todos parecen personajes un poco irreales. Son demasiado heterogéneos, parecen puestos allí por algún designio, en hileras, como si estuvieran a punto de representar alguna escena para ellos. En primera línea un par de ingleses muy estirados, ella y él vestidos con ropa gastada pero dignísima, una parodia de los ingleses elegantes y de edad madura que uno espera encontrar viajando por el mundo. En segunda línea, dos motoqueros de músculos tatuados, dos tíos fornidos de negro y rojo en los que los pueblos pequeños parecen ser pródigos. Detrás de ellos una pareja hippie con ese desamparo que irradian los hippies cuando han dejado de ser jóvenes. Tienen con ellos tres niños de pelos largos y lacios, enmarañados. En la mesa vecina, un hombre de barba descolorida y ojos ocultos por párpados inflamados, bebe una copa de coñac (¡no son todavía las diez de la mañana!).

—Es un borrachín, tal vez el borrachín del pueblo —le comenta Isabel a Luis.

Pocos minutos después se sienta junto a él una mujer de pelo gris metalizado, bien vestida, con un aire de dignidad incuestionable, la mujer que uno no esperaba para ese personaje.

—Uno siempre opina, afirma que esto o aquello —dice Luis— y se equivoca de punta a punta. (“Uno” y “se”, claro está, se refieren a ella.)

El borrachín parece transformarse en un hombre correcto, un poco excéntrico tal vez en su descuido, pero eso es tan inglés...

—Verdad, uno se equivoca —acepta ella.

La pareja intercambia pocas palabras y diez minutos después la mujer se levanta y se va, la ven subir a un auto, arrancar y desaparecer en la esquina.

¿Cómo? ¿Ha quedado solo el ex borrachín?

—Tal vez no sea la mujer —reclama ella, con un tono que quiere ser neutral—. Podría ser la hermana. O la amante. O una compañera de alcohólicos anónimos.

Ésa es la agónica cordialidad con que discuten las cosas más triviales desde hace demasiados años.

—Es verdad —acepta él.

¿Quién sería ella en la vida de él? ¿Y él en la vida de ella?

El lunes Martine la llama a su oficina. Quiere hablar con ella. Heinz, uno de sus alumnos de nivel intermedio, le ha hecho una consulta. Está preocupado por el verbo “estar”: lo ha buscado en su gramática y allí figura con ese, no con “jota”, como le ha dicho Isabel que se pronuncia. ¿Cómo es eso? Es cierto, dice Isabel. Ella le había explicado a Heinz que la ese seguida de consonante se aspira, no es igual que la ese inicial de, por ejemplo, “sábana”. ¿Entonces tenía que decir “bojque”?, le había preguntado él. Que sí, había afirmado ella. Pero Heinz no parecía convencido, por eso la ha consultado a Martine. Heinz tiene razón, dice Martine, en español se dice “bosque”, no “bojque”. Ella aspira la ese porque es argentina. Si escucha a un español vallisoletano, como Juancho, verá que el sonido es inconfundible, siempre ese, esté donde esté. Tendrá que aclarárselo a Heinz.

Alicia la espera sentada en La Estrellita leyendo *La Tribuna*.

—Hola, Alicia. ¿Cómo ejtás?

—Bien, ¿y vos? —dice Alicia abandonando el diario.

—¿Te puedo pedir algo?

—Sí, claro —dice Alicia.

—Decí “bojque”.

—“Bojque” —dice Alicia.

—Vos también decís “bojque”, aunque seas uruguaya.

—Uruguayo-argentina —corrige Alicia, y la mira esperando una aclaración.

—Ejtoy preocupada —dice ella—. Vijte que no pronunciamos la ese como ellos.

—Tampoco decimos “coger” ni “bordillo”, ni tenemos un mayor que se llame Oreja, ni una decoradora de interiores que se llame Concha Fideo...

—Si pero de ejto no me había dado cuenta y soy profesora de ejpañol.

—Sos profesora de ejpañol, pero argentina —la tranquiliza Alicia—. ¿No vijte cómo hablan en Andalucía? ¿Y los canarios y los gallegos? Dejate de joder.

—Tampoco es como la jota de jjjoder —reflexiona ella—, es un amago de jota.

—Qué suizo botón —agrega después, resentida con Heinz—, tanto prurito por una consonante. En cambio, con las cuentas corruptas de la Argentina se quedaron bien callados.

—Peor es la doble uve con la que tiene que convivir el pobre Walter. ¿Y lo de internet: eso de tener que decir “uvedoble, uvedoble, uvedoble punto com”?

—El problema no es la ese —dice Isabel—, sino haber ido hablando con la ese aspirada *sin saberlo*. Como haber ido caminando por la calle con un bonete azul.

Eso de no verse a sí mismo ni ver la realidad con justeza. Eso es lo que la angustia, el desconocimiento, la ceguera que se le revela sin cesar.

De su trabajo publicitario le ha quedado la costumbre de fisgonear en los carros de compra de los demás y sacar conclusiones. Un buen observador podrá deducir si el comprador vive solo o en pareja, si tiene hijos pequeños o adolescentes, si su familia es numerosa, si tiene un sueldo estándar o no, si le interesan las propuestas alternativas y mucho más. Deducciones que servirán después para establecer estrategias de venta, cadenas de ofertas —la joven madre que compra pañales también estará interesada por una crema para las estrías, el hombre solo que compra latitas, en comidas congeladas, etcétera—. Pasó muchos años de su vida entregando su inteligencia a estas especulaciones. ¿Y ahora qué? Mira el contenido de su propio carro: latas de atún, galletas de arroz integral, manzanas verdes, un shampoo marca *Deliplus*, agua mineral y un pack de cervezas. No es un carro triunfal. Más bien el de una mujer sola, con pocas ilusiones, preocupada por la salud y el dinero.

Mientras ordena sus compras en la cocina, piensa que han pasado más de quince días desde que le mandó la carta a Alonso y no ha tenido ninguna respuesta. ¿Qué hacer? ¿Escribir una segunda carta?

Se instala en su mesa de galeote con una manzana verde y una hoja en blanco.

Alonso, no recibí respuesta suya. Tal vez tenga la intención de contestarme y le resulte difícil empezar, como me sucedió a mí. Bastaría con que me dijera sí y pusiera mi nombre en la lista de admisión de visitantes que le entrega cada semana la Policía.

De todas maneras, no puedo dejar de pensar en su caso. Me imagino que es por sufrimiento que se llega a hacer ciertas cosas. Dejar de repartir cartas o destruirlas. Tal vez haya sido una pulsión que empezó de a poco con un hecho insignificante. Un día de desánimo, uno podría pensar qué injusto, qué hipócrita está el mundo, ¿valdría la pena caminar cuesta arriba un kilómetro

para entregar una revista dedicada a los embutidos del Corte Inglés? No, desde luego. Y tampoco facturas de Endesa Sevillana de Electricidad o facturas de Telefónica. Me lo puedo imaginar haciendo un alto en el camino, removiendo el contenido de su saco, pensando que habría que encontrar una carta, al menos una, que dijera algo que valiera la pena de ser dicho a alguien, transportado de un extremo a otro del mundo. ¿Habrá abierto usted alguna carta? ¿Habrá encontrado una sola frase que lo conmoviera? No. A lo sumo alguna postal con un comentario de circunstancia sobre las montañas, los monumentos, las aventuras del verano. Tal vez ese día bajara hasta su casa con el contenido de su saco intacto y lo arrojara dentro de una bolsa de residuos. Al día siguiente habrá hecho su reparto como siempre. Habrá pensado que iba a rehabilitarse, repartir las que habían quedado rezagadas... Pero esa bolsa negra quedó en su casa, días y días, usted la miraría con cierta satisfacción, una pequeña venganza contra la estupidez del mundo. Puede haber tenido su día de furia como el personaje de la película.

Tal vez los edificios nuevos de su zona estén llenos de guiris con nombres incomprensibles, saturados de consonantes. Ulrijk Glavstgkui, Anhaut Szkiewicz, Hoyrup Seiestardt, por ejemplo. ¿Se puede ser tan diferente?

Los correos de España tienen entre los extranjeros mala fama. Su caso confirmaría el pensamiento de ellos. Y también cierto resentimiento español contra los guiris que ocupan sus tierras, pueblos enteros, sin preocuparse siquiera por aprender español, ¿para qué, si pueden trasladar sus costumbres, sus comidas, sus perros y gatos, cambiar niebla y frío por el sol de esta costa por tan poco dinero...?

Isabel tacha y tacha, presa otra vez de una sensación de ridículo. No sabe a quién le está escribiendo, cómo le pueden caer sus suposiciones. Lo más probable, además, es que sean absurdas. Que otra vez esté aplicando a la realidad el razonamiento equivocado, metiendo la llave del portal "D" de "Dinamarca" en el portal "C" de "Canadá". Tal vez el desconocido ni abra sus cartas, las rompa en pedazos como hizo con todas las demás. Y si las lee, ¿por qué le haría caso? ¿Qué puede ganar él con las entrevistas que le propone? Ese es el

punto. Tiene que encontrar argumentos prácticos. De todas formas, para aprovechar el impulso que la llevó a esta segunda carta, pasa en limpio lo que ha quedado en pie, agrega con descuido un "atentamente" y la echa en el buzón cuando sale hacia Mundus.

Llega al instituto y toca el timbre, pero nadie le responde. Martine no está, y tampoco la secretaria, de manera que abre con la llave que le han dado para estos casos. Avanza por el pasillo encendiendo las luces. En la sala del fondo encuentra a Cathy, la profesora de inglés, sentada en una silla, con el cuerpo echado sobre la mesa y la cabeza hundida entre los cuadernos de sus alumnos. Parece muerta. Pero Cathy la escucha y se despierta sobresaltada. Le explica que últimamente se duerme en cualquier lugar, está dando demasiadas horas de clase, además su madre está enferma y tiene que ocuparse de ella a distancia, sin dejar de trabajar. Lo que tengo, le dice, es estrés emocional. Debería pedir una licencia.

La charla se interrumpe con la llegada del grupo avanzado.

"¡Halaa!", dicen a coro, con esa costumbre local que ha sustituido la "o" de hola por una "a" canturreada, lo que resulta más sonriente, más festivo, más andaluz.

Klaus es alemán, Ulla es holandesa y Hasta es lituana. Isabel lee con ellos unos textos muy desabridos donde se supone que podrán ejercitar las estructuras gramaticales aprendidas y enriquecer su vocabulario. El último que han leído trata sobre el señor y la señora Gázquez, una pareja amante de la buena vida que gasta más que lo que tiene y siempre debe dinero. La señora Gázquez es en realidad la señora Vázquez, pero cuando le hablan por teléfono los acreedores, para disimular, ella dice que es Gázquez, que nada tiene que ver con la otra, la manirrota. Gracias a ella aprenden los verbos "gastar", "ahorrar", "ganar", "deber" y también palabras tan útiles como "salario", "ingresos bancarios", "deudas", "préstamos", "hipotecas". Esa tarde, para salir del mundo del dinero, ella elige un texto sobre las meigas, brujas o hechiceras a las que todavía se da crédito en las perdidas aldeas de Galicia. Las meigas salen a bañarse en el mar la

noche de San Juan, curan o enferman a la gente según el humor que traigan, roban leche de las casas para lavarse el trasero. Ella les pregunta si en sus países hay creencias de ese tipo. Hablan de supersticiones. El martes o viernes trece parece ser universal. El gato negro o pasar debajo de una escalera también. Los invita a pensar en el origen de aquellas supersticiones. Se podría suponer que un gato negro es la encarnación del diablo, que pasar debajo de una escalera debe haber provocado accidentes, que es una superstición más bien pragmática. Parece un tema más jugoso que el gastar y ahorrar de la señora Gázquez. Pero no logra despertar ningún entusiasmo con su búsqueda de los orígenes del trébol de cuatro hojas o de la pata de conejo. Entonces trata de ampliar el tema, habla de cosas raras. No conocen la palabra “raro”. Ella explica muy bien —cree— lo que significa raro: algo sin explicación racional, fuera de lo normal. Venga, les dice, cuenten algo “raro” que les haya sucedido. Klaus, con los ojos agrandados por la sorpresa, cuenta que salió de su casa pensando que llevaba las llaves de su oficina pero que al llegar allí y querer abrir no las encontró. Tuvo que volver a su casa a buscarlas y... ¿Y?, lo apura ella, esperando la rareza. Y las encontró sobre la mesa. No recordaba haberlas dejado allí. Eso no es raro, Klaus, le dice ella decepcionada. Eso es ser distraído. A Ulla en cambio sí le pasó algo raro. Al salir de su casa encontró en el jardín común del edificio un perro con tres patas. Francamente raro. Aves de corral mezcladas con perros y gatos podría ser normal en el campo, pero no en la ciudad. Ulla la mira extrañada y de golpe se ilumina. Perdón, corrige, con tres “patas”. En Benalmar un perro cojo es un poco raro. Un yorkshire, un caniche toy, un pomerania es lo habitual, el perro pequeño, casi rata. Ulla, que ama a los animales, lleva al perro cojo a la sociedad protectora y, como le queda de camino, pasa al día siguiente a preguntar por él. Aquí viene lo raro: la responsable del establecimiento le dice que el dueño se había presentado y se lo había llevado, feliz de recuperar a su perro cojo. Ella ha desconfiado porque, ¿quién puede querer en Benalmar un perro cojo? Un perro cojo es un perro de la calle. Es un poco raro, sí, admite la profesora de español. Pero más raro todavía, añade divertida, habría

sido encontrar al día siguiente, en el mismo lugar, un gato con tres patas. Se entusiasma. Y más aún, si hubiera encontrado, allí mismo, una pata de perro del tamaño equivalente a la del perro cojo y más raro todavía, rarísimo, volver a encontrar al perro de las tres patas pero restablecido, con sus cuatro patas. Se detiene a tiempo, ve que los tres alumnos la miran un poco consternados. El humor alemán, el holandés o el lituano no la acompañan en ese pequeño delirio, de manera que se retrae, recompone un aspecto de profesora formal. De todas maneras, piensa, tal vez ahora hayan comprendido lo que significa ser “raro”: la profesora de español que les ha tocado en suerte es bastante rara.

Cuando sale a la calle sopla un viento fuertísimo. Isabel entra al bar de Paco y debe luchar con la puerta para abrirla y después para cerrarla.

Es el viento de levante, le explica Paco. Y esto no es “na”.

Ella debería ver lo que es el levante en la costa de Tarifa. La gente se pasa a veces días y días sin salir a la calle. Cualquiera se vuelve loco con la furia de ese viento. Algunos se hacen encerrar o atar, como Ulises para escuchar las sirenas. Hubo una época en que si un hombre se cargaba a su mujer y soplabla el levante, igual lo perdonaban o le daban una pena más leve. Isabel no sabe si creérselo o no. Pero la idea del atenuante, del viento y del estrés emocional podrían servirle para su próxima carta a Alonso.

—¿Qué me recomiendas hoy, Paco?

—Pimientos del piquillo. Están de muerte, hija. —Vale.

—Algo más, Paco, ¿tú me ves como una persona rara?

—¿Rara?, ¡qué va! Tú eres muy normalita, lo único es que eres argentina.

Desde que la rescató de su encierro en el balcón, Pilar abre su puerta cuando la escucha llegar y se quedan hablando unos minutos en el vestíbulo común. “Estamos de marujas”, le dice Pilar, que así se dice cuando dos vecinas se dedican al cotilleo. ¿En Buenos Aires no tenías

vecinas? No, le dice ella. Tú eres mi primera vecina. (Tenía madre, una hermana muerta, amigas como hermanas, primas y primos, antiguos profesores, compañeros de colegio y de facultad, ex novios, jefes aborrecibles y otros encantadores, colegas publicitarios, algún que otro viejo admirador, tías solteras y viudas, sobrinos recién nacidos, conocidos en el Senado, en el Hospital Fernández, en Cemic y en la Sociedad Protectora de Animales...) Pero nada de esto le dice a Pilar y acepta agradecida cada vez que la invita a tomar un cafelito.

Tampoco ella es de Benalmar, ha venido a pasar una temporada larga por razones de salud. Se le ha hecho un enfisema grave por fumar Ducados durante veinte años y su voz es ronca y llena de ecos, como si se arrastrara entre piedras. Cada tanto, mientras habla, se queda sin aliento, tiene que medir sus palabras. En el salón hay un tubo de oxígeno del que Isabel suele apartar los ojos por pudor. Por eso tarda en descubrir, en la estantería donde también están el televisor y el equipo de música, una enciclopedia Sopena muy parecida a la que ella abandonó en Buenos Aires. Pilar la conserva como recuerdo de una vieja tía asturiana que la compró con sacrificio y con la ilusión de adquirir toda la cultura de una sola vez. Ella sólo la usa para tareas hogareñas: como escalera para llegar al estante más alto de su armario o como tarima para su monitor. En Buenos Aires Isabel le había dado usos parecidos, pero muchas veces la había usado como enciclopedia. Le gustaba descubrir las distintas capas geológicas de las palabras, las explicaciones largas y anacrónicas, saber, por ejemplo, que una mercería, además de alfileres, vendía joyas y metales preciosos. Con el avance del tiempo sólo las biografías parecían quedar indemnes. Las nuevas ideas, revoluciones, vacunas o catástrofes, en nada cambiaban el hecho de que el señor Equis o Zeta hubiera nacido en tal ciudad, se hubiera casado con tal, hecho tales o cuales descubrimientos y muerto en el año tal y cual. También en artes y ciencias se podían encontrar verdades constantes, el pistilo venía siendo el pistilo desde hace siglos, lo mismo la columna dórica o el triángulo isósceles. Pero le gustaba, sobre todo, el olor dulce que desprendían aquellos libros, sus páginas finas y amarillentas donde se concentraba el conocimiento, sus

ilustraciones solemnes, sin gota de humor.

Eran todas razones suficientes para conservarla, le explica a Pilar. Sin embargo, los cien tomos de la Sopena ocupaban un mueble completo de cinco estantes y debían pesar, por lo bajo, una media tonelada. Debía deshacerse de ellos so pena de malograr a probables inquilinos. ¿Habría coleccionistas, compradores de libros viejos, escuelas interesadas en ella? ¿En la época de la informática? Debía buscar en el diario. O en el *Segundamano*, una publicación que crecía con la miseria del país y traía, cada semana, más páginas y avisos desesperados, demenciales: *Canjeo Olivetti Lettera y charango por trompeta o corneta en buen estado. Canjeo audífono por trabajo por hora que tenga que ver con el arte. Canjeo mano de obra por hacerse cargo de una perra que es muy buena. Entrego mochila con la imagen de Charly García (muy buen estado) a cambio de un tacho de basura con palanca. ¿Por qué podría canjear ella la Sopena de cien tomos?, ¿por valijas Primicia?, ¿por el pago de un taxi hasta Ezeiza?* Pero ella era todavía una privilegiada, podía dejar de lado el *Segundamano* e intentar con el diario.

Siempre había seguido algunos clasificados curiosos del tipo *Doctor Izcovich venéreas, Cobradores de frac, Clementina, Tarot astral, Decoración con globos, Compro su biblioteca*. Avisos que ocupaban durante años la misma página del diario, así como ella ocupaba la misma perspectiva, divertida y ajena, frente a aquellas propuestas. Sin embargo un día, como una pieza que al fin calzaba en su lugar, el *Compro su biblioteca* apareció ante sus ojos como la solución salvadora. Había recortado el aviso y después hablado con un tal señor Orbegoso, de voz antigua y grumosa, que le preguntó por la fecha de su edición y afirmó que ya tenía cinco Sopenas del mismo año. También le preguntó en qué estado estaba la suya. Muy bien gracias, había dicho ella, pese a que recordaba algunas tapas despegadas y las curiosas manchas negras que le dejaban en los dedos los lomos de cuero. Son difíciles de vender, acotó Orbegoso, con una Británica hubiera tenido más chances. Pero no es una Británica, es una Sopena, había insistido ella. ¿Qué alternativa le quedaba? Pulpa, había contestado la voz,

tajante. La palabra pulpa la había estremecido, no podía dejar de asociarla a un pedazo de carne sangrante. ¿Y qué hacían con esa pulpa? Otra vez papel: papel eres y al papel vuelves. Se preguntó cuál sería el proceso por el que semejantes libracos se transformaban en pulpa, pero se cuidó de averiguarlo y se despidió de Orbegoso como quien se saca de encima a un verdugo. Sin embargo, pese al rechazo que le provocaba la idea de triturar en instantes esos miles de páginas con esos miles de datos, la reconfortó la idea de que de allí nacería un nuevo papel. Un papel amasado con miles de palabras y millones de letras. (Ningún escritor se enfrentaría entonces al pavor de la hoja en blanco, sino a una hoja viva, con infinitas posibilidades de combinatoria. Una hoja escrita en tinta invisible sobre la que habría que hacer reaparecer las viejas palabras, un pentimento.)

Pilar la ha escuchado entre divertida e incrédula. Le cuenta que ella también conoce a un señor Orbegoso —qué coincidencia—, pero no se dedica a los libros sino a montar carpas, enormes carpas tipo pagoda para festejar bodas o aniversarios. Una vez se le cayó una con quinientos invitados dentro. ¿Te imaginas lo que fue aquello? Por suerte sólo hubo contusos. Pilar se ríe y termina tosiendo. La idea de la carpa le despierta otras asociaciones, la ensombrece, pero después de un momento se recupera. Pilar era profesora de Economía y para explicar algunos temas, le dice, siempre ha usado una imagen que le parece muy útil: la de un mueble con muchos cajoncitos. En economía todo consiste en saber ordenar cada variable en su correspondiente cajoncito. Lo mismo con las penas. Hay que tenerlas bien guardadas, dice. Cada tanto abres el cajón, qué remedio, pero luego vuelves a cerrarlo.

Por último, Pilar le ofrece su Sopena.

—Si te recuerda a la tuya —dice—, coge algún tomo y llévatelo. Luego me lo devuelves.

Ella se queda dudosa frente a la biblioteca.

—¡Venga! ¿Qué quieres, de *abo* a *ati* o de *pre* a *pug*?, lo que tú

digas.

Ella elige de *cam* a *cri*, así podrá buscar la palabra “cartero”.

Cuando entra a su casa, tiene en el contestador un mensaje de la revista *Sentir Andalucía*. Carmen quiere saber si ha logrado avanzar con el tema de Alonso.

Se da una ducha interminable. Cada vez que cierra la canilla, debe ejercer cierta violencia sobre su voluntad. Podría seguir bajo el agua horas y horas, hasta derretirse. Después se seca y se pasa crema por las piernas y por los brazos. Se observa distraídamente en el espejo.

Ha dejado de pensar en los desgastes del tiempo, de convivir con esa mezcla de resignación y rebeldía con que las mujeres se enfrentan al envejecimiento. Este sería un efecto benéfico del segundo exilio. Hacía muchos meses ya que no le prestaba atención a la caída (constante, sí, constante) del óvalo facial ni a la blandura de los muslos. Como si se hubiera suspendido el juicio crítico con que ella y sus amigas debatían el tema en Buenos Aires. El irse de su país es una manera de detener el tiempo, de crear un paréntesis que sólo se cerrará con el regreso. Como en la hibernación, quedarían suspendidos los efectos del desgaste. Eso va junto con un dejar de lado la coquetería, ya que los objetivos principales, obvios, son otros, sobrevivir, conseguir trabajo, volver a encajar en el lugar ajeno. La identidad se disgrega y uno queda desnudo frente a los desafíos, los sentimientos aparecen en crudo, salvajes. Como el aprendizaje del idioma para cualquier principiante, sólo persiste lo elemental, el entretejido de los matices desaparece. Todo es hambre, frío, miedo, aceptación o rechazo. Qué tranquilizadoras deben resultar esas primeras páginas del libro: las fórmulas de cortesía. Desconocido frente a tribu caníbal. ¡Hey! Yo, amigo, tú no comerme. Buenos días, buenas tardes ¿Cómo estás? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? Tu nombre. Tu nombre.

Se sirve una cerveza y abre el tomo de la Sopena que le ha prestado Pilar. Busca la palabra “cartero”, esperando alguna revelación, pero encuentra sólo una línea: repartidor de correo. A falta

de más datos, viene también la traducción a otros idiomas. Aunque con poco entusiasmo, intenta una nueva carta para Alonso.

¿A qué edad vino a España, Alonso? Yo vine muy grande, después de los cincuenta años. Una de las cosas buenas de emigrar a tan avanzada edad es que uno se dispone a hacer cualquier cosa, casi cualquier cosa, como lo hacía cuando era joven. (El mundo era todavía virgen, uno quería empezar a morderlo por cualquier lado: amor, política, dinero, viajes, experiencias místicas. Virginidad que no se agotaría, si no fuera por los límites de nuestra imaginación, la poca valentía, la modestia de nuestros recursos. Y aun así, por mediocres que seamos, siempre quedará territorio desconocido, hasta el final cuando todavía no sabemos qué clase de muerte nos espera, qué terrores o temeridades se nos revelarán en el último minuto. O qué detalles miserables. ¿Cuáles resultarán nuestras últimas palabras? ¿Viva la patria aunque yo perezca? Una farsa. ¿Sáquenme de aquí, mierdas? Tal vez. ¿Alcáncenme las pantuflas?, ¿cambien de canal? Eso ya es más probable.

Isabel tacha y retoma.

Por eso me animo ahora a ser insistente, a escribirle por tercera vez. ¿Le están dando ganas de romper esta carta? Espere, Alonso, por favor siga leyendo unos minutos más. Piense que tal vez a usted le sirva conceder estas entrevistas. Eso, por ahí va mejor, qué tanta virginidad de la experiencia ni últimas palabras a la hora de la muerte, si será idiota. A ver si pone de una puta vez su experiencia publicitaria al servicio de su propia conveniencia.

Si el estrés o el sufrimiento han tenido que ver en su conducta, es probable que haya atenuantes. Si su caso se difunde, si cosecha simpatía o comprensión, eso puede ayudarlo. Ya se sabe el peso que tienen los medios y la opinión pública. No sé qué cargos le hacen (supongo que incumplimiento de deberes de funcionario público y puede haber más, según qué documentos hayan estado implicados en la desaparición de su carga). Piénselo, puede ayudarlo en su estrategia de defensa. No se publicaría nada que usted no autorice. (Me dicen en la revista que ellos firman una especie de compromiso legal al respecto.) O sea que tiene garantías, más la posibilidad de empujar la causa en su favor.

Al llegar a la despedida se detiene sin fuerza. La cerveza le ha dado mucho sueño, incluso está un poco mareada, y decide terminar la carta al día siguiente.

Apoya la cabeza en la almohada y cree que se va a quedar dormida en un instante. Sin embargo da vueltas en la cama, y dan vueltas en su cabeza —se diría que bajo el mismo impulso— las fórmulas de cortesía y las despedidas: “A la espera de su próxima respuesta”, “Cordialmente”, “Atentamente”, “Sin más”. Recuerda con gratitud la posdata, esa última oportunidad de insistir o de modificarlo todo. Ideal para ella, para su estilo vacilante. *Post data, post mortem, il postino*, la puntada final y salvadora. Ya casi dormida recuerda las últimas palabras de Chéjov: *Hace tanto tiempo que no tomo champaña*.

Es otra mañana ventosa. Camina por la orilla tapándose los oídos. Cuando no aguanta más, sube al Paseo Marítimo y se sienta en un banco resguardado, de espaldas al mar.

Hoy ni las miro. Hoy descubro al que las mueve. Vuestro dueño, el viento. No lo había notado antes. Sumo error tras error, atada a una única perspectiva, al ver y al tocar, a las impresiones, a las distorsiones de la propia matriz, como si todo fuera a tener nuestra consistencia, nuestro peso, nuestros huesos. Así que no camino ya con la cabeza vuelta hacia la izquierda, como todos los días, entrecierro los ojos y voy con la cabeza bien alta, sintiendo los mismos golpes rítmicos que las ponen a bailar.

Cuando vuelve a entrar a Dinamarca, no repara en el hombre de espaldas, junto a los buzones de la entrada. Es el cartero de la cara bondadosa que, inesperadamente, se dirige a ella. Hola le dice, se alegra de encontrarla porque la otra mañana se olvidó de decirle algo importante. Y es que tiene que saber, ella, que cuarenta años atrás, en los pueblos, la gente era analfabeta; el cartero, en cambio, tenía que saber leer y escribir. No sólo para hacer su reparto. Él era quien leía las cartas y, la mayoría de las veces, quien las contestaba. A cambio, cada cual le daba lo que podía: media docena de huevos, un cerdito, un hato de leña, una navaja. Elegir un cartero en una comarca era cosa seria. Entonces, dice ella, un cartero era casi como un cura, formaba parte de

la vida de la gente. Era dueño de torcer o embellecer la realidad, de empujar sueños o hundirlos para siempre. ¿Conocería su poder o manejaría con candor las noticias? Habría buena gente y también el vivillo, el pequeño abusador. Sin olvidarse de los hijoputas, agrega el cartero, los delatores, los cómplices de las cartas que llegaban abiertas... Al cartero de su pueblo, dice, todos lo querían. Además, coleccionaba sellos. Cada vez que llegaba una carta del extranjero, le pedía al destinatario que le guardara el sello. Se sospechaba que, si no lo hacía, la próxima podría no llegar. Isabel recuerda la belleza y el misterio de algunas estampillas. Mezquitas o tulipanes, letras rusas o árabes, reinas o mariposas, cuadros famosos o próceres desconocidos. Minúsculas ventanas para asomarse al mundo en una época en que el caudillo imponía su perfil único a los sellos de España.

Está entrando al ascensor cuando el cartero la detiene nuevamente.

—¿Usted vive en el noveno B?

—Sí —dice ella.

—Aquí hay una carta para usted.

El nombre y la dirección están escritos con ordenador y no pone remitente. Tiene que ser de él. Sube los nueve pisos con la carta apretada en una mano, se le hace eterno el viaje, con la ansiedad le cuesta meter la llave en la cerradura, pero por fin llega a donde sonrío la ballena, deja todo sobre la mesa y abre el sobre.

La carta también está escrita en ordenador, con tipografía Times, la recorre velozmente hasta llegar a la firma, "Alonso".

Aunque pone la fecha, también él arranca sin preámbulos.

Ahora que recibí su segunda carta (creo que no recibió la primera mía), pienso que es más interesante no contestarle que hacerlo. No hay nada como el silencio para despertar la imaginación. Los carteros de que me habla deben ser primos hermanos del de Neruda. No sabe cuánto me gustaría ser uno de ellos. Pero no lo soy. Soy más bien hijo de la usura. Estoy en esa otra parte de la

realidad que usted deja afuera. La que estalla a cada momento. Isabel, con ese nombre histórico que lleva, cuánta ingenuidad. Para un pibe nacido en Lanús, como yo, la periodista andaluza en ciernes me huele a chica de Barrio Norte, de esas que se refrescaron con las experiencias de los setenta. Un poco de militancia, bastante yerba, alguna pastilla de LSD, expresión corporal, ¿a que sí? Aquello de figurarse que todos podían ser peronistas, que era importante “expresarse”, hacer esos ejercicios ridículos —sentir uno que es una semilla y después una pequeña planta y elevar los brazos hacia el cielo como si fueran ramas, agitarlas saludando al sol—. Tuve una novia así y la mataron los militares. Pero no quiero ser grosero. Entre perejiles y reverendos hijos de puta, quedaban pocas alternativas. Adivine cuál fue la mía.

Alonso

Relee la carta. Está perpleja y rabiosa. ¿Quién es este tipo? ¿Qué se cree? ¿De dónde sale? ¿Eso es un cartero? Agarra una hoja y su lápiz negro y empieza a escribir una respuesta.

El cartero argentino-andaluz también me huele a ejemplar trasnochado de los sesenta o de los setenta. El tipo de personaje que uno imagina sembrando poéticamente cartas al viento, una tarea muy productiva para evitar las masacres del mundo. Y si no es así, será un estafador. Un pequeño estafador hablando de usura en Benalmar. Tiene su gracia. Lo que no es nada gracioso es eso de las alternativas. Es la esencia de la estupidez y de la desgracia argentina. Civilización o barbarie. Boca o River. Perón o Muerte. Puta o Monja. Vamos, Alonso, para alguien que parece tener algunas lecturas se le podría ocurrir algo mejor. Atentamente.

Isabel

A la mañana siguiente relee su respuesta y la rompe en pedacitos. Ese tipo no es un cartero, tal vez deba abandonar la idea de los reportajes.

Termina su café, lava la taza, riega el helecho que día a día la traiciona (por más agua que le ofrezca, por más palabras de aliento, él insiste en perder hojas y volverse de un verde cada vez más pálido) y sale a la calle.

Camina lentamente hacia Mundus, mirando las tiendas. Cuando trabajó en la agencia malagueña tuvo que escribir para la revista de Galop una nota sobre la avenida Trapiche, “Nuestra Quinta Avenida” la llamaron con orgullo. Ella se explayó sobre los escaparates de algunos diseñadores andaluces, las zapaterías lujosas, las grandes marcas internacionales, las casas de decoración (nada dijo de los locutorios atendidos por lituanos, de los umbrales que anunciaban saunas y masajes, de las casas de cambio, de los *compro oro*, de algunos pasajes truncos donde abundan los residuos y los vómitos de los borrachos) y cometió dos errores garrafales: puso Pepe Huerta en lugar de Pedro Huerta y Paseo del Duque de Ahumada, en lugar de Paseo del Príncipe de Ahumada, ¿pero a quién le importaba?, ¿qué guiri sería capaz de diferenciar a un Pepe de un Pedro, a un duque de un príncipe?

Isabel se detiene en un escaparate a mirar un jean asombroso. Esa temporada estaban de moda las telas bordadas, los brillos. Pero nunca se le ocurrió que fuera posible volcar tanta imaginación en un jean: injertos de tul rosa, canutillos, sobrecosturas de distintos colores, gajos de estampado, letras doradas, bolsillos superpuestos. Un diseñador inspirado, como Urda con sus paredes.

—¿Tomarías un grupo de niños? —le pregunta Martine cuando llega al instituto.

Ella no tiene paciencia con los niños. Pese a que se supone que ser mujer ayuda a tenerla. El instinto te inspiraría una ternura preexistente, genéticamente acordada. Pero una cosa es jugar con niños, escuchar las cosas encantadoras que dicen, plegarte a su absoluta libertad, a su desprejuicio, refrescarte con eso, y otra cosa es arrancarlos de sus juegos, engañarlos con sonrisas y arrumacos para encajarles “la cultura”. Enderezarles los dientes o fregarles las orejas es lo de menos, la punta del iceberg. Que comprendan que van a morir, pero que antes deben contribuir a ampliar la especie y para eso plegarse a las reglas establecidas. Así se explican las caras — inolvidables — mortecinas, torcidas, amargas que cargan con el tiempo

algunos profesores y maestros.

Isabel mira con cierta curiosidad a la directora de Mundus.

Martine tiene cara de niña crecida, hay algo incómodo en ello, se diría que es su culpa tener una cara que no ha logrado alcanzar la madurez.

—Por ahora son sólo cuatro —dice Martine, apurándola.

No le interesan, a la directora, sus especulaciones sobre la infancia. Está allí, esperando con cierta impaciencia su respuesta.

—Sí, claro —dice Isabel con voz que quiere ser entusiasta.

En el grupo hay dos niños ruandeses de unos nueve o diez años, de una negrura casi azul que no había conocido hasta entonces. (Durante algunas pocas clases hubo también una niña china y una niña lituana.)

Para enseñarles español es imprescindible tener condiciones de hada y de payaso, dosificar violencia con magia.

El principio es lo más arduo. Repetimos cien veces “¿cómo te llamas?”, “¿cuántos años tienes?”, “¿de dónde eres?”, las preguntas esenciales y sus respuestas.

Xavier es gordito y simpático, es muy rápido, tiene un ansia de participación casi irritante, levanta la mano, pregunta y cuestiona todo el tiempo, un futuro funcionario de Naciones Unidas, se diría.

Fabrice tiene problemas de aprendizaje, salta o bailotea constantemente, se balancea con la silla hacia atrás, tiene esos movimientos rítmicos y elegantes que se adjudican a los negros, tira papelitos con la regla, bosteza, vuelca el vaso de agua sobre el cuaderno, se le cae el bolígrafo, se rasca las orejas, hace muecas, se tira pedos... Después de diez veces de pedirle que se quede quieto, se despiertan en la profesora de español unos irrefrenables sentimientos raciales, un monito de la selva, piensa avergonzada, un futuro buen deportista en el mundo de los blancos. Lo reta (regaña) y al monito se le llenan los ojos enormes de lágrimas enormes. A Isabel su cara de

desconsuelo le afloja las rodillas.

—¿Por qué lloras? —le pregunta con un hilo de voz, la muy hipócrita.

No contesta. El hermano lo abraza y se hablan al oído.

—Llora porque “no entiende” —dice Xavier ilustrando a la profesora idiota.

A la hora siguiente, Fabrice está de buen humor, escribe con una letra razonable y en cambio es Xavier quien ha adoptado actitudes de abatimiento: esconde la cara entre los brazos, se le caen los libros, tira papelitos.

—Hoy vamos a ver el pasado —dice la profesora, y escribe en la pizarra el pasado de algunos verbos; después explica la diferencia entre “hoy” y “ayer”.

—Ayer tomé un helado de fresa —dice, y escribe el verbo “tomar” con mayúsculas en la pizarra.

—No, no —dice Xavier con aire resignado. —¿Por qué no?

—No es verdad —dice.

Isabel acude a nuevos verbos. Ayer fui al cine, ayer vi la televisión. Verbo ir, verbo ver.

—No, no —insiste Xavier, indignado esta vez—. No es verdad, ayer en bicilette.

—Son ejemplos, Xavier (así no vas llegar nunca a la ONU).

Dejan el pasado en paz. Isabel les toma el breve control que le ha pedido Martine y, para cerrar la clase, encara el tema de la familia, que, según ha comprobado, suele animar a los chicos.

—Escribe el nombre de tu mamá en la pizarra, Fabrice.

—¿*Laquelle*? —pregunta.

—¿Cuántas mamás tienes?

—Dos —Hace con los dedos.

—Bueno, de las dos.

—Miriam y Yuku-dn-ndama.

—¡Miriam, *adoptif*! —grita Xavier como si acusara a Fabrice.

—¿Y cómo se llama tu mamá, Xavier? —pregunta Isabel.

—¿Cuál? —pregunta a su vez Xavier.

Ella se queda callada y él continúa.

—*Adoptif*, iama Miriam. No *adoptif*: no conozo.

—Mamá Xavier, ¡jjjjjuishhh! —dice Fabrice mientras emite un silbido agudo y se rebana con una mano la garganta.

—Y mamá Fabrice, ¡jjjjjuishhh —dice Xavier y también se rebana la garganta.

—Paco, hoy no me pongas un cafelito —dice Isabel—, ponme una copa de manzanilla. Hice llorar a un niño negro, huérfano, escapado de las masacres de Ruanda.

Paco deja la copa a la que estaba sacando brillo y con el rabillo del ojo mira los ejercicios de los chicos que ella ha dejado sobre el mostrador.

—Si quieres, puedes leerlos, vas a ver qué buena profesora soy.

Paco lee en voz alta el ejercicio de Fabrice. Cada respuesta está escrita con un marcador fluorescente de distinto color.

Haz una pregunta.

De dónde erece?

Dí algo que te gusta hacer.

La mociqua

Algo que no te gusta hacer.

Mila los otro que juga

¿Cuáles son las cuatro estaciones del año?

5 de mago

¿Cuáles son tus juguetes preferidos?

A la playa

¿Para qué sirve una silla?

Para sirve siéntate

Paco le devuelve la hoja con desaliento. Hostia, dice.

Sin embargo, hubo algunos buenos momentos. Una mañana que se dormían sobre la mesa les dijo muy seria que “ella” era una mesa.

—No eres mesa, no eres mesa —chillaron.

—¿No? ¿Qué soy?

—¡Eres profesora!

—Soy una pizarra, podéis escribir sobre mí.

—¡No eres pizarra!

—Soy un cartel —y se quedaba inmóvil contra la pared.

—Ahora tú eres una pizarra —le dijo a Fabrice. Entonces se acercó y con un rotulador le hizo un dibujito en el brazo.

Luis le habla desde Portugal muy temprano. Ella atiende el teléfono medio dormida. Quiere saber perentoriamente qué hizo ella con sus discos de vinilo. La pregunta la toma desprevenida. ¿Por qué se acuerda de golpe de sus viejos y arrumbados discos de vinilo? No estaban viejos ni arrumbados, dice él, nunca entendiste nada de música. ¿No me los habrán tirado, no? Hay una mezcla de angustia y amenaza en su tono. De fondo se escucha el sonido de una mezcladora. Estaban los de Simon&Garfunkel, algunos de los Beatles, música cubana, el de David Bowie, uno de Louis Armstrong... El ruido de la mezcladora se vuelve más fuerte. Creo que están en el armario del hueco de la escalera, dice ella en voz muy alta. (“La tumbita”, lo habían bautizado con Mati, allí habían ido a parar las cosas que a último momento no habían podido ubicar en ninguna parte.) También podrían estar en el maletero del garaje.

Mentira, le dice Luis, me los tiraron. Ella le jura que no, pero no está segura. Tal vez en el apuro por sacarse cosas de encima los hayan vendido en el Parque Rivadavia, pero prefiere no decírselo. Para distraerlo del tema comenta con él las últimas noticias de Mati. Consiguió un trabajo en la cafetería de la Universidad, está tocando con un bajista muy bueno, también practica tai chi para cuidarse la espalda. Después le cuenta la historia de Alonso. Pero sabe que él ya no la escucha. Piensa en sus discos, en sus corbatas, en su tablero de backgammon, en todo lo que quedó en Buenos Aires y que no sabe si va a recuperar alguna vez.

Cuando corta, Isabel se levanta de golpe y rompe una copa que estaba sobre la mesa. Camina descalza entre los vidrios y va hasta la cocina a buscar una pala y un escobillón. No encuentra la pala azul, abre todas las puertitas de los muebles de la cocina hasta que al fin aparece. Sólo que no era azul. Ésta es roja. Azul era la que tenía en Buenos Aires.

Mientras junta los vidrios, recuerda los últimos días antes del viaje. Habían sido extraños, dolorosos y también ridículos. Se había puesto a vivir la ciudad como un extranjero, fuera de las rutinas que le habían sido familiares hasta entonces. Había sido ganada poco a poco por un principio de impunidad, tal vez el germen que llevaba a alguien a transformarse en un marginal, vivir en la calle, pedir limosna, salirse de la sociedad "organizada", por decirlo así. Walter decía por entonces que era necesario "replegarse", "evacuar". Le gustaba ese lenguaje militar, apropiado a la segunda gran catástrofe del país que les había tocado vivir. Veinticinco años después, otra vez levantar los bártulos y escapar. Otra vez desaparecidos. Luis ya estaba afuera y ella, como un soldado obediente, se lanzó a la campaña, hizo cosas disparatadas, inútiles, arrastró valijas para vender ropa, devolvió muebles familiares, quemó y tiró recuerdos, fotos, dibujos infantiles, radiografías, anduvo por la ciudad como un botellero, siempre cargada con bolsas y trastos. Desmontar una casa donde se ha vivido durante tantos años conduce a un estado pasajero de locura. Una expedición arqueológica al propio

pasado y una odisea sembrada de aventuras sórdidas.

En Mundus tiene una mañana llena de tropiezos. En la primera hora le da clase a Liz, una americana joven y obesa que le cuenta sus dos embarazos seguidos de sendos abortos naturales. (“*Uterus*”, “*abortion*”, “*nausea*”, parece haber un mismo idioma para las desdichas de la maternidad.) Ahora está embarazada por tercera vez y vive en un estado de ansiedad constante. Toma clases de español para distraerse. Pero es inútil. A los pocos minutos de abordar cualquier tema — familia, comidas, profesiones —, la conversación recae en el malestar, el hambre descontrolada y las pérdidas. Cuando al fin termina con Liz, le piden que reemplace a Juancho en una clase de conversación para dos jóvenes letones. Ella acepta, pero ha habido una confusión de horarios y todas las aulas están ocupadas. Martine le propone que se lleve a Valk y a Rezek —al menos esos son los nombres que ha entendido— a otro lugar, que improvise una clase “viva” en la ciudad; sin ir más lejos, pueden ir al bar de la esquina. De manera que terminan los tres alrededor de una de las mesas minúsculas de Paco y eligen para leer un artículo periodístico acerca de los avances de la mujer en la sociedad española.

La pequeñez de la mesa y de los taburetes se ve agravada por la altura de los dos jóvenes. “¿Letones o estones?”, pregunta Isabel varias veces, sin retener nunca la respuesta correcta. “Letones”, “letones”, repiten ellos con paciencia. Los dos son de Riga, tienen la misma edad, estudian Economía, han venido a hacer windsurf en Tarifa y son alumnos avanzados de español. Pero hay una diferencia notable entre los dos gigantes gemelos. Valk (o Rezek) tiene una mirada incisiva que Isabel debe bordear con cuidado, mientras que Rezek (o Valk) es de una timidez agobiante. Cada vez que alguno se mueve, chocan con las rodillas o con los pies bajo la mesa y así, encogidos y murmurando a cada instante “perdón, perdón”, leen y comentan el artículo sobre las mujeres. En Letonia no existe el machismo latino, dicen. A ellos les parece natural que las mujeres trabajen a la par de los hombres. Su novia, comenta el letón audaz, gana más dinero que él y esa es una de

las cosas que más le gustan de ella. En España, según la nota, muchos hombres se sienten intimidados por las mujeres profesionales, tienen problemas de competencia con ellas. Algunos, lee en voz alta el letón tímido, “llegan incluso a sufrir problemas de eyaculación precoz”. Paco se acerca a la mesa para retirar las tazas de café justo cuando Valk (o Rezek) pregunta con su mirada diáfana: “¿Qué es eyaculación precoz?”. Isabel enmudece: antes fueron los abortos de Liz (un parto precoz, se diría), ahora la eyaculación precoz (lo que tal vez podría evitar el embarazo y un ulterior aborto), ¿qué azar escabroso le suelta esos dos temas en una misma mañana? Siente la tensión de los tres hombres esperando su respuesta. Eso sucede, dice ella sin pestañear, cuando el hombre, al hacer el amor, alcanza el orgasmo demasiado rápido. Paco asiente con un gesto y mira a la profesora con una chispa de orgullo. El letón audaz se ríe y el letón tímido se pone de un color que Isabel jamás había visto hasta entonces en un rostro humano. Ahora él sabe qué es una eyaculación precoz en español, y ella ha visto materializarse ante sus ojos aquella expresión decimonónica que siempre le pareció imposible: “ponerse rojo hasta la raíz de los cabellos”.

Cuando vuelve de Mundus, encuentra en el buzón una nueva carta de Alonso. El sobre es idéntico al anterior; la hoja sin encabezamiento también. Pero, según las fechas, es la primera que le ha enviado. Con las cartas pasa lo mismo que con la emigración, el tiempo se revira.

Que los dos seamos argentinos es más bien motivo de espanto que de celebración —ya lo dijo el poeta, nuestro ejemplar para el Arca de Noé Nacional—. (Habrá notado que lo nuestro no viene en parejas, sino por unidad: un escritor, un estadista, un premio Nobel, un Maradona, un gran actor, un todólogo, un orangután asiático en extinción. Más de uno ¿para qué? Pero boludos, sí. Muertos de hambre, infelices, eso sí. Treinta y ocho millones.)

No es nada personal, es incluso bastante probable que usted no sea como la inmensa mayoría, una persona para detestar. Pero yo aborrezco a los

argentinos. Un poco menos a mí mismo, como es lógico. Cuando no se espera salvación ni pasiones que duren más de media hora, ni héroes o antihéroes de ninguna clase, la vida no es el paraíso, pero, al menos, es más fácil no quemarse vivo como un bonzo. El billar y el alcohol, nada más, merece ser habido, diría otro poeta.

De manera que olvidemos lo de la revista, no creo que sea posible. Las clases de español no están nada mal, ¿no? ¿A quién puede hacerle daño la lengua de un pobre manco?

Atentamente, Alonso

Esta vez no siente rabia, sino más bien una impaciencia áspera que la hace caminar de una punta a la otra de su exiguo salón. Relee la carta. Vuelve a hacerse las mismas preguntas. ¿Quién es Alonso? ¿Qué rezago de qué pensamiento? ¿Qué clase de sobreviviente? ¿Un idealista o un delincuente de los muchos que crecieron bajo la misma bandera? *Yo te saludo, bandera de mi patria, / jirón del cielo en donde impera el sol. / Tú la más noble, las más gloriosa y santa, / el firmamento su color te dio...*

Cada vez que cruzan por su conciencia palabras como patria o bandera, no puede evitar, como un reflejo pavloviano, el retintín de las marchas o los himnos aprendidos en la infancia. Mejor será olvidar al cartero. Hacer un llamado a la revista y sacarse de encima esa misión que se reveló imposible desde el primer momento. Jirones de la patria mía, dejadme en paz.

Isabel enciende la radio con determinación, como si pudiera apagar así el recuerdo de Alonso Cichero y sus cartas.

El primer viaje que hice a la selva fue para mí una desilusión, está diciendo don Rafael López Llorente por la R5.

Isabel sube el volumen, mientras empieza a prepararse un té.

Yo caminaba y caminaba con una curiosidad enorme pero no veía nada. ¿Qué había sucedido con los animales y los insectos y las mariposas que debían estar allí?

— ¿Se habrían extinguido? — aventura Isabel en voz alta.

Don Rafael aclara rápido el misterio: *Estaban allí, pero yo no podía verlos. Porque debes saber dos cosas muy importantes.*

Isabel deja de revolver su taza de té y se queda inmóvil, con la cucharita en el aire, esperando las revelaciones del director del Zoo de Santillana del Mar.

La primera, es que debes afinar la vista porque en la selva casi todos los animales están camuflados, mimetizados. Y la segunda, es que hay que usar ropas poco llamativas, parecidas al follaje y caminar sin hacer ruido o, mejor aún, quedarse quieto. Sólo en estas circunstancias los animales salen y uno los puede apreciar en todo su esplendor. Así, sin quererlo, uno comienza a formar parte de la selva. Camuflado y en silencio, uno se convierte en un animal más.

El miércoles y el jueves hay feria en Benalmar, por lo que en Mundus se anuncian varios días sin clases. Ella ya sabe lo que la espera. El hueco. El hueco de Benalmar que ha venido a sumarse al hueco primigenio. Entrecierra los ojos y los recuerdos acuden a su memoria con una nitidez asombrosa. Así sucede desde que está aquí, sus recuerdos más antiguos han adquirido relieve y agudeza, como si alguien hubiera girado la lente hasta poner en foco cada imagen.

Tiene seis años. Está sola en el salón, sentada junto a un mueble pintado de celeste, un armario con dos puertas y una cerradura con llave. La llave ha quedado puesta. Abre esperando encontrar algo fabuloso, un tesoro, cofre de piratas, fotos antiguas, libros misteriosos, una muñeca de cera, una pila de chocolates de marquillas rojas, pero el armario está vacío, sólo hay dos vasos de whisky.

¿Pero qué es? ¿De dónde viene el hueco? Es un principio disgregador, una falla esencial en la construcción del amor y del gozo. No está particularmente dirigido a ella, a la niña que abre las puertas del mueble y lo encuentra vacío. Tampoco el vacío es absoluto, están aquellos dos vasos y, también, después de unos instantes, el olor frutal, añejo de la madera que condensa y precipita la decepción así como ciertos sonidos condensan el silencio. No encuentra allí lo que la

colmaría. El hueco se hace material, orgánico, se vuelca en su memoria y se embebe en sus sentidos para siempre.

Más allá de las rutinas del cuerpo, de las rutinas que a su vez imponen esas rutinas, en Benalmar lo único que urde una ligera trama sobre el hueco es su necesidad de sobrevivir. O sea, su trabajo de profesora de español, con su cúmulo de dudas, de diálogos impostados, de ambigüedades. Aunque la lengua se le haya vuelto brumosa, siempre encuentra consuelo en ella. Existen reglas gramaticales, el orden lógico de la sintaxis, la teoría de los tiempos. Abre al azar el libro de Gil y Gaya que ha sido de su padre. Como si fuera el *I Ching* o la Biblia, busca allí una revelación, cae sobre el párrafo de las preposiciones.

En: predomina la idea general de reposo tanto si se refiere al espacio como al tiempo. Podríamos decir que mientras "a" establece una relación dinámica, "en" es la preposición de las relaciones estáticas: vivo en Madrid, estamos en verano, en la calle, en la juventud, en el año 1961...

Vivo en Benalmar, estamos en otoño, en el departamento blanco, en la madurez —que se precipita hacia la vejez—, en el año 2004... Las palabras de don Samuel, como las del director del Zoo de Santillana del Mar, tienen la virtud de restituirle algún equilibrio.

En una hoja suelta Isabel escribe una frase que ha recogido del periódico: *Despojados de lo propio y cotidiano, el viaje nos invita a conocer nuestro contorno más íntimo*. Debajo agrega: *El hueco* y dibuja una espiral que cubre la hoja entera. Decide entonces que no se va a quedar en Benalmar cuatro días dibujando espirales, pensando qué hacer con el cartero impostor. Ahora que ha encontrado a su amiga Estela, se va a ir a visitarla El Escorial.

Estela es arquitecta y hace más de veinte años que está en España. Le ha ido bastante bien y vive en una urbanización frente a la montaña, en un departamento amplio donde conviven un orden riguroso (el gusto y la organización de un arquitecto) y una amigable anarquía (las huellas elocuentes de una vida bien vivida: en seguida

dan ganas de quedarse, de cocinar, de invitar amigos).

También su casa era así. Isabel se da cuenta de hasta qué punto Dinamarca es un páramo, con sus dos sillas, su tablón montado en caballetes, su colchón en el piso y sus viejos sillones de mimbre en el balcón. Tendría que...

Durante los dos días que pasan juntas planean visitas y paseos turísticos que no cumplen nunca. Lo que sí hacen es hablar. Hablan de la Argentina, del horror de la guerra de Irak, de los hijos, de los hombres, de las enfermedades, de las plantas, del orden de los armarios, de la coquetería. ¿Qué era la coquetería? Cuando su madre (de familia alemana y progresista) la visitó, cuenta Estela, ella le mostró con orgullo las casas que había construido en los alrededores. Después de recorrerlas, la madre la miró apenada: "Qué lástima", le dijo. "Con esa capacidad de organización, hubieras sido una estupenda secretaria." En una mujer, ella valoraba sobre todo la compostura, quería que la hija llevara siempre tacos aguja y uñas perfectas. Las dos se miraron las manos con severidad. Estela trajo el neceser y, sin decir palabra, empezaron a arreglárselas. Después trajo una foto donde se veía a la madre con sus tres hermanas. La madre es la más coqueta, pero también la que está más tensa. Analizan su postura, el cruce de sus piernas, las manos, la sonrisa, el pelo. A las otras hermanas, más anodinas, se las ve distendidas. Esa coquetería entonces, no sirve, dictamina Estela.

Con la tranquilidad de haber llegado a alguna conclusión, por transitoria que sea, toman un té y juegan una partida de escrabel, que es otra manera de seguir hablando.

La partida es muy pareja.

¿Puedo poner "responderéteas?", pregunta Isabel. (Con sólo agregar "telas", llega a un triplique y hace una jugada fenomenal). Estela es de una sola pieza, acepta, a condición de que ella, a su vez, acepte interjecciones como "¡oia!" y "¡chuz!"

La partida va languideciendo y, sobre el final, se hace eterna.

Isabel tiene una equis, una eñe y la doble ve. Estela vacila con una ye entre el índice y el pulgar. Después del arreglo de uñas, luce manos “de ministra de cultura”, dice, y la palabra que pone en el tablero está a la altura: “gaya” —la gaya ciencia y el gay saber, murmura por lo bajo como para soslayar cualquier duda—. Con esa simple jugada —y esas uñas con lunitas— araña los cuatrocientos puntos, ocupa el último triplique y encima se saca de encima la temible ye.

Los juegos son metáforas de la vida, dice Isabel, repiten la misma matriz. Pensá en el escrúbel. Al principio el tablero se nos ofrece vacío, campo fértil para cualquier correría. Uno es joven, tiene vocales para dilapidar. Con la madurez, las buenas letras escasean.

El tablero, completa Estela, se va llenando con las jugadas de los otros, y uno ya no elige, está obligado a “responder” a “adaptarse”. Después de los cincuenta, se puede vislumbrar el final. Algunos han jugado bastante bien y es posible que cierren la partida con dignidad. Otros están peleando. Tal vez a último momento saquen un comodín o una vocal.

Por último están los que se caen, los que se pierden sin remedio.

También existe el azar o la excepción del talento, dice Estela. Ella tiene una amiga sexagenaria, por ejemplo, que se enamoró de un granjero canadiense rico y bien conservado. Isabel asiente. Admirable, dice.

Pero nadie como su abuela. Alguien capaz, frente al tablero más enrarecido, de descubrir casilleros vacíos y luminosos. Escribir allí, con el último aliento, palabras tan bellas como “nilad”, “tas” o “spin”.

Entonces terminamos aquí, propone Estela. Sí, terminemos aquí.

Al día siguiente se despiertan tarde, desayunan y consiguen arrancar del departamento. Hacen una larga caminata por la montaña. Isabel le cuenta a Estela la lenta separación de Luis, matizada cada tanto por reencuentros formidables. Sexualmente formidables. Tal vez no esté terminada esa historia, dice Estela. Además, ella cree, y lo ha confirmado con muchas mujeres, que el sexo más libre, más intenso y

placentero se descubre después de los cincuenta años. También le cuenta Isabel la extraña historia del cartero. Yo soy curiosa, dice Estela. Seguiría adelante para ver.

Hoy me trajeron tu carta.

Así empieza la carta de Alonso que Isabel encuentra a su regreso de Madrid. Alonso ha saltado al tuteo y con eso parece que hubiera bajado alguna barrera.

Como ya sabrás, no es un cartero quien me las trae. Pero tienen la delicadeza de no leerlas. Sólo las escanean antes para que no me manden una gillette y me corte las venas, o una anfeta o guita para sobornar a nadie. Ahí tenés otras posibilidades románticas de una carta en las que no habías pensado.

Cualquiera diría que se juntan dos compatriotas y empiezan a discutir. No vale la pena. Hoy me siento amigable, confieso que de hijo de puta no me fue muy bien. No es fácil ser un buen hijo de puta, un estafador, un guarro, un mierda eficiente. Hay que tener algunas dotes.

Termina, Alonso, con una disquisición acerca de las diferencias entre tener genio o ser intuitivo y de cómo, de todas maneras, cualquier opción conduce a cualquier resultado. La mayoría de las veces, dice, a la catástrofe, y escribe entre paréntesis en letras griegas: καταστροφήιν.

Isabel dobla la carta y se queda pensativa, casi prefiere el tono arrogante de las primeras cartas que este aire de derrota. Empieza a contestarle de inmediato. En cuanto escribe las primeras líneas advierte que intenta consolarlo. Y lo hace de la forma más consabida, la del yo también, la del consuelo de tontos.

Verdad, Alonso: no es tan fácil ser un gran hijo de puta, un estafador. Una cosa son las pequeñas miserias, las pequeñas traiciones, y otra robar, sumarse a la corrupción generalizada, hundir al prójimo. Yo también tuve mi oportunidad: la competencia de la marca para la que trabajaba me hizo una oferta. (Fabricantes de pañales para bebé, un producto que mueve fortunas.) Querían apoderarse de la base de datos que yo venía relevando durante los últimos años, y que entregara a mi empresa una lista adulterada. A los bebés

les daba igual una marca que otra, ¿entonces a quién dañaba?, ¿a una compañía que inventaba ingenierías de marketing cada vez más retorcidas para ganar más dinero? En un país que arrasaba cada día con su gente y sus principios ¿qué eran la honestidad, la solidaridad y otros bellos sustantivos terminados en “dad”?

¿Entonces por qué no? Tal vez la respuesta sea más práctica que ética: porque no sabía cómo hacerlo. Por falta de entrenamiento.

No le habían ofrecido una suma concreta de dinero, recuerda Isabel, le habían propuesto una “negociación”. Fue curioso cómo se servían de las mismas palabras que usaban en la profesión: cash, negociación, competencia, urgencia, target, a tal punto que la habían hecho dudar. ¿Estaría realmente escuchando una propuesta miserable?

Ella no había sido capaz. Aunque tampoco había descartado de plano la posibilidad de aceptar. En su compañía le habían bajado el sueldo tres veces, habían echado sin indemnizar a más de diez personas. Las dos obras que Luis dirigía habían quedado paradas, el poco dinero ahorrado se había esfumado entre el corralito y el descalabro de la falta de pagos. Habían reducido las jubilaciones de sus madres viejas casi un veinte por ciento y aumentado un treinta por ciento los remedios y las prepagas...

La lista de adversidades es larga y los dos la debemos conocer bien. En medio del derrumbe general, todo parecía posible. Entonces apareció la alternativa de España.

Durante un mes lo estuvimos pensando. Hasta que llegó el día apocalíptico. La gran inundación de abril de 2002.

Isabel deja de escribir.

Está con el agua más arriba de las rodillas cruzando la avenida Cabildo a la altura de Blanco Encalada. Sabe que sería más prudente quedarse quieta en un lugar, pero en su casa la esperan Luis y Mati y ella quiere salir pronto de ese infierno. Otras personas cruzan como ella, se toman de las manos para sortear juntos el peligro de los autos que pasan flotando, de los cables eléctricos o de las ramas caídas.

Cuando están llegando al otro lado, ve, junto a la alcantarilla anegada, un perro muerto que va y viene hamacado por el oleaje y que por momentos se confunde con las bolsas de basura. Mira la macabra coreografía con la convicción de que esa escena ya la ha leído o soñado. A su derecha tiene a una mujer que avanza con decisión, a su izquierda a un adolescente demacrado que se ha colgado las zapatillas al cuello. Hay más objetos que flotan confundidos en el agua sucia. Reconoce una muleta y una cuna, un libro inflado con las tapas abiertas que pasa nadando como un ave exótica.

Cuando llegan al otro lado, mucha gente busca cobijo en Frávega. Algo de calor de hogar se desprende de aquel local enorme lleno de cocinas y de lavarropas, de planchas y licuadoras. Empapada, recorre el pasillo de las heladeras. Un viejo a su lado pasa la mano por los anaqueles interiores y murmura con nostalgia: “Antes le ponían comida de plástico adentro”.

En cuanto le parece que el agua ha bajado un poco vuelve a lanzarse a la calle.

Tiene que llegar desde Belgrano hasta Villa Urquiza. Tendrá que remontar la inundación unas cincuenta cuadras hacia el norte.

De manera que atraviesa las calles comerciales de Belgrano con sus deteriorados edificios de clase media, hace un alto en La Juvenil, que aparece en el paisaje desolado como otra isla de bienestar, y allí, ante el irresistible deber de alimentar, se carga de cajas de ravioles y latas de tuco. Cuando está saliendo, escucha cómo el dueño de la casa de pastas pretende desalojar a un grupito de tres desarrapados que han buscado refugio allí. Se detiene a discutir con el hombre, ¿cómo puede ser tan bruto?, que él no puede solucionar los problemas de la gente ni del país, dice, otros se suman a la protesta y el hombre tiene que ceder a regañadientes. Isabel podría tirarle los ravioles a la cabeza — amasados con ese mismo espíritu miserable, piensa—, sin embargo no renunciará a ellos ni aun cuando se encuentre con el agua a la cintura. Ya en el Belgrano residencial y elegante —donde mucamas y jardineros se hacen cargo del estropicio— se encuentra con varios

grupos que avanzan liderados por distintas consignas. (Es necesario decidir a quiénes seguir —en quiénes confiar—, lo que es esencial a la hora de evitar accidentes y ensayar tortuosos rodeos para alcanzar ciertas calles que, según rumores cambiantes, son más transitables que otras.) Ella, que ha leído recientemente *El gen egoísta* de Dawkins, puede constatar los vaivenes de la dupla altruismo/egoísmo que parece mover a la especie. Decide plegarse al grupo de Enzo, un hombre que, como un pastor, avanza llevando de bastón la rama caída de un árbol. Enzo asegura que lo mejor es avanzar por Echeverría.

Dos horas después llegan a la zona semidemolida de Sucre, recuerdo de una de las muchas autopistas frustradas de la ciudad. El grupo se dispersa y debe seguir sola. La zona es peligrosa y tiene un poco de miedo, pero nadie repara en ella. Todos se concentran en desalojar el agua de sus casas, de sus garajes, en recuperar objetos que flotan o que han quedado destruidos. Todas las puertas están abiertas, muestran su precaria intimidad. Isabel ve a una anciana en su silla de ruedas, gritándole a un grupo de chicos que chapotean en el agua. Cuatro hombres intentan poner un auto volcado sobre sus cuatro ruedas. “Despacito, despacito y juntitos”, arenga uno de ellos. Otros arrastran un lavarropas por un corredor, una mujer obesa sentada en un banquito diminuto contempla la actividad, al fin pasa algo interesante en su vida. Unos perros flacos se le acercan y la husmean, después le ladran. Ella se aleja lo más rápido que puede, tropezando con la marea de ramas y desechos hasta que al fin llega a su barrio, Villa Urquiza, paraíso de taxistas, tallercitos mecánicos, artesanos del cuero, pequeños comerciantes en extinción. Llegará unas seis horas más tarde de lo previsto, embarrada, desgredada, con los brazos y las piernas llenos de raspones y la bolsa de La Juvenil, un poco estrujada, pero que ha atravesado con ella, indemne, la inundación. Luis la recibe en la puerta: nos vamos a España, le dice al oído.

Y así llegamos aquí, Alonso, concluye Isabel. A Benalmar, donde hoy, según he leído, se celebra el Día del Nispero. Algo que, con todo, resulta menos misterioso que la historia de un cartero argentino defraudador de España y

versado en etimologías griegas.

Rachel viene de Tel Aviv empujada por un amor. Todo en ella es excesivo: el pelo es demasiado rubio, las uñas demasiado rojas; le sobran kilos, colores y collares. Él, Marek, trabaja en Benalmar y quiere que ella se instale aquí. Algunos días quiere, otros no. Por eso Rachel pide clases particulares, grupo no: más que tomar clases de español lo que quiere es contar las desventuras de su relación con Marek. “Un día tragedia”, dice, “otro día comedia”. El día de la segunda clase es “tragedia”, él amenaza con llevarla con todas sus maletas al aeropuerto, de regreso a Tel Aviv, a sus ruinas (ella trabaja en antropología) y a su madre —que, dicho sea de paso, dice él, también es una ruina—, porque Rachel lo vuelve loco, mishigene, quiere que esté pendiente de ella, que no trabaje tanto, que la mire, la festeje, que le proponga “sorpresas” y, sobre todo, que le diga “cosas”. “Tú comprendes, ¿verdad?” En cambio él, “cosas, cosas, veis mir”, dice ella que dice (porque discutir, discuten en yiddish, no en hebreo, le explica ella), no se le ocurren las fucking cosas que ella espera. “Io casada veinte años”, dice Rachel, “io así”, dice, y muestra las muñecas encadenadas, “io aburo veinte años”, aburría (corrige Isabel), “io quiere romance, sorpresa, sento que estar viva, no cementerio, muertos deja para guerra. Io siete gueras ia. Ahora amor, ¿comprendes?” Sus padres se conocieron en un campo de concentración y lograron escapar en un barco a Palestina. Desde entonces su madre sólo siente miedo. Le habla todos los días para ver si comió, si está abrigada, si Marek la atiende bien, si no discuten... Aquel miedo original, aquel riesgo de muerte inminente es una experiencia imborrable, como los números que figuran todavía grabados en la piel de su antebrazo. “Io no miedo, Marek miedo”, dice Rachel. “Io amo vida, amo colores... no todos colores, siempre distinto un color”, matiza Rachel con sabiduría, como en un cuadro, cada color es distinto de acuerdo al color con que se combine, verde con rojo, o verde con blanco o verde con amarillo... ¿comprendes? Sí, Rachel, lo mismo que tú con Marek, o tú con otro, o con otro, o con otro.

“Iaaa!”, dice Rachel extasiada.

Hablemos de otro tema, hablemos de viajes, Rachel.

Rachel conoció y se deslumbró con Buenos Aires, como prueba de amor le muestra la cartera de piel de vaca que ha comprado allí, con todo su pelo, pobre vaquita argentina, después la campera que lleva y los pantalones —Rachel se ha vestido para Isabel, para complacerla con su ropa argentina—. “Esto no vaca, esto está cordero”, aclara. “Es” cordero, Rachel, dice ella, es corderito argentino. Ser y estar no es lo mismo. Estás en Benalmar, pero eres israelí. Ser es aquello que es natural, como tu sexo o tu nacionalidad, una condición que te pertenece y te define por entero. Soy argentina, estoy en Benalmar. Estar es algo transitorio. Hoy estás triste, mañana estás contenta. Hoy tragedia, repite Rachel, mañana comedia. ¿Cómo eres Rachel? ¿Cómo es tu carácter?

Ella es, dice, soñadora, comunicativa, romántica... aunque también es práctica. Puede encontrar otro novio en Tel Aviv y “finita la commedia”, ¿comprendes?

Su parte soñadora quiere tener una casa en común con Marek: ya que no tienen hijos, tener en común, al menos, ladrillos (que él además debería poner a su nombre, le dice su parte práctica), pero él no quiere, se le llenan los ojos de lágrimas, unos bellos ojos grises. Pero Rachel tiene mucho humor dice, eso la salva, ella ha sido soldado israelí, cantaba y bailaba para levantarles el ánimo a las tropas en la guerra de Yom Kippur, eso fue cuando era joven. Esto es un problema porque todavía no estudiaron el pasado, así que todo lo cuenta en presente, “tú después pones pasado, a veinte años cuando yo está joven”. Sus canciones las pasaban por radio. Para demostrarlo canta una y la “actúa”: en el exiguo espacio que le dejan la silla y la mesa del bar, se las arregla para desarrollar unos pequeños desplazamientos laterales, dar unos saltitos que acompaña con gestos de las manos y revoleo de los ojos. Al mismo tiempo la anima a repetir con ella el estribillo cada vez con más energía, *ajatshaim jaijaihamham...* o algo así, pero la canción funciona, llevada por su voz y el baile brillante de sus ojos y sus manos

también Isabel marcharía con optimismo, se inclinaría a creer que la vida es una promesa espléndida aunque ahí nomás esté la zancadilla de la muerte.

También ha aprendido Rachel, en su vida de soldado, algunas cosas exclusivas de los hombres, como el silbido del kilómetro y medio, llamado así por su largo alcance, silbido que sin más emite metiéndose los dedos en la boca. El chiflido que resulta es agudo, ensordecedor como el pitido de una locomotora. En la cafetería todos se dan vuelta hacia la mesa que ocupan, ellas se hacen las distraídas, es del todo increíble que semejante sonido provenga de esas dos damas, aunque cualquiera diría que ésa era la dirección correcta. Ya más tranquilas, vuelven a los problemas sentimentales.

“¿Tú cómo con Luis?”

Isabel se siente tentada de desahogarse, de dejar fluir la catarata de su historia, dar curso a la autoconmiseración, tan repulsiva como grata al propio oído, tal como ha hecho Rachel, pero no, ella es la profesora, debe contenerse, o, al menos, darle un sentido didáctico a sus palabras.

Se aboca entonces a explicarle a Rachel, a grandes rasgos, cómo ha ido cambiando una relación de más de veinte años, con un exilio tardío incluido, trata de que le resulte provechosa, idiomáticamente, la lección. Se escucha hablar y ve que de allí salen, más que verbos, sustantivos que Rachel escribe en su cuaderno: marido, mujer, esposos, hijos, rutina, resentimiento, miedo, compañía, soledad, separación, dudas, deudas, vejez, amistad, costumbre...

¿No confunde también ella costumbre con amor? O tal vez no haya confusión y el amor sea esa costumbre aborrecible nacida del miedo, un artilugio para encadenar la sucesión mecánica de los días, un cemento, un tejido conjuntivo para rellenar los huecos, un trasto viejo al que uno le echa una mirada tierna cada tanto, un... A Rachel se le llenan los ojos de lágrimas, es posible que a Isabel también, porque su alumna le toma las manos y le dice apenada “o meidele meidele

Isabel”.

Sube por la avenida General Galíndez pensando en Rachel, con un calor agobiante en pleno invierno (no hay frío que se le resista al sol del sur). Llega hasta su casa e intenta abrir el portalón de hierro, pero se equivoca por milésima vez: empuja en lugar de tirar. Por fin entra y se detiene junto al ascensor soñando con una cerveza fría, con sacarse el suéter y los zapatos, tirarse en su colchón y dormitar un rato. Tiene justo una hora para reponerse antes de su próxima clase. Pero cuando aprieta el botón, nada sucede. ¿Otro error de ella? No. Comprueba que no hay señal luminosa en la botonera y en ese mismo momento oye una voz apagada que asciende por el hueco del ascensor pidiendo ayuda. “Por favor, ¿hay alguien ahí? Estoy encerrado.” Recuerda la película que ha visto hace pocas noches en la casa de Alicia y Walter. “Socorro, estoy aquí”, chillaba una vocecita vibrante desde una tela de araña. Era una mosca, pero no una mosca cualquiera, ésta tenía una cabeza minúscula de hombre. El engendro era resultado de la imprudencia de un científico que, decidido a experimentar consigo mismo, se había metido en su desmaterializador de moléculas junto con una mosca. “¿Aquí dónde?”, pregunta Isabel acercando la boca a la rendija de la puerta del ascensor. “Entre el primero y el segundo.” “Estaba bajando —agrega la voz— y el ascensor se detuvo, apreté el botón de alarma, pero nadie respondió.” Ella lo calma, le pide que tenga paciencia mientras habla al servicio técnico. En España también se rompen los mecanismos, se producen atascos, cortes de luz, inundaciones, delitos, se maltratan niños, se matan mujeres. Pero hay ayuda, mecanismos de defensa, en este caso una chapa junto al ascensor con el número al que hay que recurrir en caso de desperfecto. Isabel lo marca en su móvil con un poco de desconfianza. ¿Quién va a contestar a las dos y media de la tarde, hora en que el reloj de los andaluces se detiene para dar paso a las tapas, al almuerzo copioso, a la caña o a la copa de rioja, a la mirada perdida en la luminosidad del mar? Pero en instantes una voz responde, toma nota, dice que tardarán media hora en llegar. Mientras le cuenta la novedad al encerrado, descubre otra coincidencia. Recuerda que ha soñado anoche que subía

al piso alto de un edificio por el hueco del ascensor. Por favor, ruega la voz apagada, ¿está sola? Sí, dice ella. Entonces, hábleme. ¿Que le hable? Sí, hábleme de lo que quiera, pero hábleme. Como acaba de recordar su sueño y el oyente es tan anónimo, se lanza a contarlo. Anoche soñé que trepaba por las paredes, dice, como una mujer araña. Es un sueño de angustia, dice él, ¿se enteró de lo que sucedió con el mono? ¿El mono? Sí, el monito de Jaén que se escapó de un apartamento y fue a parar al entretecho de un edificio público. Hasta ayer los bomberos intentaban rescatarlo sin éxito. Tal vez lo vio en el noticiero y eso influyó en su sueño. Puede ser, dice ella, una mujer-mono atrapada entre las paredes de España. También vio una vieja película donde se trata de otro animalito: *La mosca*. Él también la vio, qué casualidad, la pasaron por el canal digital, era estupenda, dice la voz. ¿Sabes qué era lo más absurdo de esa película?, le pregunta con animación y pasando del usted al tú: el pañuelo negro con que el científico se tapaba la cara y la cabeza —la enorme cabeza de mosca que se había incrustado en lugar de la suya— cuando entraba su mujer. Como si esa cortesía fuera más que suficiente para no espantarla. Ese laboratorio instalado en un sótano era de pesadilla, dice ella. Sin embargo, en sus pesadillas la altura siempre está presente, el riesgo de precipitarse al vacío. Y así sucedía en el sueño del ascensor. A medida que trepaba, podía ver los lavaderos internos de cada piso, partes de diferentes cocinas, escuchaba ruido de platos, retazos de una vida rutinaria. Ella seguía su peligroso ascenso sin saber nunca por qué piso iba, hasta que quedaba colgando en una saliente del muro —la arquitectura en estos sueños siempre es arbitraria y absurda—. ¿Pero sabe al menos a dónde iba?, pregunta la voz. Creo que a lo de mi madre, dice ella, al octavo. Había cables colgando, gente que desde las ventanas la podía descubrir. De pronto siente una oleada de calor que le sube por la espalda hasta las mejillas. ¿Qué hace contándole sus pesadillas a un hombre desconocido encerrado en el ascensor? Lo mismo que hace con Alonso escribiéndole cartas. Disculpe que le cuente esto, dice ella, no se me ha ocurrido nada mejor. No te preocupes, la tranquiliza la voz, es muy interesante, cuéntame lo que

quieras pero no dejes de hablar, ¿sabes lo que es estar aquí adentro en la oscuridad?, ¿tú no eres española, verdad? No, argentina, dice ella ¿Quiere que le cuente por qué estoy acá? Me lo imagino, dice él, conozco a varios argentinos en Málaga. Pero cuéntame. Doy clases de español, dice ella. ¿Y tienes muchos alumnos? No tantos. Así que tienes tiempo libre. Uno sueña con tenerlo y cuando lo tienes qué. Pienso, pienso demasiado. No dejo de descubrir coincidencias misteriosas. Por ejemplo, llego aquí, usted está atrapado en un ascensor y yo recuerdo que soñé con ascensores. Muchas veces, dice la voz, las coincidencias se las monta uno mismo, uno ve algunas y otras no. Isabel calla, no quiere contarle que las dos argentinas que conoció en Benalmar tienen un sobrino con síndrome de Down y que las dos sufrieron abusos sexuales. ¿Ella eligió esa coincidencia? ¿Y usted qué hace? Médico, dice la voz. Por eso sé que estoy controlando un ataque de pánico. “Venga”, siga hablando, cuénteme de sus coincidencias. Otra, dice Isabel, es haber trabajado con dos locos, uno tras otro. ¿Dos jefes locos? Bueno, tal vez eso no sea locura, dice la voz. Serían sólo dos cabrones hijoputas, pero de distinta especie, hay muchos por aquí. Yo mismo, si te digo la verdad, soy un poco cabrón con la gente que tengo a cargo. Mira, ya sé que estas cajas de metal no son herméticas, pero lo parecen, aunque el aire entre por todas partes, ¿verdad? Sí, claro, lo tranquiliza ella. Cuéntame más. ¿Eres casada? Pues sí, le dice, hace más de veinte años. ¿Y todavía le quieres? ¿Cómo?, pregunta ella para ganar tiempo. Discúlpame, no es la pregunta que debiera hacerte. Es que este encierro me saca de quicio. Aunque igual, por una vez que se puede hablar, mejor que hablemos. Isabel piensa si será adecuado o no contarle su propio encierro en el balcón, pero la voz se le adelanta. ¿Alguna vez le has hecho daño a alguien, pero mucho daño? Yo sí, dice sin esperar respuesta. Ella se queda en silencio, no quiere escuchar confesiones que después le pesen. La llegada de los dos técnicos del ascensor le ofrece la coartada perfecta. Ya llegaron los técnicos, le anuncia con alivio, después se despide y le desea suerte. Él está muy pero muy agradecido, quiere retenerla, pero ella le explica que no puede, se le ha hecho tarde, tiene que volver a Mundus. Además, y esto no lo dice, lo

piensa mientras remonta otra vez la avenida Galíndez, le da miedo conocer a la Voz Apagada. Tal vez tenga cabeza de mosca.

En el instituto tiene que sustituir a Juancho y dar una clase a una pareja de franceses con su hijo. Asisten al curso —según le han explicado— sólo por Donald. El chico tiene una cara de latinoamericano que contrasta con los ojos azules y la piel blanca de los padres. Son de Arras, él es gerente de un banco y ella médica. Tienen una actitud desmedida de estímulo y de expectación sobre el hijo. Ante cualquier pregunta o propuesta de Isabel, el chico queda paralizado, antes de abrir la boca mira a los padres alternativamente. Es incómodo participar de la escena. Ella se impacienta y le pide que mire y le responda sólo a la profesora. Dime, Donald, ¿qué te gusta hacer? El chico levanta los hombros mientras los padres le susurran instrucciones: “Me gusta es *j’aime*”, dice el padre, “*dis que tu aimes nager, que tu aimes aller au cinéma; que tu aimes aussi la musique, les bandes dessinées*”, agrega la madre. El chico se ahoga en el río de susurros y la mira con ojos extraviados, ella aprovecha para sugerir: ¿Te gusta montar en bici? “No, no me gusta”, dice al fin Donald con coraje. “*Ah oui!*”, repone el padre, escandalizado, “*et ton vélo bleu?*” “No me gusta”, repite el chico, ahora obstinado. La madre cabecea consternada. Y nadar, ¿te gusta?, ataca la profesora. “No me gusta nadar”, dice Donald. “*Mais oui tu aimes nager, Donald!*”, dice el padre en una nueva andanada de tierna indignación. “*C’est moi même qui...*”, empieza a decir la madre, pero el padre la interrumpe y se quedan discutiendo en voz baja entre ellos. Isabel aprovecha para ganar terreno. ¿Te gusta vivir en Arras? ¿Cómo es tu ciudad? ¿Grande o pequeña? ¿Moderna o antigua? “Grande”, responde el chico. “*Grande, treeés bien Donald!*”, se precipita el padre —que ya ha saldado su pequeña diferencia con la madre— y a continuación subraya, desarrolla, amplifica: “*Grande, le contraire de pequenio-pequenia. N’est-ce-pas? No ciudad pequenia, no mediana mais grande. Tu peux dire aussi importante*” —sobreabunda—. *C’est à dire avec beaucoup d’habitants... de commerces... de transports, tu vois?* ¿Grande, importante! ¿cosmopolita!”. La madre aporta su granito de arena: “*Cosmopolite... ¡avenidas, monumentos, escuelas,*

hospitales!". El doble eco que corrige y aumenta no cede. Isabel decide cambiar de estrategia y empieza a llenar la pizarra de verbos. Primero ser y después estar.

El padre se ilumina. En Ecuador, dice, hace más de diez años, cuando fueron a buscar a Donald, oían todo el tiempo una canción que les gustaba muchísimo y que decía: *estás, estás, estás...* Ella reconoce la melodía y le aclara que la letra no es *estás, estás, estás...* sino *quizás, quizás, quizás...* El padre se remueve sobre su silla de satisfacción. ¡Venir a descubrirlo tantos años después! Isabel los imagina entonces, jóvenes, enamorados, con la generosa disposición de los padres adoptivos, y se siente conmovida. Entonces escribe en la pizarra la letra completa del bolero:

*Siempre que te pregunto
que cómo, dónde y cuándo,
tú siempre me respondes:
quizás, quizás, quizás...
Estás perdiendo el tiempo
pensando, pensando,
por lo que tú más quieras,
hasta cuándo, hasta cuándo...*

Aprovecha para explicarles el presente continuo (verbo estar + gerundio) y después se entrega a su propio y volátil presente: envuelta por el entusiasmo de la pareja, termina cantando con ellos a voz en cuello *quizás, quizás, quizás...* Cuando se va de Mundus y pasa junto a la dirección, escucha a la secretaria tarareando en voz baja *quizás, quizás, quizás...*

Hoy permanece oculto. Travestido. Envuelto en brumas a tal punto de confundirse con el cielo y las nubes. Sólo un barquito emergiendo con su proa como un esforzado insecto descubre el engaño. Las gaviotas irritadas lo picotean. Dónde está el mar prometido.

Esa bruma impalpable que envuelve el mar y desdibuja el horizonte se llama calima, dice el camarero. Es otra palabra griega.

Mientras Alicia lee *La Tribuna*, ella termina de escribir.

Después cierra su libreta y empieza a comer las aceitunas del platito que tiene delante. Cada día le gustan más las aceitunas aliñadas con ajo y los boquerones en vinagre.

Alicia deja de leer, está hosca. Urda se ha ido de viaje, Walter intenta un proyecto ambicioso —instalar un flotarium en Benalmar— y ella aceptó un trabajo temporario de camarera. El cansancio y la incertidumbre la hacen infeliz, y la infelicidad agudiza la malevolencia.

—Luis está en Portugal. El cartero loco no te contesta. Vos le escribís, como Jack Nicholson a Mbutu, y él vaya a saber qué hace con tus cartas.

—Me contesta —dice Isabel—, aunque hace bastante que no tengo noticias de él.

—Ahora aparece el hombre del ascensor —prosigue Alicia—. ¿Algún otro fantasma?

—Sí, también está Juancho en Mundus. Con él hablamos de gramática, de lo difícil que es enseñar el subjuntivo y el imperativo. De cómo ellos “han comido”, “han comprado”, “han visto”. Andan todo el tiempo con el pasado a cuestas.

—¿Y acaso nosotros no hemos comido, ni comprado? —pregunta Alicia.

—No, nosotros usamos el indefinido. Comimos, compramos.

—Comprábamos querrás decir.

Isabel baja la voz y se inclina hacia Alicia como si fuera a confiarle un secreto.

—Trato de descubrir el momento preciso en que se deciden a usar el indefinido, pero siempre se me escapa. Porque alguna vez hay que decidir que se acabó, ¿no? “*Fini, balayé, oublié*”, como dice Edith

Piaf.

—Lo pasado pisado, como diría un porteño.

—Sí, el pasado indefinido es más compasivo, es lo que le digo a Juancho cuando hablamos de los verbos.

—Hablan —dice Alicia—. Pero el verbo hay un momento en que se hace carne.

Ella no le contesta. Ese afán interpretativo tan porteño, ¿para qué le sirve ahora a Alicia?, ¿para trabajar de camarera?

—Además —retoma Alicia—, hace tiempo que te lo quiero decir, últimamente no te cuidás nada.

Isabel se mira con culpa las uñas, los dedos acartonados.

No le hace falta mirarse el pelo, sabe qué aspecto mortecino va tomando. Mujeres que se retiran del amor, piensa.

—Si lo del flotarium sale —agrega Alicia—, estamos salvados.

A la mañana recibe un ramo de flores azules. Deben ser del hombre del ascensor, la Voz Apagada. Como no tiene florero, las deja en agua dentro de un balde. Sabe que tienen un nombre extraño, como el de una enfermedad: ¿eclamsias?

Más tarde, cuando va hacia Mundus, se detiene en la florería — floristería— y busca entre las plantas y las flores hasta que descubre las suyas. Se llaman clemátides.

Nunca ha sentido debilidad por que le manden flores. Más bien cierta incomodidad. Sin embargo, bajo el influjo de aquellas flores que resisten sin marchitarse días y días, crece su curiosidad sobre quién y cómo será el hombre que las ha enviado.

Suele evitar los encuentros en el ascensor, detesta esa forzada intimidad, esa fatal disyuntiva entre resistir la tensión del silencio o sostener una conversación agónica hasta la planta baja.

Pero ahora los espera. Estimulada por el tráfico constante de gente que hay en su edificio, se pasa días haciendo elucubraciones

absurdas sobre el tema. Ya que Alonso es tan remiso, tal vez pueda ofrecer a la revista una nota sobre otros encierros, incluyendo los ascensores, así que toma apuntes en su libreta.

El ochenta por ciento de las veces la conversación de ascensor versa sobre el tiempo. En Benalmar resulta una conversación más animada que en los ascensores de Buenos Aires. Los partes meteorológicos de los noticieros son extensos. Cada región de España tiene una vida propia llena de ricos incidentes. El frío, la nieve, los vientos, introducen una enorme cantidad de variables.

La conversación debe durar lo que el viaje, en el peor de los casos doce pisos. ¿Unos cincuenta segundos? Suele empezar con entusiasmo en el punto de encuentro y decae en cuanto se aproxima el momento de separarse. Para ese último tramo convendría reservar una frase salvadora, un comentario breve que ayude a llegar hasta la planta baja, rematar con el buen día o el saludo que corresponda. (O todo lo contrario. Dejar un enigma como última frase.) Habría que ensayar retazos de conversación de duración variable. A veces, en un plazo breve, sucede un milagro, la conversación se despliega de forma acabada, tiene incluso un final brillante, se vuelve una pequeña obra maestra.

El ascensor atrapa, como en una red, un conjunto arbitrario de personas. Desde dos compañeros hoscos y silenciosos hasta grupos animados y contrastantes. Mujer con cochecito, hombre con paraguas, vieja con carro de la compra, chico con perro, operario con herramientas, etcétera. Hay composiciones que prefiguran un pequeño drama —o una comedia—. Quien esté alerta podrá sentir, inmovilizada, la tensión de lo posible —dados dentro de un cubilete—. Después, piso a piso, el ascensor abre sus puertas, va disolviendo las historias latentes.

¿Podrían aquellas relaciones fugaces aspirar a más? ¿Sería posible para un hombre enamorar a una mujer en esos escasos y arbitrarios momentos? ¿Qué frases exactas debería decir? ¿Qué concentración de sentimientos y de atractivo debería proyectar para tocar su corazón? ¿Cómo forzar la intimidad externa que proporciona el ascensor para que suscite una intimidad equivalente, pero interior?

Historia posible: la de un amor condenado a ser siempre interrumpido por la llegada al piso de ella o de él, un amor que estaría pendiente de una botonera.

Cada vez que sube al ascensor con un hombre, Isabel se pregunta cómo podrá descubrir al personaje misterioso. Seguramente él está avergonzado de su miedo, intentará no darse a conocer.

Algunos comentarios serían capaces de revelar su identidad. No bastaría con hablar del tiempo. O tal vez sí, pero de forma sincera, declarar que le gustan los días grises y la lluvia, que está harta de tanto sol y tanta luz, que ama el olor a ozono y las tormentas ruidosas y formidables de su tierra.

Lo que obtiene, por lo general, es una respuesta de compromiso. Tal vez haya que avanzar con una frase desafiante, ¿usted tiene claustrofobia?, ¿sabe que el otro día se detuvo el ascensor entre dos pisos? O ¿sabe dónde puedo encontrar una florería que venda clemátides azules?

Semana Santa en Benalmar no es tan brillante como en otras ciudades del sur, sin embargo todos los días hay procesiones y por las noches las calles huelen a incienso. La cuestión principal consiste en sacar las imágenes religiosas de las iglesias, llevarlas por la ciudad según ciertos recorridos y luego volver a guardarlas. Mahoma yendo hacia la montaña.

Isabel y Alicia van una noche a la Iglesia de la Encarnación de donde ven salir un Cristo crucificado. El momento culminante es cuando los costaleros que cargan con la efigie se ponen de rodillas para poder sacar el crucifijo ya que el madero vertical es más alto que las puertas de la iglesia. Es una prueba de destreza que arranca aplausos del público. Como subirse a un palo enjabonado, dice Alicia.

Pero se emocionan con el cante desgarrado de una saeta desde los balcones del ayuntamiento.

Detrás del Cristo viene una Virgen, de cara preciosa y lágrimas de perlas.

Pese a su aflicción, estrena un manto nuevo. Hace meses que los cofrades la preparan, dice Alicia, lo leyó en *La Tribuna*. Lo mismo con el dibujo y los colores de los claveles que le sirven de marco.

Isabel mira el manto celeste bordado de canutillos y lentejuelas. Como los trajes de los toreros y las casullas de los curas, dice, y recuerda la vitalidad de las mercerías de la calle Pontejos. Como las paredes de Urda, agrega Alicia. Grupos de cofrades con sus capirotos negros acompañan las imágenes, recorren las calles con paso lento y pesado. Cada tanto, cuando hay que doblar en una esquina o detenerse un instante, se oyen las instrucciones del que dirige la maniobra y se perciben los movimientos de los hombres que van debajo, soportando el peso de las efigies. El clima religioso se resquebraja un poco: no hay milagro, sólo el esfuerzo brutal de aquellos estibadores de la fe. Sin embargo, la banda, las bujías, las flores, el incienso, las caras dolientes de las imágenes empiezan a producir un efecto de sopor en el alma de Isabel.

Unas horas después, cuando la procesión ya se ha disuelto, ve a un encapuchado sacarse el capirote. Deja de respirar por un momento, ¿a quién verá aparecer? Tal vez a un monje cruel de la Inquisición o a un miembro del Ku Klux Klan. Pero nunca a aquel muchachito de anteojos redondos y mirada de niño. Otros se sacan la capucha, más chicos que se ríen y fuman y toman cerveza.

Igual que los capirotos, los nombres de las cofradías, las palabras, conservan su pavoroso poder. Isabel ha escrito algunos en su libreta.

Cofradía del Santísimo Cristo de la Agonía, del Carmen Doloroso, de Jesús Despojado, del Santo Sepulcro, de la Divina Mortaja,, de la Faz Doliente, de la Corona de Espinas, de la Dolorosa Llaga, del Santo Padecimiento, de la Expiración, de la Buena Muerte, de Jesús atado a la columna, de Cristo resucitado.

Que no se deje impresionar, dice Paco, que las cofradías son como los equipos de fútbol. El Madrid y el Barça, el Depor y el Celta. Qué sentimiento religioso ni qué narices: todo es competir.

¿Y el Rocío? El Rocío y las Romerías: beber y ligar, dice Paco. Del amor religioso al humano. De alguna manera hay que follar, ¿no? Todo el dolor se queda en las palabras.

Es domingo a la mañana y acaba de hablar con Luis. La obra que dirige en la costa portuguesa avanza con regularidad. Él espera que suceda algo a cada momento, que se queden sin dinero, que se descubran irregularidades en la licencia, que los gremios entren en huelga, que algún tío huya con el fondo fiduciario, pero nada de eso sucede. Luis teme acostumbrarse a esa normalidad. Ella lo tranquiliza. Mientras esté ganando dinero, sosteniendo a Mati, tiene que ayudarlo.

También habla con su madre, que le cuenta los detalles del último secuestro de Buenos Aires. Ya les han mandado a los padres dos dedos del chico secuestrado. Al parecer los delincuentes se han equivocado, la familia no tiene mucho dinero y están desesperados. Como ella con los dientes, dice la madre, todos esperan con impaciencia la llegada del próximo dedo, o de una oreja. Pero tiene una buena noticia: su hermana Fifa consiguió entregar el living de su casa a un taller de diseño y ahora puede vivir más tranquila. La suerte de tener una casa en Palermo Viejo, el barrio de moda. Ya son muchas las familias que se repliegan hacia el fondo y alquilan su garaje o su living a tiendas sofisticadas. Con ese dinero consiguen sobrevivir. Como ella le guarda a Fifa varias cajas con objetos, también le toca un poco de esa bonanza. Por eso le está hablando por teléfono.

Cuando corta, Isabel se sienta en el balcón a leer el diario confiadamente —su puerta ya no podrá cerrarse y traicionarla—. Escucha a Pilar que se asoma desde la medianera y la saluda. Después, desde esa perspectiva incómoda, echa una mirada compasiva a sus pocas plantas.

—Oye, guapa, tu helecho necesita terapia intensiva.

—Y yo, Pilar.

—Vente a tomar una cañita.

Lo del helecho es simbólico, le explica ella, mientras toman

cerveza.

Cuando lo compró, le lanzó un desafío: si él vive (sabiendo que el helecho no es fácil), si se adapta a ella, significará que también ella puede adaptarse a Benalmar.

—Pero ya ves, Pilar.

—Chorradas —dice Pilar—, si un helecho no vale “na”.

¿Sabes cómo se arregla eso? Esta noche lo tiras a la basura, mañana por la mañana vas al mercadillo y compras un helecho nuevo, más grande y más verde, y santas pascuas.

—Mira si vas a dejar que la planta decida por ti.

Ella se queda en silencio, bebe su cerveza.

—Ahora, si quieres irte a Buenos Aires, es otra cosa.

Pilar se agita y se calla. Después le hace la pregunta fatal:

—Pero, tú, ¿qué quieres?

¿Qué quiere? Lo imposible, ser joven, estar enamorada, vivir en su país, pero que su país sea próspero, consistente, amoroso, que reconozca su historia y la arroje, pero para eso haría falta tanto tiempo y, aun así, tal vez sea imposible, el país de ella ha nacido del hueco y con el hueco, y el hueco probablemente sea, como ha sido para ella, ineluctable, y por eso ella quiere volver a él con todas las fuerzas de su corazón y al mismo tiempo lo detesta para siempre, con toda la fuerza de su corazón. Y dale con el corazón partío.

—Y si quieres, llévate otro tomo de la Sopena —dice al fin Pilar—, pero yo que tú me ponía guapa, me iba a dar un paseo y a tomar copas. Déjate de melancolías, hija, aprovecha mientras tengas aire.

Pilar le ha prestado un pequeño televisor que no usa, de manera que muchas veces, cuando tiene poco trabajo en Mundus, se deja caer durante horas en el letargo televisivo. Las mañanas, ha observado, son los horarios de los préstamos. Varias financieras ofrecen dinero fácil. También es el horario preferido de los productos para ser más

saludable, más joven, más delgado. La esperanza, las buenas intenciones, son matutinas. La noche induce al abandono, a la aceptación del fracaso y al olvido transitorio del sueño. En los programas periodísticos del mediodía todos discuten a los gritos y superponiéndose, es muy difícil seguirlos. Además, a ella los sucesos políticos de España le llegan amortiguados. Como si fuera otro culebrón, retiene más los detalles que el fondo de la cuestión. Por ejemplo, la forma de injuriarse de los parlamentarios llamándose siempre “su señoría”: “su señoría, es usted un tráfuga”, “su señoría, es usted un mentiroso, un ignorante o un cínico”.

Después de las dos de la tarde se inicia el reinado de la tele basura. Ha visto y oído cosas atroces. Homosexuales que se declaran por televisión a su jefe. Mujeres que lloran porque no tienen dinero para hacerse pechos enormes como los de sus amigas. Madres que imploran a sus hijas que las quieran e hijas que les responden con insultos soeces. Pero por encima de esas ruindades domésticas, la estrella es el morbo sanguinario que echa mano de las imágenes más jugosas, provengan de donde provengan.

Esa tarde está escuchando a un periodista que comenta emocionado que “al fin se conoce el nombre de la bacteria que anida en el estómago de Rocío Durcal”. Y lee el nombre de la bacteria. Todos celebran la noticia. Al fin los televidentes podrán introducirse en el interior de los órganos de sus estrellas favoritas, intimar con sus bacterias.

Así está, en estado opa, cuando suena el teléfono y le habla Alicia. No se trata, esta vez, de ayudarla con ningún contenedor. El acto va en sentido contrario, en el de cierta prosperidad. Al parecer, Walter está por conseguir el crédito para el flotarium. Sería el primero de Benalmar, un gran negocio. Ella podría ir avanzando con los nombres, el eslogan y alguna idea de folleto. Después, si las cosas salen, le darán un trabajo fijo, seguro, aunque no tenga los papeles. ¿Qué le parece si se encuentran para hablar y, de paso, la acompaña a comprarle un regalo a su amiga Evelyn?

Se dan cita en la puerta principal del Benalmar-Center, donde están concentradas todas las tiendas de la avenida Trapiche. La novedad es que acaba de abrir Mara Home y allí van. Recorren, embobadas, la variedad de cortinas, sábanas, cubrecamas, manteles, mantas, todo es suntuoso y exquisito, ¿Cómo sería poder comprarse todo eso? Dormir bajo esos acolchados de seda, ver el cielo a través de esas organzas, comer sobre esos manteles bordados. Por primera vez, desde que está en Benalmar, Isabel añora algo más que la estabilidad, añora la riqueza, una riqueza sólida y estable, sin amenazas. Isabel y Alicia hacen su vía crucis por el enorme local, miran y tocan todo, preguntan los precios que, en la mayoría de los casos, no figuran en las etiquetas, van bajando de precio en precio, hasta que Alicia da con algo que está a su alcance, un regalo posible para Evelyn: un delantal-repasador. Salen de Mara Home abatidas.

Isabel, frente a un espejo, mira sus jeans, su chaqueta negra con los codos brillantes, su cartera descosida en los bordes. Después la mira a Alicia.

Antes de que haga ningún comentario, Alicia se defiende:

—No somos tan pobres —dice.

—Peor —dice ella—. Somos clase media empobrecida, con gustos de clase media alta.

—Tratamos de sobrevivir —dice Alicia—, como la mayoría de los argentinos que están en España.

—Pero la mayoría —insiste Isabel— son camareros, cocineros, dependientes. Somos los nuevos gallegos.

Se quedan las dos calladas. Piensan en su ínfimo lugar en la economía del mundo. Piensan en los contenedores de basura. Pero también en que pueden, al menos, entrar a Mara Home. Pueden mirar y tocar. Pueden incluso comprar un regalo, aunque sea un repasador.

Todavía están del lado de adentro, hasta es posible que en un tiempo sean residentes legales en España.

Pilar baja con ella en el ascensor, le cuenta que la tarde anterior, de camino a Málaga, ha visto un accidente en la carretera. Casi todos los días hay uno, dice Isabel, la gente tiene prisa por llegar al mar, por sentirse vivir y se mata en esa pasión, ayudados por el alcohol y la velocidad. Pero esta vez, hija, dice Pilar, se trataba de la moto amarilla de un cartero, no ha visto al hombre, pero sí las cartas desparramadas sobre el pavimento y ensangrentadas. ¿Te imaginas recibir una carta con manchas de sangre? Cuando llegan a planta baja, Isabel abre con aprensión su casillero. Encuentra la factura de Telefónica (la “fractura” la llaman con Alicia) y, después de un tiempo largo de silencio, dos cartas de Alonso.

No hay manchas de sangre, pero una de las cartas está muy arrugada, como si la hubieran doblado varias veces de maneras distintas, y parece incompleta, tal vez le falte una página.

Te imagino Isabel tratando de decidir a qué modelo de derrotado pertenece el tal Alonso. Cómo llegó a burlar a una institución tan inmovible como Correos de España. (Y eso que nada sabés de mis años en Italia.) Cómo le fueron confiadas a este linyera las preciosas facturas de luz, agua y comunicaciones, los giros y cheques postales, las notificaciones jurídicas, las pequeñas estafas de bancos y tarjetas. En fin, por qué estoy aquí.

(Los que no queríamos competir, ni “ser alguien”, ¿alienes?, no tener diplomas ni álbumes de fotos familiares, ni acolchado nórdico, ni tarjetas de débito o crédito, ni entrar en círculos cerrados u óvalos para adquirir un auto, ¿a dónde debíamos emigrar? ¿Cuál es el país de los linyeras?) Mejor hablemos del Níspero, que según veo, te asombra.

También está el Día de las Migas, del Ajete o del Aguacate, con todo más respetables que nuestro día nacional: el Día del Arquero o el Día en que las Vacas Vuelen. Además está la sociedad de damas defensoras del peinetón y la bata de cola y los belenistas: mientras ellos cubren de pajillas el pesebre, esculpen caras en miniatura para el niño, miradas virginales para la virgen, esas menudencias, España manda tropas a Irak, entran en guerra. Y no se enteran.

Todo ese plumaje no es sólo espesor cultural, son funciones para el turismo, guiris que se dejarán tirar tomates en la tomatina y hasta quebrar algún hueso en los sanfermines, que acompañan el regocijo de los que arrojan corderos desde los campanarios —entrenamiento para arrojar después mujeres de los balcones—, la crueldad antigua en escena, muy preciada para sentir por unos instantes el soplo de la vida.

En la segunda carta tampoco hay sangre. Pero hay un extraño pedido.

No es fácil lo que voy a pedirte. A lo largo de los mensajes que nos hemos cruzado, un poco inconexos, un poco disparatados, algo, sin embargo, se ha tendido entre nosotros. Por eso te voy a hacer este pedido. Además es la única posibilidad que me queda. Vivo, vivía, en la calle Quinto Centenario, número 32, junto al barrio de los gitanos, donde Benalmar pierde su lustre, se impregna del olor constante de la fritura, muestra su virtud en la ropa limpia tendida en todas las ventanas. Primer piso, letra A. La llave está hundida en la tierra de una palmera que está en la entrada. En el salón hay una estantería, en la estantería un libro: Málaga, su tierra y su gente. Dentro hay una carta para mi hija Lucía. Lo dijo Wilde de manera extraordinaria: quien tiene hijos entrega rehenes a la fortuna. Si esa carta le llega, todo podría tener algún sentido. Lo que te pido no tiene riesgo, en nada te compromete, ya que nada sabés de la historia. A cambio te ofrezco algo: cambiar mi decisión respecto de aquella notas. Escribilas. Te adjunto una autorización firmada para que publiques lo que quieras. Hacé tu invención, un reportaje imaginario. Cualquier versión puede ser tan verdadera o tan arbitraria como la verdadera. Yo aceptaré la que sea. Podés incluir todas esas especulaciones que me comentaste en su momento. Con lo repugnante que está el mundo, a la gente le va a gustar tu cartero sensible.

Mi proceso entra ahora en una etapa más complicada. Me trasladan.

Te deseo suerte.

Alonso

Alicia llega radiante y casi antes de sentarse le dice que lo del flotarium se hace.

Alonso y su inquietante pedido pasan a segundo plano y durante más de una hora, en La Estrellita, hablan de la empresa. Alicia le explica el tema de las sales, la proporción necesaria para crear una solución similar a la del mar Muerto. Gracias a esa densidad, al sumergirse se pierde la noción del peso del cuerpo. Desaparecen todos los estímulos que habitualmente te bombardean: luz, sonido y gravedad. Disminuyen las reacciones químicas negativas y se produce en cambio una relajación profunda. Cuando se despiden, Isabel se siente casi flotar. Al fin vamos a tener un trabajo fijo, ha dicho Alicia. Vuelve caminando por la avenida, puede descartar la idea perturbadora que le propone Alonso, si tiene un trabajo fijo, un sueldo razonable, durante ocho meses, un año, puede juntar el dinero que necesita y volver. Se acabaría la pesadilla. La idea le alivia el corazón de tal manera que se pregunta incluso si no debe volver, aunque no consiga juntar ese dinero.

Durante los dos días siguientes trabaja con entusiasmo: escribe tres modelos diferentes de folleto para el flotarium, un listado de nombres posibles y varios eslóganes. Propone también una idea de promoción que consiste en enviar una pequeña almohada de agua por correo. Cada tanto piensa en Alonso, en su pedido. Pero el flotarium es el centro de sus preocupaciones. Tiene tanta ansiedad que al atardecer pasa por lo de Alicia y Walter. Como el portal está abierto sube hasta el primer piso y toca el timbre. Nadie contesta. Sin embargo, Isabel tiene la sensación de que hay gente en la casa, le parece escuchar un cuchicheo tras la puerta. Tal vez ella haya estado indiscreta y no la pueden atender en ese momento. Desliza el sobre con el trabajo por debajo de la puerta y se va.

No hay nadie en la playa. Sobre el mar, una barca pesquera con dos hombres. Se mueven con lentitud, aceptan la naturaleza con pasividad. Se entiende esa insistencia de los pintores en querer reproducir barcas en el mar. Terminan por formar una misma cosa. Una misma luz, un mismo movimiento dentro de la misma quietud. Es difícil pensar que el mar haya sido creado sin barca y sin pescador, más bien parece, el mar, creado a imagen y semejanza de

la barca y su pescador.

Está sentada sola en La Estrellita, esperando a un grupo de alumnos con los que ha quedado en una clase informal de conversación. De pronto ve avanzar hacia ella, corriendo con los brazos abiertos, a Luciana. Hace meses que no se ven, el trabajo nocturno las había separado. Se encuentran como dos náufragos, se abrazan y se ríen, recuerdan los días que han pasado juntas trabajando para Marcos en Art&Co. Luciana está muy contenta: no sólo tiene ahora un novio alemán, ebanista, que le ha prometido casarse con ella para resolver el problema de sus papeles, sino que además ha recuperado la normalidad, ahora trabaja como secretaria de un dentista. Es un dentista especial, le aclara, tiene mucha clientela, porque además de arreglar los dientes hace una cierta terapia. Qué es una “cierta” terapia. Él dice que en los dientes puede ver los fracasos de cada uno. ¿Un dentista astral? ¿Como Urda con la decoración? No, el punto no son los astros, es más bien la autoayuda. Cuando uno se arregla los dientes puede tomar conciencia de sus errores, aprender de sus fracasos. ¿Y entonces un puente duraría más? Isabel se pasa la lengua por el hueco de una muela faltante, el fracaso del '76 piensa, después por una corona despegada en los últimos meses, el hueco de Benalmar 2002, y por último, tiene allá en el fondo una muela partida, como su corazón. Pero a Luciana qué le importa, el tío es agradable, le paga bien, la ayuda a conseguir los papeles y ella le sigue un poco la corriente. Isabel le habla del flotarium, aunque los días siguen pasando y no tiene noticias de Alicia y Walter. También le cuenta la historia de Alonso. Alonso es más raro que mi dentista, afirma Luciana.

La llegada de los alumnos disuelve el encuentro.

Como están frente al mar y todos se sienten exultantes, Isabel les propone como tema las exclamaciones. ¡Qué rico! ¡Qué calor! ¡Qué estupendo! ¡Qué aburrido! ¡Qué guapo! Hacen una rueda de conversación. Uno tiene que hacer un comentario al que otro pueda responder con una exclamación. “Perdí mi cartera”, dice Mugar. “¡Qué coñazo!”, dice Martha, que ya domina el andaluz coloquial. “Voy a

comer una tarta de manzanos. ¡Qué rico tarta!", exclama Ulla. "Ayer chocaron dos trenes en Zaragoza", dice ella. "¡Qué estupendo accidente!", dice Klaus. Ella explica que un accidente no puede ser estupendo y que la torta no es de manzanos sino de manzanas. Todos toman cerveza y la clase se relaja por completo. ¡Qué boquerón guapo! ¡Qué camarero barato! ¡Qué pantalón perro! ¡Qué cojonudos zapatos! "¡Qué disparate!", exclama ella a cada minuto y todos se ríen. "Nos gusta mucho decir los disparatos contigo", dice Klaus muy serio.

— Abrieron el flotarium, Estela.

— ¿Y cuándo empezás?

— No empiezo, no me llamaron nunca.

Hay un silencio prolongado del otro lado de la línea. El tiempo que se tarda en encajar las malas noticias, alguna vez alguien debería medirlo. Por fin Estela reacciona.

— ¿Hablaste con ellos?

— Con Alicia, dos minutos. Siempre está ocupada. Me dijo que por ahora no pueden. Que más adelante hablamos.

— Tal vez prefieren tomar a un español.

— ¿Por los papeles?

— Más bien por los descuentos.

— ¿Cuál es la diferencia?

— No mucha. Pero en esa ciudad donde vivís siempre pesa más el dinero que la amistad. Benalmar está llena de esas historias.

Isabel corta y la palabra cae sobre ella irrefutable: traición.

No puede creer que la hayan descartado así, que le esté pasando lo que le está pasando.

Las cosas, desde que estoy en España, pasan (¿me pasan?, ¿a mí?) de una manera distinta de cómo lo hacían antes. Aquí, parecen precisamente "pasar" de mí, suceder solas, al margen de mi conciencia y mi voluntad.

Resultan así no partes de algo, o sea de una vida, sino fragmentos que flotan a la deriva, como si faltara, debajo de todos ellos, la trama, el sustento sobre el que se tejen y se anudan. Tampoco el orden cronológico parece funcionar correctamente. Yo las miro —estas cosas o partes de cosas— con curiosidad, como un entomólogo contando las patas de un insecto.

Son las cuatro de la mañana y, aunque es casi imperceptible, reconoce el sonido algodonoso de una toalla contra el suelo. La palabra traición la persigue.

Ella no quiere —ni puede— agujerear la pared del baño o la cocina y menos que menos gastar en herrajes que luego debería abandonar. Por eso ha colocado contra los cerámicos ganchos a presión. La pequeña sopapa plástica no resiste el esfuerzo constante, con los días su voluntad de adherencia se debilita y deja caer sordamente toallas o repasadores.

Su vida en Benalmar está llena de estas metáforas nimias. Pero además de recordarle lo precario de su existencia, cada renuncia de los ganchos, cada desperfecto, le despiertan una furia impotente contra los fabricantes, por qué insisten en vender un sistema que no funciona, otra estafa, como el acertijo. Todas basadas en la fatalidad de la ilusión. Una y otra vez los pobres hombrecitos caen en la trampa: tónico para hacer crecer el pelo, Golding Mask, vibrador muscular adelgazante, prácticos ganchos a sopapa. Trabajo estable en un flotarium. Amigos del alma. Hay ilusiones para todas las expectativas, para todos los grados de escepticismo. El instinto de organización y el mecanismo de desear parecen interminables. Casi como para creer en algún dios.

Trata de alejar de su mente la imagen de la toalla húmeda y arrugada contra el piso, trata de alejar la palabra traición.

Está parada frente a la puerta que lleva la letra "A", del primer piso de la calle Quinto Centenario. La voz desgarrada de la niña Pastori sube potente por el hueco de la escalera, disipa toda estrechez:

*Y cada día te quiero más,
si alguna vez pierdo tu querí...*

ay, yo no sé... no lo quiero pensar...

una moneda tiré yo al agua

y mi deseo se enamoraba...

Toca el timbre y nadie contesta, tal como estaba previsto. Mira hacia el macetón de terracota donde sobrevive una palmera mustia. El próximo paso convenido es desenterrar la llave, para eso lleva una cucharita dentro de la cartera. La saca y la aprieta en la mano como si fuera un arma. Ruidos en la escalera. Un chiquillo sube a los saltos y chillando, detrás viene una mujer arrastrando la bolsa de la compra y regañándolo. Que no corra así. Que luego se cae y se rompe los dientes. Isabel se queda inmóvil, ocultando la cucharita. Hola, dice la mujer cuando la ve frente a la puerta. Por la edad, debe ser la abuela del chico. La mira con curiosidad pero sin gota de desconfianza. ¿Busca al profesor?, pregunta. Isabel hace un gesto de asentimiento. Hace tiempo que no le veo, dice la vecina. Supone que se ha ido de viaje. ¿Pero ha dicho el profesor?, pregunta ella. Sí, profesor de lengua y de historia, le dice, lo ayudaba al chavalito el año pasado. Pero, ¿y el Correo? Verdad, dice la vecina, él hacía a veces alguna suplencia, en los veranos. Si no lo encuentra y quiere dejarle un recado, ahí está ella en el tercero B, ¿vale? Cuando la vecina desaparece, Isabel vuelve a empuñar la cucharita y cava en la tierra reseca del tiesto, casi enseguida choca con el borde metálico de la llave.

No puede creer lo que está haciendo. Lo que hizo. Porque ya está dentro de un salón estrecho y penumbroso, con el corazón a los saltos. El aire está quieto y denso, atrapada en una pecera, piensa Isabel, mientras intenta dominar el miedo. Hay pocos muebles: dos sillas junto a una mesa redonda, un sofá con una manta de colores vivos, una mesa baja. Todo parece ordenado y nítido. Contra una pared hay un almanaque del Museo del Prado y un afiche de John Coltrane. En la pared opuesta un cuadro abstracto, pequeños trazos de color que componen un paisaje urbano, podría ser Buenos Aires. Bajo el cuadro, la estantería. Isabel avanza con precaución como si algo pudiera estallar a cada paso. Se acerca a la estantería. Así que profesor. Hay dos

fotos enmarcadas: una niña de mirada divertida, con un solero a cuadritos y el dedo en la boca, otra de un hombre de unos cuarenta años, ojos oscuros, bien parecido, tan argentino. ¿Alonso? A su lado una chica de dieciséis o diecisiete años, vestida de fiesta, radiante, con los mismos ojos divertidos de la chiquita. La hija. Junto a los dos retratos, apoyado allí al azar, un objeto que parece aguardarla desde hace meses: un adaptador con todo el aspecto de ser el que necesita para su ordenador portátil. Lo mete en su cartera sin pensarlo demasiado. Después recorre los lomos de los libros buscando el de Málaga: Onetti, Fanon, Jauretche, *Poetas ingleses contemporáneos. Antología*, la abre, está llena de subrayados y notas manuscritas en lápiz, un diccionario de inglés, los dos tomos de la Real Academia Española, algunos lomos blancos de la colección de Narrativa de *El País*, *Memorias* del general Paz, varios de historia argentina, y en el extremo *Málaga, sus pueblos y su gente*. Lo retira y lo abre, en el centro está el sobre: Lucía Cichero y una dirección. Isabel guarda el sobre en su cartera y vuelve a meter el libro en el estante, entonces ve *Rayuela*, un nuevo descalabro en el pecho, la misma edición que ella tenía, Sudamericana, tapas negras. ¿Y si fuera el de ella? ¿El que abandonó al azar? En ese caso tendría que tener su firma y el año en la primera página, igual que todos sus libros. No se atreve a tocarlo. Lo mejor es irse rápido de allí. Vuelve hacia la puerta, apoya el oído para asegurarse de que no haya nadie cerca, abre y cierra tras ella. La niña Pastori, sigue cantando mientras corre escaleras abajo:

Ay a la una a la dos y a las tres...

jugaba la luna... que yo lo soñé

bailaba desnuda y se bañaba en el mar...

Qué locura, va pensando mientras baja apurada hacia el mar, ¿por qué está haciendo eso? ¿Acaso se siente identificada con Alonso? ¿Una especie de hermano en la desgracia? ¿Una biblioteca parecida a la suya, con un *Rayuela* de tapa negra de Sudamericana? ¿Por curiosidad, por soledad? ¿Por qué Alicia y Walter la traicionaron?

¿El adaptador no es acaso una señal? Cuando llega a Dinamarca, vacía su cartera sobre la mesa, tiene la llave y la carta: un sobre de papel madera, cuadrado, que en el frente pone "Lucía Cichero, Pedro Goyena 5345 (1123), Buenos Aires".

El correo de la calle Trinidad es el único de Benalmar.

Siempre está lleno de gente y los trámites son lentísimos. Ella tiene el número 87 y van por el 78, de manera que tiene más de diez números para seguir pensando. No sabe quién es Alonso ni por qué lo está ayudando. Pero tal vez esté siguiendo el rumbo correcto ya que, cuando cree saber, no hace más que equivocarse. Le falta apenas un número cuando se le ocurre la idea: está en la pista equivocada. Intenta abrir, con la llave del portal "D", el portal "A". Alonso está camuflado como los animales de la selva de los que habla don Rafael. Preso por otro motivo que no tiene nada que ver con ser cartero ni con ese gesto de sembrador de fragmentos de cartas en la carretera de Ojén. Más de una vez menciona la guerra. ¿Estará metido en el tráfico de armas? Armas, espionaje, corrupción. Lo más probable es que nunca lo sepa, tal vez ni siquiera pueda imaginarlo. Pero el tema de las cartas es una escena montada. Lo que se llama "una cortina de humo". Alonso es profesor de español, o de historia, algo parecido a ella, con una biblioteca parecida a la de ella, con una edad parecida. Se queda en Babia frente al empleado que le pregunta "¿simple o certificada?". Hasta puede haber sido, Alonso, un compañero de la Facultad. "Certificada, por favor."

Una vez que envía la carta, llama a la revista y pide hablar con Carmen. Sabe que ha pasado demasiado tiempo, pero igual hace un intento por volver a interesarla. Le dice que ahora sí, que se está escribiendo con Alonso y él la autoriza a contar su historia. No harán entrevistas personales, pero él se compromete a pasarle información por carta. ¿Qué le parece? Por lo que ya sabe es muy interesante, llena de detalles asombrosos, dice Isabel. Cree que podrá escribir, por lo menos, tres notas. A su entusiasmo responde una larga pausa y, al final, la negativa. "Mira, guapa, ya ha pasado demasiado tiempo. Te lo

previne, a veces las cosas salen y a veces no. Si aparece otra cosa te llamo. ¿Vale?” Vale, repite Isabel, respondiendo también ella a la ley selvática de la mimesis.

Vale un carajo, piensa después. No vale nada. Está terminando de masticar la negativa cuando el teléfono vuelve a sonar. Es su madre, para decirle que ha llegado al fin la famosa carta del Consulado: tiene que presentarse en Buenos Aires el día 16 de octubre. Después de casi dos años de espera, España le dará un permiso de residencia y de trabajo.

Isabel abre el maletín negro de su ordenador, desenrolla el cable y ensarta en su extremo el adaptador de Alonso. Después acerca la ficha transformada al tomacorriente español, allí donde está el verdadero problema: el toma es redondo y cóncavo, está hundido en la pared y presenta un hueco que hay que llenar con el tamaño justo. El adaptador de Alonso, como el zapatito de cristal de la Cenicienta, se desliza sin esfuerzo dentro del hueco y se acopla a él con perfección.

Isabel ve iluminarse la pantalla de su ordenador como si fuera su cerebro, al fin lúcido y potente. Empieza de inmediato a escribirle una carta de agradecimiento a Alonso.

¡lonso!

¡Quílgri, hbr ncontrd n su cs un dptdor qu l fin m siro!

Disculpm pro no pud rsistir l tntción de llormlo, t lo dvolvr si lo ncsits...

El teclado, cansado de su inactividad, está duro y le escamotea las “a” y las “e”. Isabel golpea con fuerza hasta que se lastima los índices acartonados.

Resolver un problema es sólo el primer paso para abocarse a uno nuevo: ahora tiene que hacer limpiar el teclado y las Mac no son ordenadores muy comunes en Benalmar. Cierra el maletín negro y empieza una nueva carta a lápiz.

Te escribo, Alonso, en un día importante para mí (mi Día del Arquero).

Dentro de un mes me voy a Buenos Aires a buscar la visa. Voy a ser legal. Lo que no impide que mi ordenador siga tartamudo, pese a haberme llevado de tu casa un adaptador.

Cuando termina la carta sale de su casa y le toca el timbre a Pilar. La atiende un joven musculoso y con los brazos llenos de tatuajes. Por el aspecto, debe ser ruso o lituano. “Tú Isabel”, le dice con alegría. “Julia en ducha, tú esperar”. Él es Danius. “¿Eres lituano?”, le pregunta Isabel. “Soy Benalmar”, responde el lituano. Isabel no puede con su profesora de español y lo corrige: “estás” en Benalmar pero “eres” lituano. No, no, niega él con convicción. “Soy Benalmar.” Mira, explica Isabel, cuando dices “soy”, dices algo que forma parte de ti para siempre, ¿entiendes?, y pone las manos sobre su corazón. Danius también pone sus manos sobre el corazón, “soy Benalmar”, “Benalmar trabajo”, “soy donde trabajo”, remata.

Nada de secretos de infancia, de familia, de amigos entrañables. La patria es donde comes. Danius lo ha resuelto de un plumazo. De manera que Luis es portugués, Mati americano y ella mitad española y mitad nada.

Cuando Pilar aparece, envuelta en un albornoz, él se retira con discreción.

Hija, dice Pilar con un poco de vergüenza, Danius me necesita, no te creas que me engaño. Pero yo lo necesito a él. Cuando te queda tan poco aire como a mí, mejor te cagas en los prejuicios, ¿no crees? Isabel la abraza. En los últimos días, desde que piensa que se va a Buenos Aires, se da cuenta de que quiere a España. No sabe cuándo ha empezado aquello, pero allí está palpitante, en el afecto vivo que siente por Pilar, por Paco, por Juancho...

—¿Pero te vas para siempre? —le pregunta Pilar espantada—. ¿Ahora que ya tienes los papeles?

—No lo sé —dice Isabel.

Por ahora lo único seguro, dice, es que va dejar el departamento. No puede pagarlo durante el tiempo en que esté afuera. La mitad de

sus libros y de su ropa irá a Buenos Aires por barco y la otra mitad quedará en Benalmar. El corazón partió. ¿Ella podría guardarle una maleta?

—Y dos también, guapa. Y cuando vuelves, te ayudo a buscar piso, aquí cerca, que tú eres mi vecina.

—¿Y Luis qué dice?

Luis está de acuerdo. Seguirá trabajando en Portugal, enviando dinero para las madres y para Mati. Ella apenas si estaba sobreviviendo. Tal vez, sola, pueda conseguir un trabajo en Buenos Aires.

Hola Isabel:

Por primera vez, una carta de Alonso con un encabezado.

Esta hoja con anotaciones personales tuyas me debe haber llegado por error. Tal vez no debería mencionártelo. Pero a estas alturas (o bajezas) de las cosas, ya no importa. Sólo quiero decirte que la mejor respuesta al hueco, es el hueco mismo. Meterse dentro de él. La única, no diré felicidad, sino conformidad al menos, está allí.

Alonso

PD: Tirá el adaptador. Seguí escribiendo con papel y lápiz.

Junto con la carta, doblada, la hoja donde Isabel un día dibujó una espiral y anotó “el hueco”. Isabel la guarda en una carpeta, junto a todas las cartas que recibió de él. Ésta tiene un tono sombrío, pero ella está distraída, entregada a la euforia del viaje.

Hace días que Alicia insiste en verla, en darle explicaciones antes de que se vaya. Isabel ha ido dilatando el encuentro con distintas excusas pero ahora, al fin, va por el Paseo Marítimo hacia La Estrellita a encontrarse con ella. Dos chicas jóvenes detienen a la gente, están haciendo una encuesta. Isabel pasa preparándose para decir que está apurada o algo así, pero no la detienen, ¿qué tiene ella de diferente? O, mejor dicho, qué no tiene, para que la hayan desechado. Piensa en el pasaje a Buenos Aires que lleva en la cartera. Tal vez sea eso: alguien

que está por irse ya se ha ido, se ha vuelto invisible. El mar en cambio se ve más que nunca, no bastarían todas las miradas del mundo para celebrarlo.

La luz se pulveriza sobre la superficie del agua apenas ondulada. Por debajo se presiente una serenidad absoluta. Un poco más lejos los minúsculos puntos blancos forman cintas de luz, franjas cada vez más anchas. Más allá, se compactan en una zona quieta, una tierra firme sobre el mar donde el blanco se vuelve intenso hasta unirse con el horizonte.

Como ha llegado temprano a su cita, cierra su libreta y pide el diario.

Las noticias sangrientas siempre están en primera plana, Isabel ha tomado la determinación de no leerlas, de vencer el morbo que la llevaría a regodearse en ellas. Pero esta vez no puede contenerse. Lee en *La Tribuna*: “Trágica muerte de cinco jóvenes cuando el turismo en que se trasladaban al pueblo de Cabra chocó contra un mulo parado en medio de la carretera”. ¡El mulo y la cabra! La coincidencia le despierta algo que se parece bastante al regocijo, se pregunta por qué “un mulo” y no una mula. ¿Sobre la carretera sembrada de cadáveres alguien ha ido a mirar entre las patas del animal? Se avergüenza un poco de sus sentimientos. Por más que intente entristecerse por la suerte de los cinco jóvenes, es el mulo destrozado lo que ocupa su imaginación.

Un poco más abajo, hay una noticia más pequeña titulada *Suicidio de un prisionero*. Son sólo unas líneas: *Un prisionero del Instituto Penal de San Esteban, Alonso Cichero, de origen argentino, se suicida en su celda, días antes de su traslado. El preso no tiene familiares en la región por lo que el Ayuntamiento se hará cargo del sepelio.*

—Hola —dice Alicia.

Isabel no la ha visto llegar.

Está elegante, en su nuevo rol de empresaria. Se ven, de un solo golpe, las diferencias que siempre hubo entre ellas. Para Alicia el paso por los contenedores fue sólo una etapa, siempre supo que iba a llegar el día en que pudiera, a su vez, arrojar sus trastos viejos, comprar en

Mara Home algo más que un repasador. Isabel lo piensa sin resentimiento, ¿acaso está mal ser ambicioso?

La conversación es un poco incómoda, plagada de silencios. Es Walter quien ha definido ciertas condiciones, dice Alicia. Ella ha tenido que seguirlo. Tienen que sobrevivir. Etcétera. Isabel aparenta entender sus razones, las acepta, como para no dejar cabos sueltos, y porque la quiere, por más que nunca la vaya a perdonar. Tiene los ojos llenos de lágrimas y Alicia le aprieta la mano. Pero ella no piensa en Alicia, en la traición. Piensa en la inocencia del mulo, en Alonso solo en su celda, solo en Benalmar, hundido en el último hueco.

Antes de entrar a Dinamarca, pasa a recoger sus mails.

Hay uno de Mati, donde la felicita por sus papeles y le pide que haga algunas gestiones en Buenos Aires. Y hay otro de Jean, su inquilino salvador. Se titula *Mala noticia*.

Isabel:

Por suerte estamos bien y puedo escribirte este mensaje.

Ayer por la mañana, todavía durmiendo, se incendió el garaje. No sabemos cómo.

Despertados por el humo que estaba invadiendo la casa, llamamos a los bomberos, que detuvieron el incendio, pero ahí adentro todo, absolutamente todo se quemó, incluida mi moto. La casa, excepto el garaje, no sufrió daños estructurales. "Sólo" se ennegrecieron los techos, paredes e interiores de placares.

El representante del seguro tiene que venir para analizar los daños.

Después de su visita, empezaremos a hacer los arreglos que se imponen. Vamos a estar ocupados un buen tiempo.

Hoy, con calma y filosofía puedo pensar y decir que lo esencial ha sido preservado.

Saludos

Jean

Isabel intenta recordar el contenido del hueco, el maletero del garaje. Dos cajas con cartas de su adolescencia, de sus dos primeros viajes. Fotos familiares enmarcadas. Ella y su hermana chiquitas. Fotos de su madre joven. Dos tableros con caballetes de lo que fue alguna vez el estudio de Luis. Una caja con sus trabajos publicitarios. Todos sus apuntes de la Facultad. Tal vez los discos de vinilo. Lo esencial ha sido preservado.

Todavía tiene la llave del departamento de Alonso. Sube la escalera con precaución, imagina que la puerta puede estar sellada, como se ve en las películas cuando interviene la justicia. Pero no, allí está, muda, como si nada hubiera sucedido. Sólo la palmera que está a su lado se ve más seca, y esta vez no hay música.

Isabel mete la llave y entra. A primera vista el departamento parece igual. ¿Ha sido más rápida que la burocracia administrativa? Mira a su alrededor con más detenimiento. El salón es el cuarto único, hay una pequeña cocina y un baño, eso es todo. Isabel va otra vez hasta la estantería y allí nota la diferencia. Los libros están apilados de cualquier manera, las fotos están boca abajo, las levanta y una de ellas tiene el vidrio roto. Es el momento, piensa, en que alguien debería acercarse por detrás y pegarle en la cabeza. Ella quedaría inconsciente y se despertaría luego atada, con la cara hinchada, en manos de vaya a saber qué grupo. Pero nadie la golpea, no hay tajos en el sofá, ni papeles ni ropa por el piso. El departamento ha sido revisado de forma civilizada.

No va a entrar en el baño ni en la cocina. No va a abrir el armario de puertas corredizas que está junto al sofá cama. La idea de ver allí colgada la ropa de Alonso le da pavor. Sólo quiere llevarse algunos libros. Para ella, o tal vez para enviarlos desde Buenos Aires a la hija, Lucía, ya verá. Busca *Rayuela* y recoge algunos libros más, un poco al azar. También se lleva una de las fotos, la del padre con su hija adolescente. Después retrocede, sale, vuelve a clavar la llave en la tierra reseca y se va.

Cuando abre el ejemplar de *Rayuela* de Sudamericana el corazón

le da un salto, pero no está allí su firma. Tampoco están las primeras páginas. Quien lea ese ejemplar, tendrá que empezar por otro capítulo.

Desmontar el pequeño estudio de Dinamarca no es tan fácil y rápido como ella supuso. Tiene que hacer varios viajes repartiendo y tirando objetos que antes recogió.

Está bajando con uno de los sillones de mimbre cuando, al llegar al cuarto piso, el ascensor se detiene. Un hombre de anteojos sube, es de piel oscura, nariz afilada, debe ser de origen marroquí, piensa Isabel, tiene el pelo desordenado y lleva un libro muy grande bajo el brazo. Ella sonríe un poco incómoda: bajo la luz violenta del ascensor el sillón se ve destruido. ¿Te estás mudando?, le pregunta él. Me voy de viaje, dice ella. No sabes cuánto lo lamento, dice él. ¿Lo lamenta? Isabel se queda desconcertada. Si me quedo otra vez encerrado en el ascensor, dice él, ¿quién me va a socorrer? Se ríen los dos. Así que era él, la Voz Apagada. Nunca lo había visto antes. ¿Pero cómo sabía él quién era ella? No es muy difícil, ella es la única argentina del edificio. A ver si cuando regresa del viaje se toman al fin una copa juntos.

Antes de desconectar el teléfono, Isabel escucha el contestador: hay once mensajes guardados. Tres son de Mati, siempre los ha tenido allí, para poder escuchar su voz cuando quiera, dos de Luis para desearle buen viaje y explicarle dónde debe dejarle las llaves del Daewoo, tres de Alicia que quiere hablar con ella antes de que se vaya y tres de la revista *Sentir Andalucía*. Ahora que Alonso se ha suicidado, resurge el interés por su historia. Los borra todos y vuelve a salir.

—Paco, te voy a extrañar.

—Yo te voy a echar de menos —dice Paco. Tienes que volver guapa, quedarte en España hasta que aprendas bien español.

En Mundus, Juancho le regala su gramática. Martine le da un abrazo inesperado.

Señoras olas, me voy. No me engañan más con su balanceo, sus espumas, su ronroneo. No hay por qué creerse tanto más que el río. Para quienes no hacen más que volver, será difícil imaginar un viaje de ida. Tal vez

tengan razón y también yo vuelva.

Lo último que descuelga es la ballena para llevársela a Alicia y Walter.

Isabel la ata sobre el techo del Daewoo que Luis le ha dejado por unos días. Pero no lo debe haber hecho muy bien ya que por el camino una ráfaga de viento se la arrebató. Detiene el auto de cualquier manera y sale corriendo detrás del cartón. Ha quedado justo en medio de la avenida por donde los autos pasan a una velocidad endiablada. Cuando los detiene el semáforo, Isabel cruza y recoge la ballena, que está del revés, contra la calzada, con algunas huellas grises de neumáticos sobre el lomo. Cuando la gira para mirarla, está como siempre, con su único ojo redondo, sus crestas y sus dientes afilados, su sonrisa.

El taxi ha llegado puntual, a las ocho de la mañana. Mientras el chofer acomoda su equipaje en el maletero, Isabel mira con nostalgia anticipada la avenida que lleva al mar. El aire está fresco y la calle desierta, iluminada por la luz blanquecina que precede a la aparición del sol del verano. A lo lejos, la figura de un motorista se recorta con nitidez. Es la moto amarilla del cartero. Apenas estaciona y la ve, el hombre la saluda, ¿se va de viaje?, qué suerte que la encuentra, dice, porque tiene correspondencia para ella. Busca en su saca y le extiende dos sobres. Isabel vacila antes de guardarlos, mejor los pone en el bolso de mano, los mira tranquila cuando esté en el aeropuerto. No quiere que nada inesperado enturbie el trayecto de la despedida.

Apenas despacha su equipaje y se sienta a esperar la salida del vuelo, abre su bolso de mano. Entre los papeles que ha guardado a último momento aparecen una foto de ella con Paco, otra con sus alumnas iraníes, la gramática de Juancho y, por último, los dos sobres. El primero es del flotarium: dentro hay un "bono por tres sesiones de flotación", un reconocimiento de la empresa por su trabajo. Isabel lo rompe y lo tira a un papelero. Después mira el segundo sobre, sin remitente. Una carta de Alonso, piensa. Palabras que han hecho un rodeo para ganarle a la muerte, que alcanzarían así la dudosa gloria de

ser las últimas. Podría no abrirlo, no cargar con ese peso, dejar que también ellas mueran dentro del sobre, como envueltas en un sudario. Sin embargo, podría ser cualquier otra cosa, por ejemplo un cheque de diez mil euros. Isabel rompe un ángulo del sobre y después lo desgarrar con torpeza. Saca del fondo un papel doblado. Lo abre. Es la oferta de COA (Clínica Odontológica Argentina). Trae un listado carnicero de los servicios que ofrece: endodoncia, extracciones, cirugía maxilar, implantes. Puede beneficiarse con un descuento de hasta el 20% presentando esa carta promocional. Isabel tira todo al papelerero. Entonces le llega la voz modulada de los parlantes: *Iberia anuncia la salida de su vuelo 1163 con destino a Buenos Aires. Embarque por la puerta B32. "Con destino a Buenos Aires"*, murmura para sí. Esas palabras le provocan un efecto inmediato. Algo encaja dentro de ella, podría casi escuchar el sonido de las piezas que encuentran su lugar y restablecen su equilibrio. Se levanta de la silla, con las rodillas firmes y el corazón en paz. Pero tiene un instante de vacilación. La voz, comprensiva, como si sólo se dirigiera ella, vuelve a guiarla: *Pasajeros con destino a Buenos Aires, puerta de embarque B32.*